

MIO BARROJA



LA GUERRA CIVIL
EN LA FRONTE

Lectulandia

Contar, no analizar, el horror de la guerra es el eje de este relato inédito: presentar sin medias tintas, con trazos esquemáticos pero demoledores, la barbaridad humana, el cainismo español, la intransigencia de los blancos y los rojos, el cerrilismo de los reaccionarios y de los izquierdistas, el egoísmo de los políticos, el clasismo de los poderosos, el revanchismo de las clases populares... Con estos asuntos forma el rosario de su despectiva visión del mundo contemporáneo, y en especial de España, una sociedad vulgar y sin principios, dominada por las malas formas. El léxico del libro revela sin mayores comentarios la mirada del autor: grosería, necedad, insolencia, estupidez, pedantería, cinismo o mentira son palabras repetidas con monótona cadencia.

Los horrores de la guerra se acompañan de una crítica sin reservas de los sistemas políticos, la democracia y el falso igualitarismo. Así pinta un mundo horrible que progresa en la ciencia mientras retrocede en la moral... Por eso desconfía una y otra vez en toda organización social, arremete contra la República y hace una propuesta política reveladora: aboga por un despotismo ilustrado y pragmático.

Este tomo inédito de las Memorias de Pío Baroja observa la guerra con un punto de vista externo y bastante frío, en ocasiones hasta impasible, a pesar de lo dicho. Es la mirada propia de aquel personaje incómodo, polémico, escéptico, misántropo y pesimista que ya conocen sus lectores.

Lectulandia

Pío Baroja

La guerra civil en la frontera

Desde la ultima vuelta del camino - 8

ePub r1.0

Titivillus 11.12.15

Pío Baroja, 2005
Diseño de cubierta: Ricardo Baroja

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Desde la última vuelta del camino» VIII

Cuando estalló la guerra civil, Pío Baroja (1872-1956) veraneaba en su casa de Itzea en Bera, Navarra, al pie de la frontera con Francia. Le detuvo la columna que desde Pamplona se dirigía a Guipúzcoa. Al día siguiente, el mando militar le puso en libertad. Baroja volvió a casa, hizo la maleta y emprendió a pie la salida al exilio. Vivió en Ascain, San Juan de Luz y Hendaya hasta que a comienzos de septiembre se trasladó a París, donde permaneció, salvo viajes esporádicos, hasta que en 1940 regresó a España. Entre septiembre de 1942 y noviembre de 1943 Baroja publicó las entregas semanales de sus memorias, tituladas *Desde la última vuelta del camino*, editadas después en siete volúmenes y finalmente, en 1949, reunidas en el tomo VII de las *Obras Completas* del escritor vasco. El séptimo bloque de la obra, «*Final de estas Memorias*», afirmaba Baroja en el prólogo, contenía un apartado, «*Conversaciones en París el año 39*», que no desvelaba por qué y cómo el escritor se había instalado en la capital francesa. Las memorias tuvieron una octava parte, «*La guerra civil en la frontera*», preparada más tarde y hasta ahora inédita. Baroja escribía a mano y luego hacía que le pasaran el original a máquina. Ese texto mecanografiado, que mereció abundantes correcciones manuscritas de don Pío, ve ahora la luz en la editorial familiar, Caro Raggio. El tomo octavo y final de las memorias barojianas, como los precedentes, enjareta noticias, bulos, apuntes, testimonios y opiniones personales que apuntó y redactó durante las semanas iniciales de la guerra de España vividas desde la margen derecha del Bidasoa. También consideraciones posteriores, que permiten datar el trabajo hacia 1951-1952. Estas páginas, manifiestamente impublicables durante el franquismo, mantienen las características de las singulares memorias de don Pío, consideradas el reflejo más acabado de su perfil personal.

Fernando Pérez Ollo



PRÓLOGO

.

He escrito hace algún tiempo siete tomos de Memorias, con el título *Desde la última vuelta del camino*. Creí que no tendría ganas de continuarlas, porque lo que podía contar de mi vida, de época posterior, me parecía bastante mediocre y triste. Pero aun así he sentido ganas de seguir las y he enjaretado estas cuartillas que se refieren a hechos del periodo que va desde el principio de la guerra civil española del 1936 hasta ahora.

No pretendo ni he pretendido nunca tomar una actitud política destacada. No la había para mí.

En estos relatos no hay ni el menor asomo de arrojo ni de audacia. Carezco de la vocación de héroe. Soy un espectador, un curioso y nada más. En algunas circunstancias las impresiones de las vidas vulgares, contadas con exactitud y con detalles, pueden tener algún interés y dar el carácter de la época con tanta exactitud como la de los hombres arriesgados y extraordinarios, que hay que reconocer que en este tiempo ha habido pocos, porque la mayoría han sido mediocres, al menos en España.

La primera parte de las Memorias escritas con el título general *Desde la última vuelta del camino*, creo que tiene algo de gracia. Esta segunda no tiene ninguna. Aun así las voy a publicar. Hemos tenido una vida tan estúpida, tan mísera la mayoría de los españoles en estos últimos tiempos, que no la podemos recordar sino con desdén y hasta con enfado.

Hace años, en tiempo de la guerra civil, escribí estos libros que ahora, al leerlos, no me inspiran más que desdén. Estuve en Francia, en la frontera de España, y no vi ni oí más que lugares comunes y pedanterías. Después me marché a París, a un París que, aunque no era el de final del siglo XIX, todavía conservaba algún interés y cierta gracia, pero daba la impresión de que los iba perdiendo rápidamente.

No he tenido suerte ni buenas coyunturas para ganar dinero. Estudié Medicina, no con mucha afición. Doce años entre bachillerato y carrera, y conseguir cien pesetas de sueldo al mes, como médico de pueblo, no era una ganga. Luego me metí en un negocio industrial, y anduve trampeando como pude. Después me puse a escribir y escribí más que el Tostado. Este señor, hombre al que no sé por qué se le llama así, supongo que por su color oscuro, debía de escribir a la carrera.

Yo gané muy poco con la literatura. Cuando me editó Francisco Beltrán, empleado de la librería de Fernando Fe, tres novelas, *La Busca*, *Mala Hierba* y *Aurora Roja*, me pagó por cada tomo trescientas cincuenta pesetas.

Después me editaron en una casa de la calle del Arenal, y el que parecía actuar de jefe decía, lamentándose de ello, que me pagaba setecientas pesetas por un tomo, que a mí me había costado escribir seis o siete meses:

—¡Y luego dirán que no se gana con los libros! exclamó el hombre.

Después edité en nuestra casa, donde mi cuñado montó una imprenta en la calle de Mendizábal, casa que desapareció luego durante el bombardeo de Madrid, sin que quedase ni rastro de ella.

Yo me fui a París a vivir pobremente.

El vasco debe ser poco optimista, porque no hay en su diccionario palabras para fortuna ni para dicha. Una canción que no tiene aire de castiza comienza diciendo:

*Fortunosua nitzala,
baña ni naiz fortuna gabia*

(Fui afortunado en otro tiempo, ahora no tengo ninguna suerte).

A mí me pasa en parte lo que dice esta canción, con la diferencia de que antes no tuve fortuna y ahora tampoco.

Si yo hubiera encontrado algún trabajo que me entretuviera de verdad, y me hubiera dado un poco de dinero, hubiera dejado la literatura hace tiempo, pero no he encontrado nada que me haya servido de distracción y de manera de vivir. Divertirse cuando no se tiene dinero, es cosa muy difícil. Hubiera abandonado la literatura, porque he visto claramente, desde hace veinte o treinta años, que no le aceptaban a uno en el cónclave literario europeo, ni siquiera de media cuchara.

Creo que, aunque hubiese hecho un libro presentable, tampoco me hubieran aceptado.

Casi todo lo que cuento ahora se refiere a lo visto por mí en la época de la guerra y de la revolución, en el extranjero. Según mis amigos, estas Memorias tienen grandes lagunas, partes demasiado prolijas, otras descuidadas y algunas repeticiones fastidiosas.

Hay que tener en cuenta que la mayoría de los hombres que han escrito sus recuerdos, no eran solo escritores, sino personas de buena posición, que tenían algún secretario o escribiente, que podía señalarles las faltas y las contradicciones.

Los que no hemos llegado a tener una posición segura, y sin tenerla, hemos alcanzado la vejez, no podemos escribir más que con errores y olvidos propios de la edad y de la falta de memoria.

Estas pequeñas notas que he escrito, he intentado hacerlas claras y verídicas, pero me han dicho los que las han leído que contienen pocos datos que sean verdaderamente interesantes. El haber buscado, quizá sin conseguirlo, la claridad, hace que los pocos lectores logrados encuentren esos relatos pobres. Si hubiera escrito con prolijidad y alguna confusión, entonces las hubieran tomado por más ricas en sustancia e interés.

En la literatura y en todas las artes, es mucho más difícil acortar con buen sentido que añadir. Añadir detalles es fácil; lo que resulta difícil es suprimir, sobre todo lo vulgar, lo protocolar, lo pedestre. Es evidente que en toda obra hay infinidad de detalles inútiles, pero... ¿quién es el que es capaz de tener paciencia para señalarlos con exactitud?

Hay gente que inventa de golpe algo, lo perfecciona y después se pone a realizarlo. Hay otros, creo que son la mayoría, que necesitan de una semilla que germine y que crezca. Estos amplían su obra a medida que van escribiendo, y, en parte, recordando.

Yo, en general, aunque no valga gran cosa el hablar de uno mismo, no he escogido los asuntos como escritor; me he dejado arrastrar por ellos y por la época. Creo que allí donde se vaya se encontrarán motivos literarios o artísticos, tanto en el Mediodía como en el Norte, en la ciudad y en el campo, en la montaña o en el mar. Esa gente que necesita un meridiano o un paralelo especial físico o una clase social determinada, para hacer algo, es gente poco permeable, que no se deja influir por la vida.

El escultor antiguo que tallaba un sepulcro de piedra en una catedral, pensaba hacer una obra eterna. ¿Quién puede creer hoy en la eternidad de nada? El palacio, el libro, el cuadro morirán y se olvidarán, por mucha importancia que adquieran en el momento de su aparición. Por muy petulante que sea un científico, o un escritor, o un artista, no tiene más remedio que comprender que su obra, buena o mediana, más tarde o más temprano ha de morir.

—Hay cosas que perduran —me dice un amigo.

—Sí, pero eso se sabe después. ¿Usted cree —pregunto yo— que hay alguien que sepa a ciencia cierta si su libro, recién salido de la imprenta, es bueno o es malo? ¿Cómo lo va a saber? ¿Quién va a conocer la temperatura artística, literaria o moral que habrá de reinar dentro de cincuenta o de cien años?

—¿Cómo se podrá entonces saber si una obra es buena o es mala?

—Se sabrá con el tiempo, y se llegará a tener al cabo de los años una idea aproximada de ella. Unos habrán elogiado sus cualidades, otros marcado sus deficiencias.

—Entonces, puede haber libros que sean buenos y que no los conozca el mundo —dice mi interlocutor.

—Cabe en lo posible, no solo en los libros escritos en idiomas de poca difusión, sino en otros escritos en lenguas difundidas. Lo mismo puede pasar en los cuadros. ¿Quién lo puede negar? Hace cien años, en España, no se les tenía por grandes pintores ni al Greco ni a Zurbarán. Al Greco se le consideraba como un artista extravagante, y a Zurbarán como un pintor áspero y de poco interés. Entre los escritores de nuestro país, el mismo Gracián era poco estimado.

—Entonces, ¿no habrá nada seguro sobre lo que se ha hecho?

—Naturalmente, nunca. Yo me río no solo de los que creen dominar el porvenir lejano, sino también de la seguridad de los empresarios de teatro que dicen, plenamente convencidos: Esta escena no le va a gustar al público; o al contrario, esto va a arrancar grandes aplausos.

En general no aciertan, lo que no es obstáculo para que sigan creyéndose infalibles, a pesar de los fallos contrarios y constantes.

Esta atmósfera, que es la opinión pública, no se sabe cómo se forma. Hoy ya no se da, porque en España apenas hay estrenos en los teatros importantes. Si uno no se doblaba a ser lo que quiere el público que uno sea, puede tener hasta dos famas contradictorias; una para considerarlo como un rabioso revolucionario, y en otro como un completo reaccionario.

Hay evidentemente en la literatura un elemento personal de éxito. Influye en esto cierto optimismo, una confianza en la obra, una retórica un poco altisonante. Ello, unido a la sabiduría práctica, lleva al éxito.

II

LIBROS LEÍDOS

Era yo estudiante cuando se publicó *Pequeñeces*, novela del Padre Coloma. Se la hizo un reclamo enorme. Durante varios meses, *El Heraldo de Madrid*, periódico entonces nuevo, que empezaba a tener muchos lectores, estuvo publicando artículos diarios sobre el libro.

Probablemente no ha habido obra española más discutida y jaleada en España. Después no ha ocurrido nada semejante. Luego a ese libro, cuando perdió su actualidad, no se le dio la menor importancia. A mí me interesó muy poco.

Otro libro, este extranjero, de fama universal en el tiempo de su publicación, que yo no pude aguantar, fue *Quo Vadis?*, del polaco Sienkiewicz. Lo mismo me pasó más tarde con *El Fuego*, de Barbusse, con *La Barraca*, de Blasco Ibáñez, con *Las Ingenuas*, de Felipe Trigo, y con *Casta de Hidalgos*, de Ricardo León. Últimamente, tampoco he podido con algunas novelas de Marcel Proust, aun comprendiendo su mérito.

Respecto a las biografías, todas me han parecido muy pedantescas y muy poco amenas. Ludwig, Zweig, Maurois no me han gustado, y sus obras famosas, al cabo de algunos años, no se explica el porqué de su fama. Hay un libro de un médico sueco, Axel Munthe, libro que se ha traducido a todos los idiomas del mundo, *La historia de Saint Michel*, yo no comprendo bien por qué, pero el hecho es que tuvo un éxito enorme. A mí se me figura una obra dedicada al esnobismo universal. A mí no me interesó nada, y por más esfuerzos que hice no pude leer el libro entero.

III

EXPLICACIONES

Pensando en usted, amiga mía, he escrito esta relación de recuerdos. Es quizá muy pobre de hechos y de ideas. ¿Qué quiere usted? Me han cogido en la vejez la guerra, la emigración, la revolución y la pobreza. Son cosas evidentemente tristes. Cuando se toma parte en algo, la excitación, la creencia, la esperanza del éxito, la amargura de la derrota tienen que hacer vivir al hombre momentos de depresión.

Ahora, como yo no esperaba nada de la contienda, es lógico que en ella no haya puesto ilusiones. Para mí, guerra, vejez y pobreza no eran más que depresión, escapes de energía ya decaída. En la soledad y con la vista mediana, me he dedicado a escribir estas impresiones pesimistas.

No me produce entusiasmo la idea de escribir de mí mismo, y no por pudor, sino porque veo que no es posible dar una impresión desnuda y verdadera de lo que es uno por dentro.

Cuidado que he leído autores, novelistas, psicólogos, poetas, y a veces he tenido la ilusión de presentarme «*in anima vili*» en unas cuartillas, pero al último he comprendido que no era posible. Todas son fórmulas, y no hay manera de evitarlas.

Lo que escribo es muy exterior, pero lo interno es tan inconcreto, tan difícil de expresar, que no es posible llegar a hacerlo. Habría que emplear unas palabras infantiles que se entendieran y no estuvieran gastadas por el uso, unas veces en tono mayor y otras en tono menor, pero... ¿cómo? Entonces quizá se lanzara uno a la tarea con completa confianza, pero en último término comprendo que sería una empresa irrealizable, al menos para mí.

Pienso que estas obras finales mías van a parecer a mis lectores una vulgaridad, una repetición.

Yo que he hablado tanto en mis libros de guerras civiles, parece que la suerte me ha hecho contemplar algo de una guerra civil, desde un punto en que podía observarla sin peligro. También he visto los preliminares de una guerra extensa, casi universal.

Ni una ni otra me han parecido interesantes, ni sugestivas.

Luciano de Samosata, en su opúsculo titulado *La manera de escribir la historia*, considera que el autor de este género de literatura debe de tener muchas condiciones, comenzando por un gran conocimiento de los asuntos y una claridad perfecta de expresión.

Los dos requisitos proceden de dones de la naturaleza más que de la voluntad y del estudio.

También Luciano postula que el historiador debe ser libre, independiente, de un gran temple de carácter, sin esperar ni temer nada. Puesta así la cuestión es como asegurar que no puede haber historiadores, porque este conjunto de perfecciones se da muy raras veces en el hombre.

Yo he trabajado en lo mío como he podido, dos años de médico, diez o doce de

pequeño industrial, más de cuarenta de escritor y de editor, y no he ganado más que para vivir pobremente.

—Pero usted compró una casa...

—Sí, una casa ruinosa, que me costó tres mil duros, a pagar en varios plazos. Para usted, eso en un escritor es una manifestación de gran riqueza. Si se tratara de un enchufista de ocho o nueve sueldos, sería poco, y si se tratase de un hombre de grandes negocios, nada.

Una señora de la aristocracia, vecina de mi calle en Madrid, cuya casa visitaba alguna que otra vez, me preguntaba meses antes de la instauración de la República, con cierta angustia:

—Pero... ¿usted cree que viene la revolución?

—Sí, creo que sí.

—¿Y piensa usted que si viene la República, el nuevo régimen arreglará España?

—No, no, eso no. No lo creo, la verdad.

—Pues los intelectuales, amigos de usted, afirman que una República conservadora va a ser la salvación de España.

—Yo no lo sé. Quizá ellos comprendan mejor el problema. Yo no veo posible una República conservadora. En cambio, si hay revolución, creo que vendrá una época de violencias y de sangre, y que no se sabrá hasta dónde llegue.

—Y entonces, ¿por qué no oponerse?

—¿Quiénes se van a oponer?

—Los escritores...

—¿Nosotros? ¡Vamos, es absurdo! Primeramente la mayoría no está en eso... y aunque estuviera. Si los políticos, los militares, el clero, los aristócratas, los ricos, no van a poder evitarlo, ¿lo vamos a evitar los escritores, que somos unos diez o doce pobres diablos a quienes nadie hace caso, y que no tenemos ninguna influencia?

—¿Quién cree usted, pues, que lo podría evitar?

—Qué sé yo, Un hombre de talento político, si lo hubiera; pero no lo hay.

IV

POLÍTICA

Yo, como digo, no he cambiado nada. No creí en la posibilidad en España de una República tranquila, discreta. Es decir, no he creído que arraigaría, y menos si tomaba un carácter anticlerical y medio socialista. No consideraba esta idea mía como un mérito, ni como un descubrimiento, sino como una pequeña intuición individual, consecuencia de vivir aislado y de ver los asuntos públicos con los ojos de la cara,

como algo lejano a mí.

El día de la caída de la Monarquía supe por una muchacha, hija de un diplomático, que el rey estaba dispuesto a escaparse, que había pensado trasladarse en tren a Portugal, y que después, cambiando de plan, decidió marchar en automóvil con dirección a un puerto del Mediterráneo, como lo hizo.

Cuando salí ese día de mi casa, a las tres de la tarde, parecía que no pasaba nada en las calles de Madrid, y supuse que la noticia que habían dado era prematura, quizá falsa, pero a las tres y media o las cuatro comenzaron los síntomas de agitación y de tumulto, síntomas que fueron en aumento según avanzaba la tarde. Entonces se me ocurrió ir a la redacción del periódico *Ahora*, donde yo colaboraba, para ver qué se decía. Estaba la redacción en la Cuesta de San Vicente, en la casa de la imprenta de Rivadeneyra. Allí no tenían noticia alguna, y les sorprendió lo que yo les dije de la marcha del rey Alfonso XIII fuera de España.

—Voy a mandar un reportero a Palacio —indicó Chaves Nogales, director del periódico.

El reportero tardó una hora en volver, y al entrar en la redacción, donde se le esperaba con alguna ansiedad, dijo:

—En Palacio hay una gran reserva. Debe de estar la familia real, menos Alfonso XIII. La familia no recibe a nadie.

Poco después comenzaron a sonar los teléfonos de todas partes, y se fue llenando la redacción de gentes que acudían de aquí y de allí, sorprendidas y curiosas. Estaba proclamada la República. Los periodistas se felicitaban de la novedad y algunos se abrazaban, como si se las prometieran muy felices.

—¿Y usted qué cree? —me preguntó el director del periódico *Ahora*.

—Que yo también estaría contento como ustedes, si creyera que la República fuera a hacer a los españoles felices.

—¿Y por qué no lo cree usted?

—Porque cuando un guiso con aceite o con mantequilla sale siempre mal, hay que pensar que esto procede de los ingredientes o de la cocinera, y cuando no se puede cambiar ni una cosa ni otra, no se pueden tener esperanzas. Así que voy a dejar de escribir en el periódico durante algún tiempo, para no hablar de política.

—Como usted quiera.

Desde el lado conservador se ha hecho a los escritores de España un reproche, y ha sido el de ser poco patriotas. Resulta una acusación falsa. El escritor es siempre patriota. Está vinculado con el idioma, con el paisaje, con la historia de su país, y es muy difícil que no sea patriota a su modo.

Ahora, hay otro patriotismo cursi, oratorio, en que se miente como si se fuera a engañar a alguien, y se quisiera convencer de que el Manzanares es un río tan grande como el Danubio o el Volga. Ese patriotismo cursi y palabrero es el de las gentes de la alta burguesía y de la aristocracia, entre las que abunda el tipo judío; no el tipo del judío audaz y emprendedor, sino del judío ya cansado y debilitado.

Entre esa sociedad aristocrática que no tiene nada de aristocracia, es donde se conserva una idea despreciativa del país, en la práctica. Según ellos, la gente del pueblo es brutal, las costumbres toscas, la industria primitiva, la comida mala. La mayoría de estos pseudo-aristócratas y de los ricos, no tienen los vicios y virtudes de los españoles, sino las condiciones que siempre han distinguido a los rastacueros internacionales.

Por el lado contrario, los elementos de la izquierda creían o querían creer que el escritor independiente que no simpatizaba con el comunismo era por interés personal, lo cual constituye una idea estúpida.

Los comunistas y socialistas suelen decir: Los sacerdotes de las distintas religiones hablan de los pobres y viven bien y no se ocupan de los miserables; pero ellos hacen lo mismo. Al menos en España. Desde que ocuparon el poder, esas gentes que se proclamaban defensores de los humildes no pensaron en otra cosa más que en repartirse todos los cargos con un ansia fea y desagradable, reveladora de su codicia.

Un escritor ruso, en un artículo que publicó, reprochaba a Unamuno el que defendiese a los fascistas por interés pecuniario. Era una acusación más bien falsa, de hombre que finge desinterés. Unamuno tenía una idea demasiado elevada de sí mismo para cambiar por dinero, y aunque, al parecer, le gustaba este y tenerlo en las manos, como a los avaros, no hubiera cambiado una frase suya por nada del mundo.

El ruso presumió de desinteresado, cuando estuvo en mi casa, y trató de convencerme de que era un error en un escritor el no ser comunista. Añadió que en la Rusia soviética un escritor ganaba para vivir con comodidad y hasta con esplendidez, y que yo, por ejemplo, que en España vendía ediciones de mil ejemplares, en Rusia las vendería de veinte mil o cuarenta mil.

Es querer falsear las cosas el decir que el escritor no político es un interesado. Es todo lo contrario. Con la literatura pura en España se muere uno de hambre, En cambio, si el escritor habla con sentimentalismo de las masas, de la democracia, del sacrificio, entonces se puede, o por lo menos, se podía en tiempo de nuestra mediocre revolución llegar al nombre y a la vida cómoda.

Era la única manera de hacer una carrera median en el país, sirviendo a los ricos y participando de sus sinecuras, o haciéndose apóstol de los obreros y viviendo de ellos. Hay que dar a las ideas y a los lugares comunes su margen para que se desarrollen... al menos por ahora.

Aunque se quisiera cambiar, yo ya no podría. Es uno viejo y le falta elasticidad para eso. Le quedan los mismos entusiasmos intelectuales que siempre tuvo y piensa con enternecimiento en los grandes hombres que han intentado aclarar el mundo: Demócrito y Epicuro, Lucrecio y Marco Aurelio, Copérnico y Kant.

Nuestra época ya no es de aclaración, sino de oscuridad y de estúpida saña.

Se quiere acabar con la libertad de la crítica, con el libre examen, no solo en política, sino en literatura, en el periódico, en todo. La democracia, la populachería y el culto de la masa de los comunistas y de sus consignas, están acogotando el

pensamiento de los hombres. Se quiere mandar, a nombre de una supuesta verdad que es, casi siempre, una teoría vieja, manoseada y arbitraria. El que se encuentra en posesión de esas luminosas verdades, que para muchos no son verdades, se considera investido de derechos sublimes. Es un apóstol, un conductor de las masas; los que le rodean son niños. Él tiene el poder de explicar la buena nueva, que es casi siempre vieja y mala. La pedantería y el dogmatismo trastornan a las gentes.

Ya no puede haber explicaciones ni razonamientos, ni crítica, sino solo violencia física, fuerza de las armas.

Se ve que el mundo se hunde en la estupidez y en la barbarie.

Estas páginas no las escribo con un espíritu muy alegre, aunque tampoco se me podría imputar el vicio que le reprochaban a un viejo español que acudía a un restaurante parisién de las afueras. El vicio era que al pobre hombre, cuando hablaba de sus miserias, se le saltaban las lágrimas. Quizá hubiera sido mejor suprimir estas consideraciones banales, pero tampoco encuentro para ello un motivo razonable.

Respecto a las repeticiones u confusiones que algunos lectores me reprochan en mis *Memorias*, comprendo que es inevitable que las haya. No he podido ser un escritor atildado. Por naturaleza no lo soy. Para serlo más o menos artificialmente, hubiera tenido que ganar mucho y poder someter mis originales y las pruebas de mis libros a la intervención de alguien que me señalara esas faltas.

Eso lo pueden hacer los escritores ingleses y franceses, desde Dickens a Wells y desde Chateaubriand hasta Anatole France. Los demás no hemos podido hacerlo. En España, Galdós y Valera tenían secretarios de poca categoría. Yo no les he podido tener de ninguna clase.

En la época de los treinta a los sesenta años ganaba yo de mil a dos mil pesetas por libro, luego menos aún, y ahora con las Obras Completas gano más.

Yo no he podido hacer valer en ninguna parte las pequeñas condiciones que tenía, y siempre me han dejado de lado. Cuando fui a París, a la consejería para ver si obtenía un permiso de estancia en la capital francesa, tardé cinco o seis meses en tenerlo. En cambio otros consiguieron ese permiso en dos o tres días.

—A usted lo que le pasa —me decía un señor— es que no quiere tener en cuenta el medio social. Le choca que todos tuvieran su permiso de estancia y usted no. ¿Usted dijo en la oficina de policía que era de la Academia Española?

—Sí.

—¿Y no hizo efecto?

—Creo que no. El empleado me preguntó si la Academia Española era algo parecido a la de Francia, y le dije que sí.

—¿Y no le sirvió?

—No, para nada.

—Claro, el empleado diría: «Este hombre es de la Academia y no le han dado permiso de estancia. Es señal de que tiene alguna tacha oculta que no quiere confesar».

La gente, sin haber leído nada de un escritor, piensa lo que le da la gana, lo que le parece, y si ve después que uno no saca de sus obras lo que ellos suponen, se dice: ese hombre es un traidor.

Yo tenía la idea, cuando la República, de que la política española marchaba mal. El gobierno no daba impresión de inteligencia, ni de comprensión; todo iba fracasando. En una librería de viejo de la calle de Jacometrezo, comentábamos los hechos unos cuantos amigos. Se sentía que la República fracasaba. Los jovencitos falangistas, un poco encarados, andaban a tiros. Los prendían, los llevaban a la cárcel Modelo, y allí iban a visitarles muchachas jóvenes de la clase media.

V

ALGO DE HISTORIA

La Regencia de María Cristina se defendió como pudo y con muchas dificultades.

Los gobiernos de Cánovas y de Sagasta no pudieron ser fácilmente liberales. Se les echó encima una serie de problemas difíciles de resolver con la pauta liberal y parlamentaria. Tenían delante, en el exterior, la cuestión de Cuba y de Filipinas, casi imposible de arreglar, y después el problema de Marruecos. Para liquidar estos yo creo que el sistema de gobierno hubiera sido la Dictadura y después volver al régimen de libertad para las cuestiones de España.

Creo que don Sebastián Miñano y sus amigos tenían razón cuando a la muerte de Fernando VII recomendaban como sistema de gobierno el despotismo ilustrado. Es decir, un despotismo pragmático, que no tuviera nada que ver con ideas religiosas, filosóficas ni literarias, un despotismo de acción. Este fue en el fondo el sistema del gran Federico de Prusia, uno de los hombres de más talento de la historia.

En España, durante casi todo el siglo XIX, en el lado progresista se ha considerado que el ser más era un mérito. En el campo izquierdista el ser republicano era más que ser liberal, y el ser federal, socialista o anarquista más que ser liberal. Con una idea tan infantil y tan absurda, no se podía hacer nada bien.

Los gobiernos debieran de prescindir de todo eso e intentar resolver los asuntos vitales del país con rapidez y energía.

Estuve una vez con un amigo suizo en el Palacio de Congresos Federal en Berna, y allí todos los diputados se mostraban muy correctos y se resolvían las cuestiones sin gritos y con razonamientos y pruebas.

En Madrid, al parecer, los diputados alardeaban de no tener formas y de mostrarse insolentes y groseros.

El derecho del joven, el derecho del niño, el derecho del viejo y el de la mujer,

son puras estupideces. Es como hablar del derecho al aire libre al que está encerrado, y del derecho a la salud al que está enfermo, y del derecho a la juventud al viejo.

No hay crisis del humanismo ni tendencia a volver a la Edad Media. Lo que se ha despertado en todos los países es el anhelo a vivir bien con méritos o sin méritos. A eso han tendido el comunismo, el socialismo y el fascismo.

La fórmula del siglo XIX es la de Saint-Simon. A cada uno según su capacidad, a cada capacidad según sus obras.

A esto replica el socialista, el comunista o el fascista.

—Yo tengo que vivir.

—Sí, está bien, pero como usted no es útil para los demás, será usted un hombre de tercera o cuarta clase.

Esto lo podían resolver los científicos de todo el mundo. Formar una sociedad y no dar los productos de la ciencia más que a las personas gratas a ella. Guardar la penicilina del porvenir como se guarda la bomba atómica. Puede ser que esto sea el principio de la dictadura de la ciencia y no de los imbéciles.

El entusiasmo por la libertad y el progreso que experimentó el siglo XIX hace más de cincuenta años decayó, cuando el asunto Dreyfus. Fue la primera escisión político-social, en donde no se debatió la verdad del fondo del asunto sino su utilidad. Mauricio Barres, Deroulede y sus compinches, sabían muy bien que Dreyfus era inocente, que un hombre de posición como él, rico y militar con un cargo importante, no se iba a meter en un asunto tan turbio y tan mezquino por unos cuartos.

A mí todo lo que sea sistemático en la política o en la vida, me parece que no tiene ningún valor. Son juegos de la inteligencia, fantasías irrealizables, lo mismo en los reaccionarios que en los revolucionarios. Desde la Utopía de Platón hasta la *Conquista del pan* de Kropotkin, pasando por los libros de Maistre y por los de Proudhon, todo esto no vale nada. Es curioso que personas inteligentes se pongan a trabajar en planes utópicos, como lo hicieron Marx y Engels en su *Manifiesto del Partido comunista*, o como Pi y Margall en su «pacto sinalagmático bilateral».

Yo en esto creo lo que dice el Evangelio: Por los hechos los conoceréis. Las teorías me tienen sin cuidado.

Yo pensé hace años que, si Rusia seguía unida a Alemania, la civilización europea estaba ya completamente perdida. No había posibilidad de respuesta.

Cuando cambió la mecánica de la guerra y Rusia apareció aliada con Inglaterra empecé a suponer que había una esperanza más o menos lejana, que tampoco se va realizando.

Muchos pensaban que la ruina de Rusia era ya inminente, por lo menos hacían la campaña parecida que hicieron con Napoleón, y esto era muy significativo. Al mismo tiempo, la campaña de Motgomery en África iba bien y la situación tenía aire de cambiar pronto.

¡Qué estupidez o que pedantería! Es una cosa tan clara que en un país con dictadura no hay libertad de escribir, que se tiene que ser muy topo o muy mal intencionado para no comprenderlo.

Han dicho esto de usted. ¿Quién va a protestar? ¿En qué periódico aceptarán la protesta?

Un escritor como yo, que ha andado huyendo naturalmente, como he andado yo, de todo servilismo y de toda tiranía, no encuentra defensa. Si se quiere defender, no le atienden. ¿No está con nosotros? Que se hunda, nada nos importa. No se toma en cuenta la época ni la situación política. ¿Vive usted en el país en un momento dictatorial, porque no tiene usted medios de irse a otra parte? Pues es usted reaccionario. ¿Vive usted en una época comunista y no se subleva? Pues es usted comunista. Una estupidez así la han tenido como norma no solo en España, sino fuera de España.

Los anarquistas y algunos falangistas me decían hace tiempo:

—Nosotros dejaremos a los escritores que trabajen libremente.

No ha habido tal, todo ha sido censura entre unos y otros. A los sistemáticos y a los pedantes no les gusta la crítica.

Los republicanos del 36 al 39 acabaron en España con la posibilidad de un gobierno decoroso, digno y civilizado. Mostraron una estupidez, una desgana, una necedad verdaderamente extraña.

Eran todos los políticos republicanos charlatanes hueros, que no pensaban más que en echar discursos, lucirse, cobrar buenos sueldos, tomar posturas y nada más.

Tenían la indiferencia más necia para todo. Yo recuerdo y lo he contado en otra parte, haber estado en Madrid una tarde en una taberna del Pico del Pañuelo, al final de la calle de Embajadores, en una hondonada. En esa taberna los reaccionarios habían matado la noche anterior a tres hombres a tiros. En los alrededores del establecimiento no había ni uno de la policía vigilando para ver si aparecía alguien sospechoso. Nadie. Siempre pasa lo mismo. El reaccionario entre nosotros es más hábil que el revolucionario. Este es más bruto, torpe y pedante. También recuerdo haber visto el incendio de la iglesia de San Luis, en la calle de la Montera, a trescientos metros del Ministerio de la Gobernación. Eran veinte o treinta mozalbetes estúpidos los que comenzaron a quemar la iglesia. No había ningún guardia.

Con quince o veinte hombres que hubieran empezado a palos o a dar con las vainas de los sables habrían echado a todos fuera. No había policía para esto.

España es un país para reaccionarios, para gente que sabe vivir. Hay poco sentido de justicia. Al español le gusta el chanchullo constante, el capricho, la postura. Este sí, el otro no. De ahí no saldrá jamás.

—Este tipo tiene cinco destinos magníficos.

—Y no trabajará ni irá nunca a la oficina.

—Nunca, hasta las pagas se le llevan a casa.

—¡Qué tío!

Y esto produce admiración.

PRIMERA PARTE

.

I

CRITERIO POBRE

Unamuno ha hecho declaraciones fascistas y contra el Frente Popular, considerando que con el triunfo de este y de sus aliados, se hundiría la civilización de Occidente y vendría el triunfo de la barbarie asiática. Todo esto me parece un poco oscuro y fantástico. No creo que se pueda hablar con claridad de civilización occidental.

No sé qué entienden los escritores por civilización de Occidente. Para los franceses, ingleses, italianos y españoles, puede que se trate principalmente de la civilización del Oeste de Europa, pero ¿la civilización griega se puede llamar de Occidente? Para los alemanes, en esta civilización lo predominante es la cultura germánica, que heredó Alemania, según ellos, de los griegos y germanos.

No se ve muy claro qué es la civilización occidental. Además, según Spengler, esta civilización está ya hace mucho tiempo en decadencia. Primeramente habría que saber que hay una civilización exclusiva del Occidente de Europa, qué caracteres diferenciales tiene con las demás civilizaciones y qué territorios abarca. La ciencia, la filosofía y las religiones, y con estas el Cristianismo, no nacen en el Occidente de Europa. Al revés, se considera durante mucho tiempo que todo viene de Oriente. *Ex Oriente lux*. Ahora la prehistoria va cambiando o poniendo en duda la exactitud de los orígenes de la civilización, pero dentro de la Historia clásica lo que priva es el Oriente. En arte y en filosofía, Atenas; en mitos, Babilonia: en dogmatismo religioso y ético, Jerusalén.

La civilización de Occidente, ¿qué es? Una mezcla de todas las civilizaciones, en realidad como las demás, con un barniz clásico de helenismo y latinismo. Se podría creer que su característica final es la retórica.

Yo creo que lo más importante de la civilización en el momento actual es la ciencia, el fondo de la cultura humana, y que alrededor giran las demás actividades espirituales, que reciben su influencia: artes, literatura, costumbres, etc.

En nuestro tiempo, todo este legado de la antigüedad no ha sido muy eficaz en ciertos sectores de la vida. Las religiones no han impedido que los hombres se hayan dedicado de una manera feroz a la violencia, al asesinato, al robo y a las manifestaciones de brutalidad más bajas y sanguinarias. Nadie de buena fe puede creer que la religión ha servido de freno a las malas pasiones de los hombres.

A mí me parece que hay que dejar libertad al pensamiento, pero no a la acción. Pensar lo que se quiera, pero no matar ni robar; lo contrario de lo que se hace en nuestro tiempo, en donde no hay libertad de pensamiento, pero hay libertad de robar y hasta de matar en determinadas circunstancias. Si los gobiernos hubieran podido proceder con justicia y con energía en España, con los dos bandos que se disputaban el poder, hubieran ganado la partida, pero no pudieron hacerlo. Eran gobiernos de charlatanes. Dejaron en un momento a socialistas y comunistas que se impusieron por

las armas contra los reaccionarios, y después a estos que hicieran lo mismo contra los socialistas, anarquistas y comunistas. Es decir, que en España el gobierno no se ha sabido imponer sobre las diferencias de los unos y de los otros.

No ya en la realidad, pero aun en la teoría, no se distingue bien el fascismo y el comunismo. Tienen los dos el mismo culto por el Estado, al cual consideran de verdad como un *modus vivendi* que les debe servir en todas las ocasiones, y que les sirva demás para exterminar al enemigo.

No hay entre ellos más diferencia que el culto que puedan tener unos por las ideas antiguas y los otros por las modernas, diferencia que no llega más que a influir en la retórica.

El tradicionalista quiere creer en la eficacia de la religión, aunque seguramente, por su experiencia, ve que esta eficacia es nula.

El reaccionario culto tiene el respeto por la antigüedad y por la historia, y en Francia el amor por los clásicos griegos y latinos.

En la práctica, termina esto en que el catedrático sea considerado como un ser superior, con un salvoconducto para hacer lo que le dé la gana; no ir a clase más que de tarde en tarde; no explicar la asignatura, sino lo que a él le parezca, y tener una situación privilegiada.

Unamuno protesta contra la Dictadura y después contra el Frente Popular. Madariaga quiere demostrar que los diplomáticos y los embajadores con trescientas mil pesetas de sueldo no se diferencian gran cosa de los obreros manuales. Este escritor dogmatiza con una gran facilidad.

II

LOS COMUNISTAS

Los comunistas quieren equiparar a todos los que no están con ellos. Tan explotador es el escritor que vive de su trabajo en la mayor miseria como el político que cuenta con los emolumentos de un alto cargo.

Largo Caballero dijo que a él no le importaba que en Madrid desapareciera y se hundiera el pequeño comercio. En una ciudad de más de un millón de habitantes era entregar al hambre a cien mil personas con grandes medios.

En la Cárcel de Sevilla, unos meses antes de la guerra civil, estuve hablando con unos anarquistas. Me decían que había en el pueblo un gran ambiente para su causa.

—Yo no sé —les dije—. No lo he notado. La gente no habla de eso.

—Con usted no, claro es —me dijo Ascaso.

—¿Por qué conmigo no? —le pregunté.

—¡Porque usted lleva corbata!

—Entonces —le contesté yo— ¿usted cree que un pedazo de tela que me ha costado seis reales puede ser causa para que los suyos me consideren como un enemigo, como un individuo de otra raza?

Al parecer, creía que sí.

Esto me parece a mí una perfecta estupidez, porque lo mismo que si una corbata puede dar superioridad a un hombre, también se la pueden dar unas botas mejores o peores, un pañuelo bordado o un sombrero nuevo.

Actualmente en España yo no veo como cuestión primordial el que la civilización de Occidente esté en peligro. Lo que está en peligro y me parece más serio es la vida de los hombres por causas que, a pesar de lo que creen los fanáticos, no son tan serias ni tan importantes como ellos se figuran.

La mayoría de los españoles aceptaríamos no ya la República democrática, sino el socialismo y hasta el comunismo y el fascismo, si se presentaran de una manera sensata y racional, como una forma de vivir mejor o peor.

Lo que es difícil de aceptar es una existencia de odio porque el uno lleve corbata y el otro no la lleva, porque el uno gasta traje azul y el otro negro, porque este crea en el Estado como padre y el otro en el Estado como suegra, porque uno piensa que después de la vida hay un cielo y un infierno, y el otro supone que después de la vida no hay nada para el hombre.

Ahora mismo, no ya el gobierno, sino las organizaciones obreras aseguran que no pretenden la dictadura del proletariado ni la práctica del comunismo. Por otra parte, los militares sublevados con los fascistas afirman que no quieren derrocar la República, sino sanearla en la práctica.

Si es que en eso hay ideología, no sería un abismo el que separaba a unos de otros, pero esto de la ideología es de lo más vacío de nuestro tiempo.

Evidentemente, lo que separa a unos y a otros no son las ideas, que valen bien poco en los dos bandos; lo que les separa son los instintos, los odios, los intereses y el olfatearse como enemigos.

También es ridículo que los reaccionarios quieran dar como norma inmutable para los españoles las ideas de Menéndez Pelayo. Yo creo que las ideas de este señor no eran ni siquiera ideas, sino medios de defensa de un erudito, de un retórico atiborrado de lecturas, y que, aun dentro de la erudición, era a veces chapucero, porque los que han estudiado sus obras ven que están llenas de errores y de frases tomadas no en el original, sino en copias y en manuales.

Menéndez Pelayo veía en la filosofía alemana una tormenta que iba a perturbar la majestad de los periodos clásicos, de la prosa y la medida de los versos imitados del latín. Esto recuerda una anécdota que cuenta Chamfort. Un escritor, durante la Revolución francesa, en el periodo del Terror, fue a visitar a uno de los miembros del gobierno, para pedirle que interviniera en la representación de una comedia suya. El ministro oyó la petición y le dijo con cierta cólera:

—¿Pero usted cree que aquí nos ocupamos únicamente de la representación de comedias?

—No, ya sé que también se ocupan ustedes de la impresión de las mismas.

Es absurda la fe de la masa socialista, que cree en Karl Marx, del cual no conoce más que el nombre, como en un dogma religioso. Así, para ellos, Karl Marx es el argumento supremo.

—Lo ha dicho Marx o está en su *Manifiesto*, por lo tanto no se puede oponer nada a esto.

Son como los médicos de Moliere cuando sacan a relucir a Hipócrates. En su entusiasmo marxista los socialistas se colocan actualmente contra la libertad, y en Francia contra la Declaración de los Derechos del Hombre. La libertad de la prensa no les es grata a los comunistas puros, y Marx es indiscutible.

III

MALOS AUSPICIOS

Siente uno el temor de que esta lucha fiera, en la que va a morir gran parte de la juventud española, no está basada más que en una cuestión de intereses, y en una cuestión de instintos y de conveniencias.

Nadie puede pensar que los gobiernos de la República hayan sido hábiles, ni justos, ni sensatos. Ha sido una orgía de apetitos desenfrenados. Si no tenemos más disyuntiva después del periodo enteco y mísero de Alfonso XIII y del gobierno alegre y palabrero de la República, que el régimen de los comunistas o el de los militares unidos a los curas, estamos lúcidos.

Parece que nos hallamos en la vuelta eterna que afirmaban los filósofos griegos, y que preocupaba en su última época a Nietzsche.

La situación actual tiene un paralelismo en malo con la España de hace un siglo. En unas épocas estamos entregados a abogados que no ven en la política más que un medio de medrar, y en otras a militares, que les pasa lo mismo. En España el parlamentarismo es un fracaso, una escuela de intrigantes, de charlatanes y de logreros.

Los políticos de la República pensaban únicamente en la carrera y tenían la preocupación de las frases oratorias, como todos los meridionales. La prensa les ha secundado, porque para los periódicos la sesión dramática del Congreso produce, con poco gasto, lectores y venta.

La reforma agraria tenía lo menos trescientos o cuatrocientos abogados, notarios y registradores empleados con sueldo, y dos o tres automóviles Ford para hacer viajes

de información por el país. Ingenieros agrónomos había alguno, pero no se tenía el menor plan de lo que se iba a hacer en el campo.

El asentamiento de trabajadores en las fincas hizo que algunos propietarios se encontraran con sesenta o setenta obreros campesinos a quienes tenían que sostener y pagar un jornal de cinco pesetas al día. Muchos de estos propietarios, que no podían sostener un número tan crecido de obreros parados en época de poco trabajo, abandonaron sus fincas, y entonces los multaron y los amenazaron.

El terrateniente, entre ellos una señora muy rica y devota, les daba a los obreros una buena comida, les pagaba el jornal y luego hacía que todos rezaran el rosario y cantaran a coro: *Corazón santo, tú reinarás...*

Naturalmente, los campesinos —supuestos comunistas— estaban encantados.

Hoy, más que los abogados, son los militares los que se entusiasman con el triunfo del fascismo. Ya saben que los capitanes, si tienen suerte, llegarán algunos a tenientes generales, o, por lo menos, a generales de brigada, y los sargentos serán oficiales, con gran sueldo y racionamiento.

IV

CON LA REPÚBLICA

Cuando vino la República, lo natural y lo eficaz hubiera sido formar un gobierno fuerte, que hubiera preparado reformas relativamente modestas, y las hubiera realizado despacio y con orden. Pero los políticos y los oradores necesitaban el escenario para lucirse.

Todos ansiaban que llegara el momento de brillar, de mostrar su arte de histrionismo, y enseguida se prepararon las Cortes, y después una Constitución un poco utópica y pedantesca.

Luego siguió la gran batida oratoria, porque todos nuestros más ilustres charlatanes creían, como Antonio Maura, que la salvación estaba en perorar con luz y taquígrafos. Los republicanos antiguos y otros muchos monárquicos, como Alcalá Zamora, Azaña, Ossorio y Gallardo y demás, y algunos republicanos como Lerroux, fracasaron de una manera absoluta.

V

LA SALIDA DIFÍCIL

No se comprende cómo se va a salir de esta terrible convulsión, que es la enfermedad más grave que ha tenido España desde hace siglos. Pensar que se puede exterminar por completo y para siempre al enemigo, sin dejar rastro de él, me parece utópico. Los rojos dicen que Cataluña y Valencia se harán independientes y llegarán a conquistar el resto de España, transformándola en un país federal. No lo creo, y la razón para no creerlo es la vacuidad de los políticos, que no les ha de hacer gracia la idea de perorar en un parlamento provinciano, y ver sus discursos ramplones comentados en un periódico regional.

SEGUNDA PARTE

EL ALZAMIENTO

Un día de julio unos periodistas vinieron de San Sebastián en automóvil a verme. Fueron ellos los que nos comunicaron la noticia de la sublevación del ejército de Marruecos contra el Gobierno de la República. Durante el resto del día no se supo absolutamente nada más.

Al día siguiente llegó a Vera la noticia de que en Pamplona se había sublevado el general Mola, con la guarnición de la capital de Navarra. Era domingo. En la oficina de la Policía cercana a nuestra casa se presentó un automóvil, propiedad de la familia Ansaldo, que llevaba un salvoconducto dado en Pamplona para que se le permitiese atravesar la frontera. El agente de la Policía, obedeciendo la orden que había recibido, negó el permiso para pasar el coche.

El ingeniero de la Fábrica de Hierros del Bidasoa dio en la Aduana la noticia de que los militares sublevados eran dueños de la situación en Pamplona y en casi toda Navarra. Se ha dicho que algunos carabineros se negaron a obedecer las órdenes dadas por los sublevados. El *Diario de Navarra*, de Pamplona, que llegó al pueblo, traía ya el bando firmando por Mola. Por la tarde, en Vera, en la plaza de Juan de Álzate, hubo baile, cosa que me indignó.

—¡Qué imbéciles! ¡Como si lo que está ocurriendo no tuviera nada que ver con ellos! ¡Qué estúpidos!

Resultó que los carabineros parecían indecisos, no sabían qué hacer. A eso de las diez de la mañana llegaron dos autos y un camión con gentes de Rentería o de Irún, que intervinieron para que en la fundición del pueblo se suspendiese el trabajo. De Vera el camión se dirigió a Lesaca.

Uno de los autos, ocupado por cuatro o cinco jóvenes, armados con pistolas y escopetas, se detuvo al pie de la estatua de Leguía, donde se encontraba un grupo formado por obreros.

—¿Estáis firmes? —gritaron los del auto—. Ignoro lo que los obreros responderían.

Comenzó a circular la noticia de que en Barcelona habían fusilado al general Goded, sin que supiéramos si esta muerte se había efectuado por su afecto o desafecto a la revolución.

En el barrio de Álzate de Vera, esas gentes llegadas, calificadas de comunistas, causaron un gran revuelo. Se creyó que iban a quemar la iglesia de los Escolapios. Cuando se fueron sin cometer barbaridades quedó todo tranquilo.

En este día, en la carretera de Vera a Lesaca, vi al cura Ariztimuño, que escribía en el periódico nacionalista bizkaitarra *El Diario Vasco*, con el seudónimo *Aitzol*. Este cura, que me había atacado varias veces en su periódico, al verme me saludó sonriendo.

Después *Aitzol* salió en una barca que se llamaba *La Balandra*, desde un puerto del Cantábrico. El patrón les traicionó a los viajeros y desembarcó en un pueblo de Vizcaya donde los prendieron a todos. A *Aitzol* le llevaron a Ondarreta a la Cárcel de San Sebastián, le pegaron una paliza y le saltaron un ojo. Luego le fusilaron en el patio de la prisión, y al fusilarle bendijo a sus matadores. ¡Qué credulidad más extraordinaria! Es lástima que hombres inteligentes y honrados puedan tener una fe así, de mandinga o de hotentote.

Por la tarde marchábamos en el automóvil de uno de los médicos del pueblo tres personas, el médico, un inspector de policía de la frontera y yo.

El médico tenía en un pueblo del alto del camino a su mujer enferma.

Se decía que un grupo de carlistas navarros, numeroso, venía por el alto de Velate.

En la casa del médico estábamos perdiendo el tiempo. Yo le dije varias veces al médico:

—Vámonos, que van a venir los carlistas.

El médico no hacía caso, y se le ocurrió que volviéramos a Vera cuando ya habían pasado las tropas rebeldes. Fuimos detrás de ellas, y al último nos detuvieron y nos pusieron delante de una pared.

Yo supuse que allí terminábamos. Nos mandaron que siguiéramos en el auto a las fuerzas carlistas. Así fuimos a Vera.

En Vera se hallaba el aviador Ansaldo, que estaba molesto con el empleado de la policía que el día anterior le había prohibido pasar a Francia.

A nosotros, presos, nos trató con desdén. Luego ha hablado mal de Franco. Se ve que el español es una pobre miseria.

Después de muchas vacilaciones nos dijeron que volviéramos a Santesteban. Allí nos metieron en el sótano de la cárcel.

Estábamos los tres detenidos bastante alarmados, porque aquellas gentes lo mismo podían soltarnos que pegarnos cuatro tiros. Yo, aunque con miedo, cantaba esta canción de Iparragirre entre dientes:

*Zibilek esan naute,
biziro, egoki,
Tolosan behar dala
gauza erabaki;*

(Los guardias civiles me han dicho con cortesía que hay que resolver mi asunto en Tolosa. Me han

metido bonitamente en la cárcel... Mi madre lloraría, si lo supiera.)

A eso de la media noche entró en el sótano de la cárcel un oficial del ejército español muy elegante, que era Martínez Campos, duque de la Seo de Urgel, ahora capitán general de Tenerife. Estuvo muy amable con nosotros y dio una orden de libertad para el médico y para mí.

Como el salir de noche era peligroso, fuimos a dormir a casa de uno de los médicos de Santesteban, y por la mañana seguimos hasta nuestro pueblo.

Yo estuve en la carretera, cuando nos arrimaron a la tapia, y luego en el sótano de la cárcel de Santesteban, más que asustado, con cierto estupor. A veces pensaba:

—Es curioso. A ver si acabo yo de una manera romántica, y dentro de cincuenta años me recuerdan como a un héroe.

Cuando salí de la cárcel, fui a Vera. Entonces fue cuando me entró el miedo y la preocupación.

Al llegar a Vera, ya el pueblo estaba agitado por los carlistas. Mi hermano preguntó en el Ayuntamiento si me podían dar un permiso de salida, y le dijeron que no. Decidí marcharme a pie. A la salida del pueblo, en la cuesta del camino hacia Francia, encontré a un señor que iba en un automóvil. Yo le detuve y le pregunté:

—¿Va usted a Francia?

—Sí.

—¿Me querría usted llevar a mí?

—Suba usted.

En el camino encontramos a un carabinero que paró el coche.

—Esto se pone malo —pensé yo.

El carabinero nos detuvo y nos pidió la documentación.

—¿Y usted quién es?

—Yo me llamo Pío Baroja.

—Hoy en el *Diario de Navarra* he leído que le han detenido a usted.

—Sí, pero después me han dejado libre.

—Bueno, pues si puede usted marcharse, váyase usted.

Subimos el francés y yo en el auto, y llegamos a la muga, y allí, al verme algunos mozalbetes, se pusieron a aplaudir.

III

CONFUSIÓN

Al recibirse en el Ayuntamiento el bando del general Mola, ya aparecido en el periódico de la capital de la provincia, en el que se declaraba el Estado de Guerra, se

lo comunicaron al Teniente de Carabineros de Vera del Bidasoa. Por la tarde se supo que el teniente había desaparecido. Por la noche una señora de nuestro barrio vino a casa a decir que no se saliera, porque se temía la vuelta de los llamados comunistas.

A todo esto, la Guardia Civil, probablemente partidaria del movimiento militar e indecisa, se había encerrado en su cuartel, al que fueron los carabineros, partidarios del Gobierno de Madrid, para invitar al jefe de la brigada a que la fuerza bajo su mando se uniera con ellos. El brigada respondió que volvieran los carabineros con algunos de sus jefes, y mientras tanto él con sus subalternos decidirían. Pero, mientras los carabineros se apartaron del cuartel de los civiles, estos se fueron al monte, aprovechando la ausencia de los otros.

Durante la noche los llamados comunistas habían patrullado por las calles y recorrido el pueblo en automóvil. Algunos se detenían en las fondas, para movilizar los automóviles de alquiler que encontraban. En la oscuridad se produjo alguna confusión, haciéndose uso de las armas. Dos jóvenes, que resultaron heridos por disparo de escopetas cargadas con perdigones, fueron curados por el médico.

Durante la madrugada los supuestos rojos, que eran unos chicos jóvenes, continuaron yendo y viniendo por las calles. Ya de día llegaron en camiones los Requetés de Pamplona, al mando del coronel Beorlegui. Con la tropa venía el teniente de Carabineros y alguna persona destacada del pueblo, gente de derechas. En España siempre pasa igual, el reaccionario se prepara bien, el liberal no da pie con bola.

Los Requetés, asesorados por paisanos del pueblo, asaltaron el casino de la Unión Republicana de Álzate, arrojando los libros de la pequeña biblioteca del casino a la calle, en unión de los papeles de música de la banda, quemando unos y otros. Para encender la hoguera purificadora emplearon las astillas del letrero que había en el balcón, arrancado y hecho trizas en su asalto.

Se apoderaron también de dos cornetines y de dos tambores. Uno de los requetés intentó tocar con el cornetín la Marcha Real, pero como sus conocimientos filarmónicos no se lo permitieran, se conformó con tocar una jota navarra.

Luego penetraron en el Centro Obrero, adicto a la UGT, y hubo allí nueva quema de papeles y de libros, no salvándose de la hoguera más que las listas de los socios, sin duda con intención de actos ulteriores.

Se dijo que el Requeté mandado por Beorlegui había marchado por la carretera que se dirige a Behobia, deteniéndose en el caserío de Garayar, y que parte de las fuerzas había acampado en un bosquecillo de acacias.

Como la mayoría de los carabineros habían ido a Endarlaza a reunirse con los otros carabineros adictos al Gobierno de Madrid, se intentó convencerles y se les quiso atraer para que volviesen a Vera. El teniente llegado con la columna reunió a las mujeres de los incorporados para que fuesen a situarse frente a los que se hallaban en la orilla izquierda del Bidasoa, y desde la orilla derecha se pusieron al habla con sus maridos. Muchas de las mujeres se prestaron a hacerlo, pero alguna hubo que se

negó. También fueron llevados algunos de los hijos de los ausentes, pero la maniobra de captación no dio resultado alguno.

En tanto, las partidas de requetés se extendían por el pueblo, y aunque se cometieran algunos abusos en los establecimientos de bebidas, ninguno hubo de demasiada importancia. Se repartieron alojados, y ocurrieron episodios desagradables, otros cómicos. Se notaba que la mayoría de los voluntarios desconocían el manejo del fusil que se les había entregado, por lo cual no era raro el que se les escapase algún tiro. Pero de esos accidentes, no se produjeron desgracias.

Los carabineros que se adhirieron al movimiento militar fueron, por precaución, desarmados.

Se habló de que se había propuesto el que la columna mandada por Ortiz de Zarate atacara Enderlaza, llevando los cañones por la vía del ferrocarril que corre a lo largo del Bidasoa, por su orilla izquierda. Pero el proyecto era tan poco práctico, que quedó abandonado. Los camiones no podían marchar con sus llantas neumáticas por encima de la grava y de las traviesas de la vía férrea. Una avería en un radiador o el estallido de un neumático habrían bastado para que la fila de vehículos quedase inmóvil y fuera necesario arrojar al río el camión averiado, si se quería seguir la marcha.

Como las columnas de tropas regulares y las de voluntarios no traían víveres, ni cocinas, hubo que darles de comer, para lo que en distintas casas de Vera y en otras de Álzate se guisó para los soldados.

Los Requetés borrarón en Vera la muestra del estanco, reduciendo a dos los tres colores de la bandera. Todo protocolo. Hicieron dos o tres visitas domiciliarias, en casas cuyos dueños, caracterizados republicanos, estaban ya al otro lado de la frontera, y como consecuencia de esos registros ardieron varias estampas de la República. Algunos ciclistas y varias muchachas pudieron, sin llamar la atención de los forasteros, llevar ropa y vituallas a los emigrados que se encontraban al otro lado de la muga o línea fronteriza.

Las noticias que se recibían eran siempre contradictorias, no pudiendo aceptarse por falta de comprobación. Se dijo que Beorlegui había llegado a Oyarzun, penetrando en la población, pero no se llegó a comprobar que aquello fuese cierto. Los del ejército regular, es decir, infantería y artillería, iban desapareciendo, unidos a algunas patrullas de requetés. En sustitución de los carabineros se había puesto en la puerta de la Aduana a dos del Requeté, llevando en un camión a doce más para cerrar la frontera; después subió otro camión con unos veinte hombres, para ocupar los límites del término municipal con Francia.

Al volver, he sabido muchas cosas de las que no quisiera haberme enterado. Entre ellas el caso de la maestra de un pueblo del Roncal, llamado Güesa, una muchachita de Pamplona, inteligente, que se había hecho comunista. Se llamaba María del Carmen Oscoz, y yo supe de su existencia, porque en el comienzo del año 1936 me empezó a escribir unas cartas en las que se mostraba anticlerical y entusiasta del

comunismo, cartas de persona inteligente. Esta pobre muchacha leía mis libros, creía que yo estaba equivocado al no identificarme con el entusiasmo comunista.

La maestra era audaz y valiente. En el pueblo parece ser que había un cura que la perseguía. Ella pintaba a su perseguidor como a un monstruo. La maestría fue a varias reuniones, y al comenzar la revolución la detuvieron y la llevaron a la cárcel de Pamplona.

El doctor Victoriano Juaristi, primero médico de Irún y luego de Pamplona, quiso salvar a la muchacha, y le aconsejó que no se mostrara orgullosa, sino que dijera que tenía verdaderos deseos de arrepentirse, que se mostrara amable y que se confesase para salvar la vida.

La chica rechazó esas sugerencias con desdén.

Algunos días después la sacaron en un camión, y en medio de la carretera la mataron los carlistas, tirándola al suelo y disparando sobre ella varios tiros. Después arrojaron su cadáver por un barranco. ¡Qué crueldad más baja!

También me enteré del caso de un doctor Arraiza, de Pamplona, conocido mío, que hizo una lista de las personas que había que detener y fusilar, y al cual su mujer, que le acompañaba, le iba indicando: «Te has olvidado de poner en la lista a Fulano y a Mengano», y el marido los incluía para que no fueran olvidados al llegar el momento de la trágica liquidación, dispuesta por el odio y por el fanatismo, tan torvos y voraces en unos como en otros.

IV

FUSILAMIENTOS

En Vera comenzaron los fusilamientos, siendo las primeras víctimas de esa barbarie un tal Seminario y un obrero de la fábrica de hierro. Seminario era un buen hombre, un poco petulante, que se las echaba de republicano. Estas cosas suelen darse en los pueblos y entre personas de poca cultura. De pronto, sin saber por qué, hay quien se siente republicano o socialista de una manera violenta, y por fantasía y por echárselas de terrible dice cosas que le parecen audaces.

A Seminario le reprochan que, cuando llegó a Vera la noticia de la muerte de Calvo Sotelo, había dicho:

—Ya se ha acabado con este; ahora se acabará con los demás.

Al obrero de la fábrica de hierro se le fusiló porque sí. Era un pobre hombre oscuro que no había hecho nada.

Estos fusilamientos inauguraron las muertes horribles de la cantera del pueblo, donde se llegó a fusilar a cuatrocientos hombres.

Por radio, desde San Sebastián, se comunicó que Beorlegui había sufrido un descalabro en Oyarzun, y que tenía muchas bajas. En varias casas del pueblo se seguía haciendo la comida para las tropas que todavía seguían en Vera, siendo cosa notable el que la Administración militar de la Tropa, si es que había alguna, no pagaba a nadie.

Una madrugada, a las tres, se requisaron carros tirados por vacas para que transportasen los cañones hacia la parte de Oyarzun. Los aldeanos tuvieron que obedecer, refunfuñando, desesperados, porque temían por ellos y por sus vacas. Luego, cuando alguno de ellos regresó, dio noticias, muy vagas, sobre la operación de Oyarzun. Decíase que las columnas de Ortiz de Zarate y de Beorlegui habían tomado el pueblo a las diez de la mañana, formando entre ambas un total de mil quinientos o mil seiscientos hombres. Desde San Sebastián decían, por la radio, que con dirección a ese pueblo y a Rentería habían salido fuerzas armadas.

V

SUPUESTOS JEFES

Manuel Andrés era, al parecer, hombre de fibra, y tuvo un estreno muy espectacular en San Sebastián. A Manuel Andrés y al doctor Bago se les tenía en San Sebastián por terribles revolucionarios.

Yo no comprendo qué estupideces más extrañas creía la gente. Suponían, porque sí, que el doctor Bago era una especie de Robespierre, y no sé lo que creían que iba a hacer. No hizo nada. Marcharse a Francia, y luego dejarse prender tontamente en Dancharinea.

Bazo, con su mujer, y Arocena con la suya, hicieron la tontería de marcharse a la frontera y acercarse a la línea, insegura, donde algunos carabineros los empujaron hacia el territorio español y los metieron en España, llevándolos a la cárcel de Pamplona.

VI

A ORILLAS DEL BIDASOA

Ya para entonces la Aduana estaba cerrada, sin que hubiese guardia de requetés; tan

solo una patrulla de ellos vigilaba en la muga, no se sabía qué, ni a quién. Se oían cañonazos hacia la parte de Guipúzcoa, y todos parecían estar conformes en que Beorlegui y Ortiz de Zarate habían tomado Oyarzun y llegado hasta la desembocadura de la carretera que une a este pueblo con la de Francia. Costaba un poco de trabajo creer aquello, porque sus columnas no reunían dos mil hombres, aun añadidos los que hubiesen podido llegar de Pamplona. Además, el periódico recibido de la capital de Navarra nada decía en sus columnas de la toma de Oyarzun, tan solo que se acercaban a ese pueblo las fuerzas sublevadas.

En el quiosco de la música en la plaza de Álzate, un teniente de la Guardia Civil pronunció una alocución, con acento de la Ribera de Navarra, diciendo que el pueblo no había recibido con entusiasmo a los sublevados, que no había en él ni banderas, ni escarapelas bicolors, ni gritos, ni ovaciones, sino caras tristes. El discurso del teniente no produjo ningún efecto. Casi todos los muchachos del pueblo andaban huidos por los montes de la frontera francesa.

Los partes de *Diario de Navarra* seguían siendo lacónicos. El tiempo era desapacible, frío y lluvioso. Aunque las noticias radiadas de San Sebastián no mereciesen a los que las oían mucha confianza, por telegrafía sin hilos se supo que en la capital de Guipúzcoa, en cuyo cuartel de Loyola se habían hecho fuertes militares y falangistas, se habían rendido sin condiciones, y que el armamento con que contaban los rendidos había sido entregado al Frente Popular.

Uno de los yunteros que habían ido con la columna de Ortiz de Zarate, con su carro y sus vacas, para transportar artillería, vino diciendo que, después de un tiroteo débil en Oyarzun, la columna había entrado en el pueblo, siguiendo después por la carretera hasta las proximidades de Behobia y de la vía férrea del Norte. Un tren con tropas o milicias del gobierno de Madrid había hecho fuego sobre la columna, que se retiró hasta ponerse fuera de tiro.

El pueblo seguía tranquilo, y únicamente se veían en él algunas parejas de requetés o de falangistas armados. Se había prohibido por medio de un bando el transitar por el monte antes de las cinco de la mañana y después de las siete de la tarde.

Las noticias radiadas desde Sevilla, de ser ciertas, indicaban que Madrid iba a encontrarse en situación muy difícil.

VII

LO QUE SE CUENTA

Se contaba que los requetés atacaban las posiciones de los rojos al grito de «¡Viva

Cristo Rey!». ¡Qué absurdo me pareció todo aquello! Si alguno de ellos hubiese leído el Evangelio y lo hubiera comprendido, no creo que se le ocurriría una cosa tan contradictoria. ¡Viva Cristo!... para matar. Iban estos carlistas dirigidos por curas trabucaires, chulos de sacristía, que marchaban satisfechos con su pistola al cinto.

Por el término de Lesaca pasó una columna de ochocientos hombres, camino de Guipúzcoa, destinados a reforzar las fuerzas que atacaban a Irún, Rentería, Pasajes y San Sebastián. Se dijo por entonces que Rentería y Pasajes habían sido ocupados por los sublevados, y que por lo tanto Irún quedaba sin comunicación por tierra con San Sebastián. Seguía sonando el cañón durante todo el día, hacia el Noroeste, no sabiendo si los que disparaban eran cañones del fuerte de San Marcos, de Guadalupe, de los sublevados o desde algún buque de guerra.

A fines de julio el tiempo seguía siendo malo, frío y lluvioso, impropio de la estación. No se veían más hombres armados que la pareja de requetés que hacía guardia en la muga. Se ignoraba lo que había sido de las columnas entradas en Guipúzcoa. Se decía por algunos que las fuerzas de Beorlegui y de Ortiz de *Zarate* se habían replegado hacia Oyarzun, desistiendo por entonces del ataque a San Sebastián.

De Francia llegaron entonces tres legitimistas para incorporarse a las fuerzas sublevadas. El recibimiento que se hizo a esos franceses fue extraño y ridículo.

TERCERA PARTE

EN FRANCIA

Una vez cruzada por mí la frontera, Fernando Ortiz Echagüe, a quien encontré en Hendaya, me invitó a escribir algo para *La Nación* de Buenos Aires, periódico que él representaba en Europa. No tenía yo en aquellos momentos la suficiente serenidad de ánimo para hacerlo, y, al ponerme sobre las cuartillas no sabía por dónde empezar, ni qué decir, unas veces me parecía mi posición un poco ridícula y otras veces casi trágica. No tenía tampoco claridad de espíritu para sospechar qué podía salir de aquella revuelta.

En esta aventura revolucionaria y absurda en que se había metido de lleno España, yo me sentía incapaz de tener confianza en algo político. Era difícil que un español, de no ser fanático o iluso, pudiera ser optimista, si era posible tener alguna inclinación por uno de los sectores en que aparecía dividido nuestro país. Por la ideología era para mí difícil, pues ambas me parecían igualmente pobres, miserables y mediocres. Por la simpatía era imposible, porque ninguno de los que pertenecían a esas agrupaciones sectarias había tenido la más pequeña atención con un hombre como yo, y no era que yo pretendiese una atención de personaje, sino algo pura y simplemente humano. De la izquierda y de la derecha tenía algunos pequeños agravios, si no que vengar, cosa que no entra en mi carácter, al menos que recordar.

En los últimos tiempos había escrito en Madrid algunos artículos de crítica acerca de las ideas comunistas. Había dicho en ellos que la teoría no tiene originalidad alguna, que casi todas las predicciones de Karl Marx se habían visto incumplidas, que su libro *El Capital*, que casi nadie ha leído, es pesado, indigesto, soporífero. Afirmé también que la fraseología de Lenin y de sus compañeros resulta vulgar y mediocre, al lado, por ejemplo, de la retórica violenta, revolucionaria y apocalíptica de un hombre como Federico Nietzsche.

Creo, al mismo tiempo, que la proletarización de los empleados y obreros no les beneficia más que allí donde hay una plusvalía grande, sobre todo en las ciudades; pero que en las comarcas agrícolas pobres, es decir, en la mayoría de las regiones españolas, no daría resultado ni sería posible. El municipio, sindicato o provincia que quisiera dar a los labradores jornales de obreros, apoderándose de la propiedad, se arruinarían irremediabilmente. Solo en algunas regiones privilegiadas por la naturaleza, como Valencia y Murcia, o en pueblos que tengan una riqueza especial, como Almadén, Río Tinto, Linares, etc., un régimen comunista sería una ganga para el vecindario. Pero los de los pueblos cercanos dirían: ¿Y por qué esos tienen esa ganga y nosotros no?

A mis reparos sobre las utopías socialistas se me contestó de manera estólida, diciendo que yo no entendía la cuestión. Como ya es sabido, cada comunista español es una lumbrera, mezcla feliz de Newton, Kant y Copérnico, con algo de Einstein.

Después me acusaron de estar vendido (¿dónde estará hoy el hombre cándido que pague con una moneda de plata o de cobre la conciencia de un escritor español?); por último, me replicaron que era un viejo, y que debía morir pronto.

Ante este aticismo no tenía uno más remedio que quedar conmovido y aplastado. Añadieron que un hombre viejo no podía entender la dictadura del proletariado. Naturalmente, esto no puede entenderlo ni un viejo ni un joven. Los proletarios que se convierten en dictadores dejan de ser proletarios, como el criado que se hace dueño de una casa deja de ser criado.

La cabeza comunista en España, y creo que también fuera de España, es de ínfima clase; de gentes a quienes no se les ocurren más que lugares comunes, ya muy manoseados.

Todos estos revolucionarios son doctrinarios, pedantes, y tienen una intransigencia parecida a la de los antiguos cristianos, intransigencia de origen semítico, expresada mejor que en ninguna otra parte en la frase del Evangelio: «El que no está conmigo está contra mí».

Respecto a los reaccionarios españoles, nunca he pretendido tener sus simpatías, ni personales, ni ideológicas, pero pensaba que ellos podían sentir una mínima consideración por el que no comulga en sus ideas y es indiferente. He visto que no.

Yo pasaba gran parte del año en Vera de Bidasoa, y vivía en casa cuando estallaron los acontecimientos revolucionarios. En ocho días supimos que había llegado al pueblo un camión cargado de comunistas y de gentes del Frente Popular de Irún, que recorrieron las calles de la aldea, y a la mañana siguiente, después de vitorear a la República y de dedicarse un poco a la pedantería de los puños en alto y de los «¡Salud, camaradas!», volviéronse a Guipúzcoa, e hicieron saltar el puente de Endarlaza.

II

LOS REQUETÉS EN VERA

Dos días después entraban en Vera los requetés salidos de Pamplona. Al dejar mi casa, por la mañana me dijeron: «¡Ahí están!». Efectivamente, en mi barrio, que llaman de Álzate, delante de una casa de dos pisos, con un balcón en el que había una muestra donde se leía «Círculo de Unión Republicana», había un grupo de veinte o treinta hombres con traje amarillo «caqui», boina roja y un fusil brillante, moderno. Me pareció aquello que veía una escena resucitada del tiempo de la guerra carlista y del cura Santa Cruz. Un oficial, desde el balcón de la casa, arrancó el palo del asta de la bandera e hizo saltar a hachazos el letrero; después lo tiró al suelo. A continuación

fue sacando libros y amontonándolos en la calle, donde los soldados les prendieron fuego. Entre aquellos libros había algunos míos que yo había regalado hacía tiempo al pequeño casino. Allí quedaron carbonizados.

Estas tropas del Requeté tenían cierto aspecto. En su mayoría eran hombres pequeños, casi todos de la Ribera de Navarra. Había un muchacho alto y grueso, con una boina de borla amarilla, y uno viejo con gran aire de antiguo guerrillero. Después de destrozar la pequeña biblioteca del círculo republicano, pusieron un letrero que decía: «Dios, Patria, Fueros y Rey».

Estuve hablando con los requetés. Uno me dijo que habían escuchado por la radio un discurso pronunciado en Madrid por la Pasionaria, y después de oírlo, quisieron destrozar el aparato que lo recogía, propiedad de un carabinero. Fue días después cuando me tuvieron de pie, detenido, delante de un paredón de tierra, y luego nos llevaron a la cárcel de Santesteban.

Una vieja carlista de Santesteban dijo que yo tenía mucho miedo. ¿En qué lo notaba? En esa ocasión yo mismo estaba asombrado de sentirme indiferente, estupefacto.

Una vez en el país vecino, viví primero en casa Arocena en Behobia, luego en un hotel de Hendaya, en el de la Rhune en Ascain, donde vivió Pierre Loti cuando estaba buscando ambiente para escribir *Ramuntcho*, y al último, en el restaurante del Petit Pont, en San Juan de Luz.

Me hallaba en ese tiempo en un estado de indiferencia o de estupor, que no creo que sea señal de valor activo.

Se supo entonces que Pasajes había sido ocupado por los nacionales, y que la Papelera seguía en poder de los fieles al Gobierno de Madrid. La flota pesquera había sido destruida, y sus restos llenaban la bahía. El fuerte de San Marcial disparaba sus cañones sobre los nacionales, causándoles algunas bajas. Al parecer, quien manejaba las piezas era un oficial de la Marina de guerra. Irán estaba ya incomunicado con San Sebastián.

Se adquirían los alimentos por medio de vales, así como el vestuario y demás objetos, sin abonar su importe.

De lo ocurrido en San Sebastián contaban horrores, pero eran las tales noticias algo que necesitaba confirmación. Según algunos, el señor Irujo había proclamado desde la Diputación provincial el Estatuto vasco.

Algunos aseguraban ver fogonazos de piezas artilleras emplazadas en Escolamendi, cuyo efecto no se notaba.

Me trasladé un día con mi amigo Gaudin a la muga de Vera, para esperar a mi hermana, pero no apareció. Luego me dijeron que me había avisado para que no fuera, pero el aviso no me llegó a tiempo de evitar el viaje inútil.

En la muga vimos dos autos de Estado Mayor con bandera fascista, roja y negra, que iban por senderos próximos a Francia. Dijeron que trataban de hallar emplazamiento para una batería con la que pudieran disparar contra Endarlaza. Hablé con los que vigilaban la frontera, fascistas entonces, y uno, natural de Valladolid, me dijo que comprendía por qué no me dejaban entrar.

Desde la muga nos trasladamos a Ascain, y una vez allí, me quedé en el hotel de la Rhune.

A mi amigo le pareció que el cuarto que me habían dado era poco cómodo y relativamente caro. Sin embargo, me establecí allí, y al día siguiente salí para dar un paseo a pie hasta Oleta. Creí que estaba más cerca, pero debe de haber unos cuatro kilómetros. El país resulta idílico. Larun estaba en aquellos momentos envuelto en niebla. La tarde de sol tenía ya un grato sabor otoñal, y de cuando en cuando se escuchaba el estampido del cañón.

Pensaba que, aunque no estuviese de acuerdo ni con los unos ni con los otros, de los que al otro lado de la frontera luchaban, encontraba algo más lógico lo de los comunistas, que no lo de los carlistas. Los dos mataban, si podían, a sus enemigos, pero los carlistas eran católicos convencidos, respetuosos obligados de una doctrina que les decía: «Ama a tu prójimo como a ti mismo»... y lo fusilaban. Los comunistas no presumían de amar al prójimo, sino que odiaban al burgués y pensaban en su vida. Por lo menos, no se les podía tachar de hipócritas.

Aquella situación enconada era también consecuencia de que no hay más que dos posiciones para todo, derecha e izquierda. Eso puede resultar verdad en ciertas actividades políticas prácticas y populares, pero no en lo demás. Si yo hubiera vivido en Bélgica, en Holanda, en Inglaterra o en Dinamarca, no hubiera sido nunca republicano, ni socialista ni político.

Me encontré entonces con un señor americano, carlista disfrazado, hombre cándido y sin odios, el cual me dijo que la revolución de Riego había producido la independencia de América, opinión de Vázquez de Mella, el cual era de una perfecta oquedad. A mí esa idea me parece perfectamente ridícula.

—¿Usted cree? —me dijo el americano, sumamente sorprendido de lo que yo decía.

—Claro que lo creo. Si la revolución de Riego se hubiera realizado bien, probablemente hubiera sostenido la relación de la metrópoli con los pueblos americanos, que hubieran tenido cierta autonomía. El único inconveniente es que hubieran dominado a España.

—Es posible que tenga usted razón.

En Behobia me encontré con Ortiz Echagüe, quien me invitó a escribir en *La Nación* de Buenos Aires, como ya he dicho, consagrando el primer artículo de mi colaboración a hablar de la guerra, que se conoció enseguida en Irún.

A consecuencia de ese artículo mío, un obrero se me acercó, furioso, para decirme que en aquel trabajo no quedaban muy bien los rojos, y que si me hubiera cogido en Irún, me hubiese abierto la cabeza de un tiro.

—Ah, claro —le dije yo—. Ustedes son muy valientes cuando son cien o doscientos frente a uno, pero aquí, donde un gendarme les pega una patada en el trasero, resultan como corderos.

IV

EL INCENDIO DE IRÚN

En tanto comenzaba el incendio de Irún, la gente que había tenido que evacuar la ciudad y trasladarse a Francia, veía llegar a los gerifaltes del Frente Popular, que no solo salían con gran facilidad y con distintos pretextos de España, sino que yo no sé cómo se las arreglaban, pero todos ellos o la mayoría tenían dinero para establecerse con sus familias en buenos hoteles.

Los socialistas que estaban en Irún, la mayoría asturianos y gallegos, al ver en Hendaya un gran campo de juegos, decían que era una vergüenza que no permitiesen que se establecieran los obreros españoles en él.

—No parece sino que ustedes dan lo suyo a los demás —les dije—. A los franceses les tiene absolutamente sin cuidado lo que puedan hacer los españoles. Es natural. Ahora, por lo menos, cada cual vive en su casa y en su país, y no se ocupa para nada del vecino.

En Irún la fábrica de cerillas ardía; luego, una de chocolate; después el paseo central, y otro incendio hacía destacar la cúpula de una iglesia próxima a la estación del ferrocarril del Norte. No parecía sino que iba a desaparecer el pueblo entero.

Una señora, conocida mía, me decía:

—No tengo más que este abrigo y la tierra donde piso. Espero volver, porque desde aquí veo que mi casa no arde.

Alejóse aquella señora, y al poco rato uno que le había oído su frase de esperanza, exclamó:

Ya está ardiendo la casa de esa señora.

Efectivamente, una casa de cuatro o cinco pisos aparecía con todos sus balcones y ventanas iluminados por las llamas.

Se puede comprender que se quemó un sitio por razones estratégicas, para impedir el paso de un ejército, pero aquí no hay razones estratégicas que respetar, porque Irán es un pueblo final, y los extremistas lo incendiaban mucho antes de que los enemigos se acercasen al pueblo.

Algunos elementos de la CNT defendieron después el incendio de las ciudades empleando una fraseología iracunda. Yo creo que la mayoría de esa gente que aparece afiliada a la CNT no es nada, ni se ha ocupado antes de política. Muchos eran maleantes y los otros, unos cucos que querían vivir sin trabajar.

En Vera pertenecían a esa agrupación un contrabandista que exportaba cocaína y morfina, su hijo, ladrón, y varios jóvenes holgazanes que pretendían vivir sobre el país. Estas gentes salieron del pueblo y se trasladaron a Irán. Me contaron que tres de estos jóvenes fueron a prender al hijo de un panadero rico, que después de echarle mano lo llevaron al puente de Fuenterrabía, y que, una vez allí, le quitaron el uniforme y le despojaron del dinero que llevaba encima.

He estado en el hotel de Hendaya, donde hay mucho español, gente que habla a gritos. Entre esa gente tumultuosa aparezco yo como un tipo silencioso y preocupado. Se nota en uno las fallas del emigrado, los botones de la camisa que se van cayendo sin que nadie los reponga, la ropa con arrugas, las manchas, etc.

V

EN BIRIATU

Ortiz Echagüe, el representante en Europa de *La Nación* de Buenos Aires, que me ha procurado la colaboración en dicho periódico, me ha invitado a ir a almorzar a Biriatu. Ha estado también con nosotros el periodista español Francisco Madrid.

Comemos en la terraza de un restaurante y, de repente, en una mesa próxima a la nuestra se levanta un francés rojo, inyectado y estúpido, y grita con rabia:

—Esos *saligauds* de comunistas españoles se meten en la orilla francesa.

No hay tal; son imaginaciones y fantasías de un hombre bebido. No hay nadie que se vea que haya pasado la frontera por aquel sitio. En eso, como en muchas otras cosas, se comprende la inseguridad del testimonio. La gente es histérica y estúpida, y solo cree aquello que le conviene.

Yo, un poco impresionado por la vista del Bidasoa, y por los montes próximos, canto entre dientes esta canción de Iparraguirre:

Hara nun diran mendi maiteak!

Hara nun diran zelaiak!

Baserri eder zuri-zuriak,

iturri eta ibaiak.

*Hendaian nago zoraturikan,
zabal-zabalik begiak,
hara, Espainia! lur hoberikan
ez du Europa guztiak.*

(Ahí están nuestros montes queridos, / Ahí están nuestros prados, los caseríos blancos / la fuente y el río, / Estoy en Hendaya, enloquecido, / con los ojos muy abiertos, / Ahí está España, mejor tierra / no la hay en toda Europa.)

VI

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

El Bidasoa en su nacimiento va en dirección del Sur al Norte, inclinándose un poco hacia el Oeste. Desde el puente de Endarlaza el río empieza a ser franco-español. Allí cerca hay una muga llamada Chapitelaco Arria, nombre que en castellano quiere decir Piedra del Chapitel. En territorio francés hay linajes, que corresponden a Biriato, pueblo muy pequeño. En él el general La Tour d'Auvergne se batió con los españoles en 1793. Frente a Biriato, en la orilla española, se encuentra Lastaola, cerca del monte Pagogaña y el de Erlaiz, en donde tenía su campamento el escribano Muñagorri, que levantó en la primera guerra carlista la bandera de Paz y Fueros.

En Endarlaza el paisaje se va cerrando, el río tiene por aquella parte senos verdes y espumas blancas. Se ve la muga de Francia, y hay una piedra que se conoce por Lamiarri o Peña de la Lamia.

En ese restaurante de Biriato a donde he ido a comer con Ortiz Echagüe y el periodista Francisco Madrid, se ha visto al general Mola con un ayudante.

En el hotel de Ascaín, de ambiente burgués, donde paso unos días, se refugian algunas familias españolas que, sin duda, se creen muy importantes. A mí me dieron un cuarto retirado, con vistas a un patio interior. No había otro libre.

Yo sigo luchando con los pequeños conflictos diarios de la ropa y de la comida. Si esto le hubiera cogido a uno de joven, habría podido maniobrar con cierta destreza, y arreglárselas mejor, pero ya de viejo resulta forzosamente un verdadero desastre. ¡Qué le vamos a hacer! Esta gente de Vera que se ha refugiado en Francia, se empeña en no querer comprender que la guerra tiene sus exigencias. Habla de pequeñas imposiciones militares, como de algo que fuera terrible, y de haberlas obligado a llevar en sus carros de bueyes las municiones, como si se tratase de una imposición y de una exigencia extraordinarias.

El joven que me habló en Mugaire, cuando me detuvieron los carlistas y me

pusieron al lado de una tapia, me indicó que era un aristócrata y que me conocía de Biarritz. No recuerdo su nombre.

No he comprendido cómo la mayoría de los escritores y profesores españoles no vieron que detrás de la República tenía que venir un intento de revolución social y de comunismo. A mí me parecía un hecho inevitable. A todos aquellos a quienes les indicaba esto, me reprochaban el que fuese pesimista y hasta me tildaban muchas veces de reaccionario. Yo muchas veces dije:

—Si la república quiere ser individualista y burguesa, tendrá que ametrallar más de una vez a la gente de la calle. Si quiere ser socialista o comunista, entonces tendrá que dejar el poder en manos de otros partidos extremos.

VII

COMBATES

En el alto de Erlaiz, en vascuence *Erlaitz* quiere decir ‘cornisa de un monte’, según parece, se batieron con gran furia nacionales y gubernamentales. Los nacionales tienen mucho más armamento y más municiones. El alto de Erlaiz tiene la ruina de un castillo que no conserva más que las paredes. Allí se habían metido unos cuantos rojos y quisieron impedir el paso a los blancos. Estos tenían ejército regular, cañones y soldados del Tercio, a quienes lanzaron contra la posición. Los del Tercio tuvieron muchas bajas, pero a pesar de eso llegaron a entrar entre aquellas paredes.

Los rojos escaparon como pudieron, corriendo por los barrancos. Al día siguiente, según me contaron tiempo después una vieja y unos chicos de un caserío lejano, unas muchachas fueron a la posición con unas cestas con comida, y los fascistas fusilaron a las muchachas. ¡Qué crueldades más desagradables y más inútiles!

El Frente Popular tiene mucho éxito en la frontera francesa. Se oye cantar a algunos obreros una música que dicen es una canción italiana, que parece se llama *Avanti popolo*, y que termina en español diciendo: *La bandera roja triunfará*.

En la comida que hice en Biriatu el periodista español Francisco Madrid me dijo:

—Ande usted, véngase conmigo a Barcelona. Nos recibirán muy bien.

Le contesté:

—Ca, yo no voy a España ahora ni atado.

Francisco Madrid, por lo que me dijo tiempo después el representante de *La Nación* de Buenos Aires, Ortiz Echagüe, marchó a Cataluña y al llegar allí le detuvieron. Gracias a Companys, presidente de la Generalitat, que lo reclamó y lo tuvo guardado ocho meses en el Gobierno Civil de Barcelona, pudo salvarse de que lo linchasen los anarquistas. Este Madrid se ve que es un hombre sin ningún sentido.

Había hablado mal de Durruti y de los jefes anarquistas que mandaban en Barcelona en un periódico, y lo habían tomado en cuenta.

En la muga, donde he estado, me ha dicho Arrechea que hay excitación en los pueblos próximos, que han prendido a gente en Lesaca y que han matado al alcalde *Zortchico*, lo que luego no se confirma. Unos días después me traslado de nuevo a Behobia. Ya parece que hay más tranquilidad, y en las puertas de las casas se ve gente. En un lugar del camino, entre San Juan de Luz y Behobia, en donde se domina el paisaje español, un francés industrial, que ha visto en ello un pequeño negocio, ha plantado un trípode con un anteojo grande, para mirar a través de él algunos sitios de España, y cobra por ello tres francos.

Se habla de Don Mónico, un cura de Echarri-Aranaz, que anda ahora de guerrillero por la parte de Villafranca y de Beasain.

En Hendaya un miliciano de Irún, buen tipo, aguileño, me dice que el día antes, cuando los defensores de Irún escapaban a la desbandada, doscientos milicianos rojos llegados de San Sebastián se instalaron en el Puente Internacional, para rechazar a los nacionales, y ver si conseguían entrar dos vagones de municiones. La empresa era muy difícil que tuviera éxito, y aunque extremaron su decisión y arrojo, fracasó. Un tanque blindado enemigo se acercó a ellos, vomitando metralla, y después de caer algunos de ellos, los restantes tuvieron que escapar y refugiarse en Francia.

Los neutrales en esta partida no pueden más que perder. No pueden ganar, porque no juegan; pierden siempre. Ahí está para demostrarlo Irún incendiado y carbonizado. Pensar que mucha palabrería del Congreso y de los mítines acaba en esto, en que le queman el caserío y le matan las vacas al hombre trabajador que no se ha metido en nada, es cosa bastante triste.

Progreso, yo creo que no hay progreso ninguno en la moral. Tan solo la ciencia progresa; lo demás, nada. Se dice: ya estamos en guerra, y por lo tanto se arruina, se incendia, se roba, se prende, se fusila, como en las épocas más bestiales y más bárbaras.

Desde el pálido predicador de Galilea y sus discípulos hasta los sectarios elocuentes que hablaron de los Derechos del Hombre y los filántropos y tratadistas modernos de la juricidad, ninguno ha conseguido nada, y el hombre es hoy tan bárbaro y, en el fondo, tan cobarde, como cuando vivía en las cavernas.

Un domingo, al día siguiente de mi conversación con el miliciano, una muchedumbre de franceses y españoles contemplaba, desde Hendaya, el caserío de Irún en gran parte en ruinas. Todavía salía humo de las casas incendiadas. En la iglesia ondeaba la bandera bicolor y brillaba también en la torre de Fuenterrabía. En el monte Jaizquibel caen algunas granadas hacia la parte de Lezo y de Pasajes, y en el mar se ven a lo lejos dos barcos de guerra de los nacionales.

Me cuentan escenas de Irún entre la gente que se bate. Todos están muy preocupados con la comida, Un jefe rojo, no sé si de Fuenterrabía o de Irún, se marchó, según dicen, con setenta mil pesetas. Hablan de los presos de Guadalupe; dicen que les obligaban a enterrar a los que fusilaban; que hacían fusilamientos fingidos; que había tres clases de granadas de barco, unas pequeñas, otras mayores y otras que empezaban a moscardonear y a entrar en tierra hasta que estallaban, levantando humo y piedras.

Al parecer, mataron a quince de Irún y a seis forasteros.

El último día salió casi todo el pueblo con intenciones de pasar a Francia. Los de la CNT dijeron que no pasaba nadie, pero la gente insistió y pasó. Luego entraron ellos inmediatamente gritando: ¡Estamos copados!

Hubo muchas escenas cómicas. El comisario dijo a uno de los milicianos:

—Tienes que ir al monte.

—Yo no puedo ir al monte.

—¿Por qué?

—Porque estoy enfermo.

—Pues entonces, al hospital.

—Yo no voy, ni al hospital ni al monte.

Entre los de la CNT se indica que hay que fusilar a cuatro que se consideran reaccionarios, y le dan el encargo de hacerlo a un minero asturiano al que llamaban Trubia y a quien consideran todos como un hombre terrible. El minero sale con una pandilla con los cuatro hombres que han ordenado fusilar, y al cabo de poco tiempo vuelve y dice:

—Yo no puedo a sangre fría fusilar a esa gente. Si hay alguien que lo quiera hacer, que lo haga.

Corren muchas mentiras por la parte de Francia. Dicen que han fusilado al cura de Lesaca porque dijo en un sermón que la guerra actual no era de ideales, sino de fanatismo y de barbarie. Ese cura, don Félix, es amigo nuestro y espero que la noticia no sea cierta.

Un joven del pueblo cree que, si han detenido a algún cura, será a uno llamado Lecaroz, por nacionalista. Hoy ha corrido la noticia de que el arzobispo de Valladolid ha sido detenido por los nacionales.

Cuando se supo en Vera la muerte de Calvo Sotelo y vino el periódico *La Voz de Guipúzcoa* con toda la primera plana en blanco, yo dije:

—Aquí va a pasar algo muy gordo.

El médico replicó:

—No pasará nada.

Yo creo que ha pasado algo de lo más duro y cruel de la historia de España, que ya es de por sí odiosa. Un joven comunista me dice que yo he inspirado a los suyos. Le contesto que no he sido nunca comunista.

Nell ha llegado a Hendaya, desde San Sebastián, y ha ido a hospedarse al Hotel Imatz, donde un amigo le fía. Lleva un jersey que tiene escrito en el pecho el nombre de Chicote, y supone que la criada del hotel le considera como un hombre peligroso, que se lleva las prendas de vestir de los amigos.

Dice que algunas veces le han dicho: «El nombre que usa usted será apodo, ¿verdad?».

El doctor me ha dicho que ha visto a las milicias socialistas en San Sebastián. Según él, se baten con valor, pero todos son jovencitos de diecisiete y dieciocho años, a los que, pasando el momento de excitación del combate, se les va viendo pálidos y extenuados. No pueden naturalmente poseer la serenidad de los soldados veteranos. A pesar de esto, han tenido momentos de valor y se han lanzado contra las ametralladoras a pecho descubierto. Si estuvieran en condiciones iguales, esta guerra sería eterna.

CUARTA PARTE

EN SAN JUAN DE LUZ

Gaudin y su señora vienen un día a Ascaín para decirme que sería mejor que me fuera a San Juan de Luz, en donde habían encontrado un alojamiento bueno para mí en un cuarto mejor que el que tenía en Ascaín, y donde además la pensión resultaba algo más barata.

En Ascaín estuve en un caserío de unos que habían vivido anteriormente en Vera, y donde había varias chicas guapas que me acogieron muy amablemente. Quizá sea influencia de la barba larga y blanca, que le da a uno cierto aspecto de viejo romántico. No creo a pesar de ello que se pueda decir de mí como en el romance que se cita en el Quijote:

*Nunca fuera Baldovinos
de damas tan bien servido
como al volver de Bretaña,
cuando de Bretaña vino.*

En la plaza de San Juan de Luz me encontré con un fascista madrileño, antiguo anarquista, huido luego, quien me dijo que en San Sebastián los del Frente Popular se habían batido con valor. Otros decían que no habían hecho más que estupideces, y todo se les había ido en fusilar, a diestro y siniestro.

Después de haber pasado una semana o dos en Behobia, en casa de Manuel Arocena y de su mujer Pepita Claverie, y luego varios días en Ascaín, me trasladé a San Juan de Luz, a un pequeño restaurante que tenía debajo un despacho de vinos. Se llamaba Restaurant del Petit Pont.

Voy muy poco a la playa, porque los brillos del sol sobre la arena me ciegan. La arena amarilla, los reflejos del mar, los colores chillones, nada de eso es lo mío.

Han desembarcado de un barco alemán gentes venidas de Bilbao.

Traían caras de espanto. En el puerto de San Juan de Luz hay siempre una gran cantidad de personas esperando, sin duda, a que alguien las dirija a algún punto en donde puedan hallar un medio de vida. He visto a Lequerica en el muelle. Me ha dicho que ha hablado con Martínez Anido en Vichy, que es hombre ocurrente, ameno y frío. También ha hablado con el duque de Granada, al que prendieron y llevaron atado a la cárcel.

Llegan ahora al puerto de San Juan de Luz unas gabarras de un buque de guerra norteamericano, que está a la vista, aunque en alta mar. Han desembarcado de las gabarras unas barricas de metal, en las que se leía «Standard». Debían de pesar mucho, y las bajaban del camión cinco o seis marineros, con peligro de hacerse daño, hasta que se ha presentado uno del puerto, ni muy alto ni muy fuerte, que hablaba vascuence, y ese las ha bajado él solo. Ponía las barricas debajo del carro, como un

escalón de tope, y hacía que la que caía fuese a dar sobre ella, y después cayera al suelo.

Así ha bajado estas barricadas pesadas, rápidamente, ayudándose con una palanca. Entre los marineros del barco norteamericano, la mayoría con gorritos blancos, había tipos de ingleses, otros de alemanes, otros de italianos y algunos negros.

Todos los aldeanos de los contornos que se refugian en Francia vienen muy descontentos y furiosos contra los de la CNT. Dicen que les exigen la entrega de las gallinas, los huevos y los cerdos, y que si no se los dan inmediatamente, los conminan poniéndoles la pistola en el pecho. A veces disparan sobre los campesinos que salen al campo a coger hierba. Todos estos hombres de caserío han escapado a Francia para esperar allí a que se acabe la guerra.

A dos hermanos llamados Ayestarán, que parece tenían la costumbre de ir a tomar café al Círculo tradicionalista de Irún, los han cogido y llevado al fuerte de Guadalupe, sin que se haya vuelto a saber nada de ellos.

Parece ser que existe entre los rojos el odio al burgués, y así mismo el odio al campesino. Todavía cabe explicarse en ellos el odio al burgués, pero no el odio al hombre del campo, que se gana la vida trabajando la tierra, solo él y con su familia.

Lo que pasa es que esta gente de la CNT que anda por estas tierras vascas son gallegos, asturianos, navarros de la Ribera y aragoneses, los cuales se nota que sienten odio por el país.

II

MÁS NOTICIAS

Pilar, que tiene a su marido de ingeniero en la fábrica de Beasain, se preocupa, como es natural, de lo que estará pasando por allí. Los requetés de Estella han debido ser los que se han acercado a Villafranca por el túnel de Lizarraga.

La criada de Salomé, que es de Yanci, dice que en las fiestas de Vera hubo este año muy poca animación, por más de que los fascistas llevaron al pueblo la música de Pamplona, pero que entre las mozas nadie salió a bailar.

Estos pobres mentecatos del pueblo eran los que bailaban pedantescamente el día que se supo el levantamiento. Con la actitud de personas que piensan: ¿A nosotros, que somos tan listos, nos van a engañar con esas noticias? ¡Qué gente más idiota!

También cuenta esta criada de Salomé que en Lesaca vieron a unos jóvenes guipuzcoanos presos, atados y que eran chicos guapos; que unos decían que los llevaban presos a Pamplona, y otros que los iban a fusilar, También aseguraban que en Lesaca se vio a cinco o seis curas nacionalistas atados, y a dos frailes de Lecaroz.

Esta muchacha vasca me ha dicho que un escolapio de Vera, don Fernando, se ha hecho cura castrense de los requetés, ha dicho misa en la muga fronteriza, y después ha pronunciado un sermón diciendo que hay que derramar hasta la última gota de sangre por la causa, y acabar con todos los enemigos. Por lo que se ve, la plática del escolapio ha sido una plática muy cristiana.

Esta familia de Vera, refugiada en un caserío de Ascain, sabía manejárselas bien, yendo la hija cargada en el auto con marmitas de leche y cestas de huevos a venderlos en San Juan de Luz. La madre, creyendo sin duda que yo hablaba vascuence, pretendía comunicarse conmigo en esa lengua, y yo le contestaba como podía. Pareciéndole que mi situación, sin duda, no era buena, me decía con frecuencia:

—*Gashua*.

O sea, pobrecillo.

Parece ser que en Vera han echado a las familias de la gente tildada de republicana. Los llevaron camino del Bidasoa, y les dijeron que siguieran adelante. Al parecer, tenían que atravesarse el Bidasoa en una lancha, por estar roto el puente. Según la chica que me informa, los requetés eran todos pequeños y raquítricos.

—Charricos, —le decía yo.

—Sí, todos son de la Ribera de Navarra. —Son unos pobres cretinos. A veces van algunos chicos guapos, guipuzcoanos, que valen la pena.

Ella se echó a reír.

III

CUENTA UN JOROBADO

Según el jorobado de Irún, los rojos disparaban desde el camino de Oyarzun, y los requetés estaban cobijados en cuevas de minas, a donde no podían llegar ni las granadas, ni las balas. Dice que se vio muy bien que los gubernamentales disparaban sobre la cuesta que sube de Lesaca a la ermita de San Antón.

En la muga de Vera se vieron desde los primeros días gentes del Requeté, boinas rojas. Los jóvenes republicanos de Vera habían hecho, al lado de la muga de Ibardin, una choza con ramas, y allí cocinaban el rancho y dormían. Unos cantaban la Internacional, otros insultaban a los requetés. ¡Qué estupideces de aldea! ¡Qué gentes más negadas!

En la parte francesa no había nadie. Días después aparecieron algunos guardias civiles franceses con casco, y un poco más tarde, en el lado español en vez de los requetés se presentaron algunos, probablemente de la Falange, que lucían brazal de color rojo y negro. Hablé con uno de ellos, un joven llamado Arrecilos llegado de

Méjico, vestido de azul. Me preguntó por qué estaba fuera de España, le conté lo que me había pasado, y él dijo:

—Si le atacan a uno, se da la cara.

—Sí, eso se dice. Pero yo no veo a nadie que lo haga, y que se ponga solo contra quinientos o mil hombres armados.

—Sí, tiene usted razón, —dijo otro—. Eso lo hacen algunos desesperados. Porque ponerse una persona sola a hacer frente a una fuerza armada, es algo que no pasa ni en los cuentos de magia.

—Sí, es verdad.

—Entonces no hay más que aguantar. Sigo en el hotelito francés de la carretera de Ascaín, donde la preocupación de ganar del hombre y de la mujer que lo rigen me parece excesiva. Sin embargo, el dueño ha resultado conmigo generoso y buena persona.

Tendrán él y su mujer su plan de ahorrar tanto al año, para traspasar el establecimiento cuando sean viejos, y retirarse a vivir en el campo.

Por las noches, en las tabernas del barrio, cantan la canción *Avanti popolo*, que termina con el estribillo de la bandera roja triunfará... He preguntado a un chiquillo español cómo se llama esa canción, y me ha contestado que ellos la llaman *el Antropópilo*, que, sin duda, es una deformación de *Avanti popolo*.

El camino de Irún a Vera se ve lleno de autos que se dirigen hacia Pamplona, cargados con cosas robadas, el botín de los conquistadores. Los buenos católicos navarros van a Irún en automóvil a ver si se pueden quedar con algo. Todo para la mayor gloria de Dios.

IV

EL SITIO DE IRÚN

Con respecto a la defensa pobre del alto de San Marcial y al sitio de Irún, se dijo que el comandante Margarida, que estaba en Fuenterrabía, hallábase dispuesto a ayudar al joven Cristóbal, que era un muchacho de Vera templado, el cual quería defender San Marcial contra los nacionales. Margarida, al llegar a San Marcial, se encontró con grupos de mineros asturianos contra los que él había peleado en Oviedo, cuando se sublevaron dos o tres años antes, y pensó que tenían malas intenciones para él, que le querían matar, y entonces se internó en Francia. Después, por lo que dijeron, volvió a España al lado rojo, y no se supo lo que hizo.

Yo creí que la guerra tendría algo bonito y a veces genial, pero empiezo a convencerme de que no tiene nada de eso. Resulta una cosa pesada, estúpida y completamente mediocre.

Creí que la guerra, sobre todo en pequeño, tendría su malicia y su habilidad, pero aquí al menos no se nota. Lo único que inmediatamente se ve es que se debe de gastar una cantidad de municiones enorme, y que los rojos no cuentan con las suficientes y carecen además de toda disciplina.

De habilidades y de malicias de guerras, absolutamente nada. Unos y otros escondidos, unos con más municiones, los otros con menos, y estos al último, después de resistir algo, huyen. Todo ello de una vulgaridad, de una mediocridad que asombra. Es como una pedrea de chicos.

Ni ciencia, ni arte, ni nada. Sería preferible que llegue a dominar en la guerra la bomba atómica o la bomba de hidrógeno, porque por lo menos entonces se tratará de algo más definitivo, más rápido y menos vulgar que ahora, en donde todo es aparato y mediocridad.

Un profesor me decía:

—Mi familia se burlaba de mí, pero... ¿qué iba a hacer? Yo tenía miedo. Me decían que me llamarían con el tiempo el héroe del pueblo.

—Y tenía usted razón al tener miedo. Porque podía venir un idiota cualquiera, colocado en una situación segura, a darle un disgusto.

Proudhon parece ser que creía que la guerra era algo sublime. Yo siempre he pensado que este Proudhon era un charlatán huero y pedante.

El arte de la guerra no es nada. Nada más que una serie encadenada de vulgaridades. El valor es mentira. ¿Qué va a hacer una persona, valiente o cobarde, en un engranaje así? No le queda otro remedio que hacer lo mismo que hace el grupo, la masa. Todo lo que puede hacer individualmente resulta infinitamente más peligroso que el seguir como un borrego a los demás. Pararse, intentar huir, esconderse... Todo ello resulta mucho más expuesto. En eso el valor no sirve de nada. Es como ir en un tren. El tren va cerrado y a una gran velocidad, ¿qué se va a hacer? ¿Tirarse a la vía? Es siempre mucho más peligroso que esperar allí.

Napoleón, cuando era el primer cónsul Bonaparte, hizo un paralelo entre el militar y el hombre civil, hablando de la institución de la Legión de Honor, y acabó su discurso dando la preeminencia al hombre civil. No se podrá negar que podía estar bien informado.

No hay que pensar que esta opinión fuese muy sincera.

La política internacional de la República española era verdaderamente nula y pobre. Yo no sé por qué pensé que los republicanos españoles intentarían acercarse a

Francia y buscar una alianza más estrecha con ella, pero no me pareció que se viera muestra de esto. Al revés, dio la impresión de que Francia no veía con gran simpatía la República en España, ni a los españoles les interesaba tampoco gran cosa la política francesa.

El año 1933 Lloyd George escribió un artículo para demostrar que la guerra en Europa estaba lejos. Lloyd George era, según dicen, gran político y buen orador, pero sin duda le faltaba intuición.

Dividida Europa en países liberales de Occidente, y en el centro, y en el Sur y en el Este, Italia, Alemania, Rusia y Turquía con gobiernos totalitarios, lo más lógico era pensar que la guerra era posible que se encendiera por cualquier motivo.

Muchas veces se engaña el hombre de la calle porque supone al político de más inteligencia y más previsor de lo que es en realidad.

Evidentemente, la gente de la República española formaba un equipo de aficionados torpes. No pasaban de ahí.

No se puede tener confianza en la opinión de los políticos. Se fijan en detalles y en cuestiones pasionales, y no tienen la intuición de los hechos importantes.

En la política es donde hay menos hombres clarividentes, y los que parecen más perspicaces suelen a veces ser los más lerdos, y los más despistados.

España no tenía gran inclinación por Francia, y Francia no tenía por la España republicana la curiosidad o la simpatía que había mostrado en tiempos de Loubet y de Poincaré, cuando estos políticos franceses visitaron Madrid.

VI

En septiembre seguía sonando el cañoneo hacia la parte de Irún achacándose a que se resistían en el fuerte de Guadalupe. Se había dejado de hablar en vascuence por la radio de San Sebastián, desde la que se seguía negando que Irún estuviese en poder de los nacionales. Los partes oficiales del Directorio de Burgos seguían siendo lacónicos. Se comentaba que en los lugares de los combates quedan muchos cadáveres insepultos.

En la taberna del Petit Pont un grupo de vascos tomaba café y jugaba al mus, dando gritos estentóreos. Uno de los jugadores era un manco, mutilado de la guerra.

Todos ellos tenían un aire más antiguo y más serio que los obreros franceses.

—La guerra es algo atroz —decían—, pero la guerra civil, entre hermanos, es muchísimo peor.

Para ellos eso de ser hermanos no era una palabra, una figura retórica, sino algo como un hecho.

Un parisiense que los veía jugar preguntaba si jugaban al *pécheur*, que no sé qué

clase de juego será. No he oído hablar nunca de semejante juego.

Después de la toma de Irún se veía a todos los cenetistas con sortijas, pulseras y relojes robados, pensando en la comida y en el rancho. Al parecer, siempre han estado protestando. Unas veces porque no querían habichuelas blancas, sino rojas, otras porque no querían que les diesen garbanzos.

VII

MÁS DETALLES

Se ha dicho que los Genetistas regaban con bombas de gasolina los pisos bajos de las casas, y luego echaban botellas incendiarias o manojos de estopa ardiendo.

En Hendaya y en San Juan de Luz he visto a algunos conocidos de Irún y de Vera, la mayoría que no pertenecían a ninguna agrupación política. Ha habido muchos ladronzuelos, contrabandistas de dentro y de fuera, a los que la guerra les tenía completamente sin cuidado. Ellos no han ido más que a robar.

Parece ser que los jefes se han trasladado a Barcelona. Se comprende el incendio de un pueblo para impedir que el enemigo avance y llegue a otro lugar, pero aquí, en un pueblo de frontera, el incendio es una perfecta tontería, si no es una canallada inútil.

—Se portan mal —decía un viejo—. Se ha hecho lo que ellos han querido, y ahora incendian el pueblo.

Al incendiar el pueblo los rojos, los nacionales estaban todavía a más de un kilómetro de distancia de él.

Un chico de Vera dijo que él había estado encargado de llevar municiones a San Marcial en un camión, y que veía que las cajas iban disminuyendo, y que algunas estaban vacías.

Otro cuenta que no hacían más que barbaridades, que cogieron varios cadáveres de requetés y los colgaron de los árboles, produciendo en muchos indignación. Los entusiastas se descorazonaban con aquellas estupideces. Eran iguales que los carlistas.

Los del Frente Popular habían puesto cañones y ametralladoras en la parte española del puente internacional, y la gente que había tenía que pasar entre las balas de unos y de otros. Este dice que los militares tienen buenos artilleros, que la aviación de los nacionales les ha ametrallado con gran exactitud. Otros aseguran que los jefes militares no saben dirigir.

—Lo que pasa es que ellos son soldados de oficio, y algo sabrán, y los de ustedes oradores y charlatanes.

No se sabe lo que hay de verdad en todo lo que me cuenta un tal Chueca, hijo de Vera, dice que Mola y Gil Robles han asegurado que hay que matar a los chicos de los comunistas. Bastantes brutalidades sanguinarias se cometen para que haya necesidad de inventar otras nuevas.

No es muy creíble que obreros del pueblo de Irún hayan cometido estos destrozos estúpidos. Habrán sido más bien obreros forasteros, que no han trabajado nunca; ladrones y gente maleante, que toma un carácter político para poder robar y luego escaparse.

De la gente que conozco del pueblo, no hay nadie que se haya mezclado en estos robos y asesinatos. Entre rojos, como entre blancos, hay gente criminal que se aprovecha de las circunstancias para vivir sobre el país y para robar. Después de la toma de Irún se vio una serie de automóviles que iban por la carretera de Navarra, llevando muebles, colchones y máquinas de escribir. Era el saqueo de Irún, hecho por los nacionales y por los carlistas de Pamplona.

La humanidad cada vez muestra más su cara horrible y repugnante. Veinte siglos de cristianismo, de fraternidad. Todo es mentira.

Aguirreche, alcalde carlista de Irún durante la Dictadura, parece que era persona querida en el pueblo. Los Genetistas dijeron que había que prenderle y fusilarle, pero otros, también del Frente Popular, dijeron que ellos no lo permitirían. Aguirreche estuvo escondido en casa de un amigo, y el último día salió corriendo por entre las balas. Un miliciano le reconoció y le ayudó; después un carabinero lo metió en un auto y lo pasó a Francia, y enseguida fue a Vera para volver a entrar en Irún con los nacionales.

Se dicen no pocas fantasías; que el camino de Endarlaza estaba minado por la dinamita; que también lo estaba San Marcial. Todo es falso. Pedantería de estos revolucionarios, que han resultado revolucionarios de pega. También parece que son falsos esos terribles estragos que hacen los mineros tirando con honda bombas de dinamita.

Los que son artistas, a su modo, son los incendiarios. Bien han dejado patente su paso por el Paseo de Colón de Irún. Fue destruido todo en un momento.

La consigna del mando era siempre emplear nombres melodramáticos y teatrales. Un Día, Dinamita; al otro, Revolución; al otro, Triunfo. Luego nombres de pueblos: Guetaria, Zumaya, y otros castellanos o apodos: García, el Manco, el Libertario. También usaban mote vascos, como el Chochólo y el Lilipurdi.

Después del incendio, pudo verse en Hendaya a toda la población de Irún. Creo que no quedaron en el pueblo más que unas cincuenta personas, medio carlistas y medio fascistas. La frontera, por un lado y por otro, estaba cerrada, así que ya no pasaba nadie.

Santillán, capitán de Artillería retirado, jefe de los rojos, parece que dijo que no tenían mucha confianza en la campaña, y añadió después, según aseguraron los periódicos, que había dicho que el fuerte de Guadalupe era inexpugnable.

Los de Irún, a pesar de todas sus jactancias, no se defendieron bien, porque el monte de San Marcial es un monte estratégico, y con trescientos o cuatrocientos hombres decididos puede allí detenerse a una fuerza que no sea de gran superioridad, por lo menos durante un mes. Sin embargo, no han hecho nada y han dejado pasar a los nacionales.

A un carabinero que había luchado con los rojos contra los fascistas, yo le preguntaba:

—¿Y ahora dónde se va a marchar?

—¿Yo? —contesta él—, donde se den mejor las habichuelas y al último, al parecer, se marchó a América.

No supe, pues, más de él. No sé si llegó a encontrar el país donde se den mejor las habichuelas.

Quitando la crueldad, lo demás es una farsa. En todas partes se pega fuego a los libros. No se comprende para qué, si no los han leído y no los van a leer, no se explica esa estúpida saña. Esto es muy español y reaccionario. Un fascista me ha dicho que yo estoy en las listas negras de los comunistas. Todo puede ser verdad en una época tan estúpida como esta. Pero, si así fuera, ¿qué diría aquel otro comunista que decía que yo había inspirado a los suyos?

Esta guerra civil va ser feroz, quizá más feroz que las anteriores. Es un horror el pensar la sangre que va a costar esto y el poco resultado que dará un sacrificio semejante.

Vamos desde San Juan de Luz a Behobia en el auto de Paul Gaudin con otro señor francés llamado Labeyrie, hablando de la guerra, a oír noticias de Madrid. La carretera está muy poco frecuentada. Otros años era casi un peligro el pasar en este tiempo por ella, a causa de los muchos autos que la recorrían y se cruzaban en ambas direcciones.

En San Juan de Luz viene a hablarme un joven fascista argentino, llamado García Paladín. Este fascista vive en Guéthary. Cree que tienen la partida ganada, que Alemania e Italia van a mandar aeroplanos en gran cantidad a España.

VIII

LO OCURRIDO EN IRÚN, POR UN TESTIGO PRESENCIAL

De lo ocurrido en Irún al principio de la guerra escribió un libro un joven, hijo de un odontólogo llamado Abilio. Es un libro que se titula *Irún, llave del Norte*. Relata algunos hechos de los ocurridos durante el incendio, pero no da grandes detalles con los que se pueda tener una explicación auténtica de los motivos del incendio, de cómo

actuaron los incendiarios y de las escenas más o menos dramáticas.

Un señor con quien hablé en Behobia y vivía, al parecer, en el paseo de Colón, tenía un pariente suyo, cadete, escondido en su casa. En el piso principal habitaba una familia muy reaccionaria, cuyo hijo había ido a luchar contra los rojos a San Sebastián. Este joven fue arrojado al mar desde Igueldo, y perseguido a tiros hasta que murió, flotando su cadáver en el mar.

—El piso de mi casa de Irún —me dice este señor— daba al jardín, donde veíamos entrar durante todo el día a gente que debía ser comunista. Oíamos a veces conversaciones, y un día escuché a uno que parecía ser el jefe, que hablaba con mucho empaque. Parece ser que los pescadores gallegos de Trincherpe habían llevado a los mineros asturianos para que llegaran a Irún y lo hicieran volar.

Había entonces en Irún mucha gente desconocida. De Bilbao y de Asturias llegaron autocares, de los que descendían jóvenes armados hasta los dientes, con fusiles y ametralladoras. Algunos habían venido acompañados de mujeres vestidas con pantalones. Una de ellas traía un gato sobre los hombros. Llamó muchísimo la atención por su belleza.

El día anterior al incendio volví a verla en el café Ramuntcho. Yo estaba en compañía de un vasco. Había abandonado con su amigo el frente de San Marcial, y preparaban la defensa de Irún. No se podía uno figurar, al verlos tan alegres, que habían peleado con valor, no estaban enfurecidos ni entristecidos, como parece deben estarlo los soldados de un ejército en derrota.

Se decía que los paisanos armados habían reforzado la defensa de Irún con un núcleo importante de gente del barrio Trincherpe de Pasajes. Yo no sabía distinguirlos. Aquel día se marcharon de Irún todos los asturianos y los milicianos no vascos.

Había un gran desaliento en los grupos, y el elemento pasivo de la población estaba muy impresionado. No se veían niños pequeños, porque el Frente Popular los había mandado evacuar, no se sabía dónde. En la Avenida de Francia, bajando del Paseo de Colón, una multitud de hombres y de mujeres iba todos los días, desde que se presintió la retirada de los rojos, hasta el puente internacional.

Confiaban en que los que cerraban el puente se apiadasen de ellos, que no tenían por qué luchar, y les dejasen salir de España.

Muchas familias venían con su colchón al hombro, dispuestas a no dejarlo en ningún caso, y sin saber hasta dónde habrían de ir con él a cuestras. Dos o tres días antes del incendio, se fueron instalando en los arenales del Bidasoa, en los taludes de la carretera y en la vía del ferrocarril del Topo, que era un metro subterráneo.

Allí los desataban durante la noche, volvían a engancharlos en las madrugadas del verano, y vuelta a esperar. No se comprenden de dónde sacaban la comida. Quizá guardaban de postre higos y galletas.

Yo no sabía qué hacer. Llevábamos ya mes y medio en Irún. Solía ir sin otro propósito que el de saber noticias, pero estoy seguro de que, si se hubiera formado

una avalancha de salida el día anterior al incendio, cuando estaba yo allí, no hubiera presenciado el incendio del pueblo. Hubo unas horas, la tarde de ese día, en que un cañón nacional, desde el lado de Behobia, disparaba raso sobre Santa Engracia, en Fuenterrabía, por encima de la gente. Al mismo tiempo, dos aviones nacionales tiraban bombas en el trayecto de la fábrica de cerillas a Fuenterrabía, y cuando uno de ellos pasó muy bajo por encima de nosotros, toda la gente se dispersó. Algunos se adelantaron por el puente internacional del Topo, pensando sin gran decisión en que, si duraba la alarma, podríamos llegar a Hendaya; pero el avión pasó rápido, y pronto se dio cuenta de la ventaja de nuestra situación uno de la guardia roja, quien salió tras de nosotros, apuntándonos con su ametralladora. Volvimos a arremolinarnos todos a la entrada del puente; los huidos tenían la esperanza de que, empujados, los que defendían a Irún, por los nacionales, les llevarían por delante hasta Francia.

La tarde iba haciéndose larga. La gente no sabía qué hacer. Pero de pronto una bomba de avión cayó sobre la fábrica de cerillas, e inmediatamente comenzó a arder esta con grandes llamaradas. Se creyó que se había lanzado una bomba incendiaria; yo estaba convencido de ello, y por curiosidad me volví hacia la ciudad. Al llegar ya cerca del pueblo me encontré con grupos de cerilleras que habían abandonado la fábrica. Desde el 18 de julio se habían instalado en ella, y ahora no podían seguir allí. No se recataban, hablaban a gritos y con frases de mal gusto. Una de ellas decía:

—¿Qué se han creído esos maricas, que íbamos nosotras a sacrificarnos por ellos? ¡Por aquí!... y hacían un corte de mangas.

Oscurecía, se estaba sin luz eléctrica, había que retirarse a casa. Los milicianos jugaban a la guerra en el pueblo, muy satisfechos. Saber la consigna era para ellos un privilegio; solían ser palabras como revolución, igualdad, etc., y nombres de jefes comunistas internacionales, que se les oía repetir cuando se encontraban al pie del mirador de la casa, de donde les escuchaba.

Andar por la calle no conociendo la consigna, era una temeridad. Por eso, para las nueve de la noche estábamos toda la familia acostada. El día 3 de septiembre estábamos acostados a esa hora, ya calculando que los nacionales habrían aprovechado el incendio de la fábrica de cerillas para acercarse hasta allí, a un kilómetro del pueblo. Y mientras queríamos conciliar el sueño, sentíamos en el Paseo de Colón todavía más gente, que se dirigía hacia el puente internacional, cargada con todo lo que podían llevar sobre sus hombros: maletas, colchones, camas desarmadas y, algunos caseros, sus vacas.

Amaneció el día 4 de septiembre. No pensábamos salir a la calle, creíamos que ese día entrarían ya las tropas nacionales en Irún. Serían las ocho de la mañana, cuando me decidí a echar una mirada desde el jardín a la casa de al lado, para saber qué habían hecho los del «comisariado». No había quedado nadie; cien metros más allá, llamaron mi atención unas grandes llamaradas que salían de la casa de unos marqueses, conocida por la casa de Lalanne. Estaba ardiendo por los cuatro costados. En ella había estado instalada una comisaría, que llamaban de Orden Público,

compuesta por los más «templados», como decían en su lenguaje; al saber que los nacionales estaban reforzándose en la fábrica de cerillas, y que los milicianos del puente internacional se habían marchado al frente de la muchedumbre hasta Francia, a pesar de las arengas del sargento-gobernador de San Sebastián, Ortega, abandonaron su comisaría e incendiaron el edificio, que fue lo primero que ardió en Irún.

Con la natural zozobra entré en casa y me fui deprisa hasta el mirador que daba al Paseo de Colón, para ver qué suerte podía correr nuestra casa. Ya no había gente ninguna en el Paseo, ni tráfico. Del estanco de Dionisio, que estaba situado frente al Hotel Palace, salían también grandes llamaradas, con un humo espeso. Poco después vi que un grupo de cuatro milicianos disparaban con sus fusiles sobre las persianas cerradas de una tienda de comestibles próxima a nuestra casa. Al parecer, lo hicieron con cartuchos incendiarios, que enseguida empezó a arder el edificio, que formaba parte de la manzana a que pertenecía nuestra vivienda.

Al poco rato pasó por la carretera del Paseo de Colón un camión con armas, y en el mismo instante, al pie delante de casa, iba solo, vestido con impermeable, el jefe de la Guardia Civil Ezcurra, que era hombre simpático, noctámbulo y juerguista. Les preguntó a los del camión a dónde iban, y le contestaron que a San Sebastián; él les dijo que no lo hicieran, pues estaba ya cortada la carretera por los nacionales en las Ventas de Irún, y que sería mejor se fueran a Fuenterrabía, y él iría entonces con ellos.

Al cabo de otro rato apareció rodando por la ancha acera de losas del Paseo de Colón el auto-cisterna de los bomberos de Ayuntamiento. Yo me quedé asombrado cuando les vi, deteniéndose frente a la casa en cuyo solar está hoy la Comandancia Militar; regaban la fachada como si fueran a apagar algún fuego; no se veía fuego alguno, pero unos instantes después una llamarada inmensa envolvía todo el edificio; la habían rociado con gasolina. No sé a dónde marcharon después; debieron de recorrer el pueblo, quemando todo lo que encontraron. El auto-cisterna al día siguiente apareció abandonado en la calle de San Marcial.

Seguíamos sin saber a dónde ir, pues tres casas más acá de la que acababan de quemar y en la dirección de viento que corría, estaba la nuestra. Decidimos, por fin, marcharnos a ocupar la primera villa abandonada que encontrásemos en el barrio de Mendivil. Estaba lloviendo. Estuvimos todavía algún tiempo en casa. Solo de vez en cuando se veía salir de tiendas ya abandonadas, algún miliciano. La relojería de Beiner quedó totalmente despojada antes de arder; de una tienda de mercería vi salir, uno detrás de otro, tres milicianos con el cuerpo enormemente abultado debajo de los impermeables, y del bolsillo de uno de ellos desbordaban medias de seda. Iban escapados en la dirección de Fuenterrabía. Cuando desaparecieron, serían las once de la mañana, ardía ya todo el Paseo de Colón, y no se podía circular por él.

Durante todo el día no se sintió ya en Irún actividad alguna, ni siquiera guerrera. No se percibía más ruido que el desplome de los pisos quemados; ni un solo tiro de

fusil se oyó en la población. Los últimos que pasaron, alejándose de las casas que se quemaban, fueron los del Comité del Frente Popular; llevaban sus fusiles al hombro, tranquilamente, como si supieran ya que Beorlegui no quería entrar en Irún hasta que quedara apagado el incendio; marchaban sin inquietud alguna. Después, hasta que salimos por fin de nuestra casa, no vimos a nadie más. Irún ardía completamente abandonado.

Cuando salía yo, llevando algunas provisiones y una escalera de mano para ir pasando por dos tapias de jardín bastante altas que debíamos escalar, nos encontramos en el jardín contiguo con una señora joven, amiga y vecina, acompañada de otra de más edad, y de cuatro niños pequeños. No sabían tampoco qué hacer, y decidieron seguirnos. La señora se había pasado toda la mañana bajando muebles y ropa a una barraca del jardín, donde pensaba salvarlos; cuando la vimos, no había tiempo que perder y le dijimos que debíamos salir pronto de allí. Nos dijo que tenía que subir otra vez al piso a recoger a «tía Pepita», que estaba todavía en casa y andaba con dificultad. Lo hicieron y tardaban en bajar. Yo empecé a gritarles muy nervioso, diciéndoles que apresuraran, pues aparte del riesgo del fuego, no sabíamos qué suerte íbamos a correr en busca de refugio. Por fin apareció la «tía Pepita»; era una persona menuda, con una toca en la cabeza y vestida con un traje negro de una moda de hacía cincuenta años. Le ayudó la señora joven a subir la escalera de mano, y cuando asomó la cabeza por encima de la tapia y pude verle la cara, reconocí estupefacto al marido de la señora joven.

—¡Hombre! —le dije—, no fastidies. Déjate de farsas y vamos a correr, que hay que ayudar a las mujeres y a los niños, saltar tapias y ver dónde podemos refugiarnos.

El pobre hombre, que tenía una figura cómica, había estado en su casa desde el 18 de julio metido en una cuna de niño, Temiendo su mujer por él, pues estaba afiliado al partido carlista, tomó esa precaución para que no le encontraran, si venían por él. Efectivamente, en una ocasión fueron los milicianos a su casa, les dijo la mujer que había escapado a Francia, y aunque registraron la casa, no sospecharon que la persona que estaba en la cuna pudiera ser otra cosa que un niño.

Llegamos al barrio alto de Mendivil, llamamos en dos o tres casas, y nunca contestaron. Por fin, unos amigos que vivían en una casa que era propiedad de un francés, contestaron desde una ventana, y en esa casa nos refugiamos. En el barrio de Mendivil solo ardió una casa que había sido polvorín de los rojos, que hicieron saltar cuando la abandonaron a media noche, el mismo día del incendio, y otra contigua a la fábrica de chocolate de Elgorriaga. Los milicianos, que no pudieron hacer subir el auto-cisterna hasta Mendivil, quisieron, no obstante, quemar la fábrica; esta ardió un poco, y el fuego se corrió a aquella casa vecina, pero un capataz pacienzudo de la fábrica cuidó de que no se extendiera el fuego, ayudándose de las aguas depositadas en la terraza de cemento que cubría uno de los pabellones.

Toda la noche la pasamos en vela; *de vez en cuando* se oían pasos de personas que iban ocultándose en busca de refugio. La mayoría de los que quedaron en Irún se

acogieron a la finca del cónsul de Francia; había allí unas cien personas. Todavía sentíamos pasar por la calle algunos milicianos sueltos, que venían de registrar villas particulares; probablemente no encontraban nada de valor que mereciera la pena de llevarse, y sí vinos y licores, que bebían, por lo que andaban la mayoría borrachos, sin darse cuenta de lo que les pudiera suceder. Durante toda la noche se oía crepitar de tejados y de pisos que se hundían.

Amaneció el día 5 de septiembre. Las casas ardían aún. Teníamos mucha sed, y como no había agua, decidí ir con mi sobrino a ver qué quedaba en una bodega que teníamos en el jardín de casa, apartada del edificio, y de paso saber lo que quedaba de todos mis libros. Bajando de la altura de Mendivil se veía muy bien la carretera de Behobia y la Avenida de Francia hacia el puente internacional. Vimos avanzar por el Matadero algunas boinas rojas. En las calles de la ciudad no se sentía movimiento alguno de persona humana, solamente, y corriendo de un lado para otro, perros, muchos perros. Sin embargo, hacia la iglesia y por la regata de Santiago había comenzado un tiroteo nutridísimo. Cuando atravesamos una de las huertas próximas a nuestra casa, mi sobrino se echó a tierra.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Me contestó que silbaban las balas a nuestro alrededor, pero yo, en un momento de los de sordera, que me suelen ser habituales, no me di cuenta de nada. Me reí un poco de él, y seguí hasta mi casa. Fui hasta la terraza baja, accesoria a la casa, donde yo había dejado mis libros. Fui a verlos. ¡Ah!, estaban reducidos a ceniza. Abandoné la casa, y recogí algunas botellas de sidra de la bodega. Volvíamos con ellas al refugio donde habíamos pasado la noche, cuando antes de desembocar en el callejón que fue antiguo camino de Fuenterrabía, sentimos detrás del seto unos pasos. Salimos con bastante naturalidad al callejón y nos topamos con unos hombres armados, que eran desconocidos para nosotros. Pensaron, sin duda, que éramos merodeadores como ellos y solo nos preguntaron si aquel callejón salía a la Avenida de Francia. Les dijimos que sí, y siguieron adelante. Iban con sus fusiles y llevaban unos líos en que se veían objetos de oro. Eran tres o cuatro, y tenían el aire de hallarse muy cansados. Supimos después que al salir a la Avenida de Francia se dieron de manos a boca con las tropas de Beorlegui; ellos no creyeron que fuesen ya los nacionales, y cuando se dieron cuenta ya los habían llevado al Estadium Gal, donde después de quitarles los líos los fusilaron y enterraron. Los líos contenían ornamentos de iglesia y copones que habían encontrado al saquear la casa de un funcionario de Aduanas en Irún.

Los tiros que había oído mi sobrino procedían de la calle del Bidasoa. El día anterior, un comisario de Policía había intentado pasarse a los nacionales, por donde hoy está la fábrica La Palmera. No sé quién, pero creo que alguna persona de Irún, según se dijo, le alcanzó con un toro y lo dejó muerto en la misma carretera, casi frente al cuartel de la Guardia Civil. Entonces, los números de la Guardia Civil que estaban sin jefe, pues el que tenían había huido a Francia, salieron del cuartel a unos maizales próximos, que estaban muy altos, y mientras esperaban allí ocultos para

unirse a las tropas nacionales, disparaban sobre los milicianos, la mayoría extranjeros, que se iban retirando hacia Francia refugiados tras los taludes del ferrocarril del Bidasoa y tras una cantidad enorme de automóviles quemados que obstruían la carretera de la Avenida de Francia.

Las tropas nacionales entraban por la carretera de Behobia, bajaban de San Marcial y de Olaverría sin encontrar resistencia hasta el puente del ferrocarril del Bidasoa, sobre la Avenida de Francia. Cuando una hora después de haber muerto el último legionario extranjero en el mismo puente internacional de Francia sirviendo una ametralladora, fui yo hacia allí, pude ver la carretera sembrada de cartuchos de ametralladora con sus fundas a un lado. A aquel extranjero lo enterraron en un prado junto al Puente Internacional; dos años más tarde destacaban aún un rectángulo de hierba de la del resto del prado por su vivo color. Después lo desenterraron y lo llevaron a la fosa común del cementerio de Irún, y el rectángulo ya no se advierte.

Tras las tropas nacionales entraron en Irún otras gentes. Todavía encontraron casas que no habían acabado de arder. No había nadie en la mayoría de ellas. De los diez y ocho mil habitantes de Irún no habríamos quedado en el pueblo cuatrocientos. Se podía violentar las puertas, entrar en las casas sin encontrar a nadie y arrear con todo lo que hubiera dentro. Irún quedó sin ningún aparato de radio y sin ninguna máquina de coser ni de escribir. Pamplona fue a la sazón una feria importante de estos objetos.

IX

Los rojos no tienen dirección ni armamento, ni saben lo que hacen. Lógicamente deberían de haber puesto todo su esfuerzo en defender el alto de San Marcial y, si no podían sostenerse, dejarlo.

Lo de Irún fue también una estupidez. Yo no sé si Irún es o no un buen sitio estratégico, pero defenderse allí debe ser posible, y la retirada la tenían asegurada en todo momento, mientras el puente internacional existiera.

Defender el pueblo bien, yo creo que hubiera sido cosa fácil, pero quemarlo, ¿para qué? ¿Qué objeto podía tener destruirlo? Ninguno.

Parece ser que los nacionalistas vascos no quisieron ir ni a Irún ni a San Sebastián, ni mezclarse con la canalla de comunistas y de anarquistas que allí pululaba, por sospechar que estos no iban a hacer más que estupideces y maldades. Efectivamente, eso es lo que hicieron, se defendieron mal, robaron e incendiaron, fusilaron estúpidamente. Entre los que quemaron Irún no había vascos. Yo vi a los incendiarios en San Juan de la Luz, y todos ellos eran gallegos, algunos castellanos, navarros de la Ribera y hasta portugueses. Vascos, ninguno.

El vasco tiene posibilidades de ser un buen soldado. Tiende a ser sereno, puntual y a no creer en fantasías.

X

ACUSACIONES GRATUITAS

Desde el principio me empezaron a considerar a mí como traidor. ¿Traidor a qué? Yo no sé lo que ocurrirá en otras partes, pero en España el político rojo es de una estupidez que asombra. Yo no pertenecía a ningún partido, ni había hecho declaraciones de ninguna clase, pero eso no importaba.

Ellos habían decidido que yo tenía una responsabilidad. Seguramente porque yo era un escritor. Ellos no habían leído ningún libro mío, pero se citaba mi nombre algo más que el del señor Rodríguez o el del señor Pérez, y por ese motivo yo tenía una obligación contraída con ellos.

Ahora, si yo hubiera estado en un cargo político y me hubiera quedado con los cuartos, entonces no.

Este sentimiento ridículo era frecuente en los extremistas. No parecía sino que si yo tenía algún nombre, era porque los comunistas o los anarquistas me hubieran favorecido, cosa absurda, puesto que yo no he tenido relación ninguna con ellos. Es esa estúpida envidia del español, que hace que no se pueda reconocer el valor de las aficiones.

Yo algunas veces, hablando con obreros que me parecían comprensivos, les he explicado por encima los trabajos de Pasteur y de Roberto Koch, y luego ya vagamente las teorías de Planck y de Einstein.

A mis explicaciones algunos han contestado:

—Si a nosotros nos dieran medios, haríamos tanto como ellos.

—¡Qué iban ustedes a hacer! Ni ustedes ni yo, ni ningún español educado en España. Nosotros, en ese sentido, somos unos tipos ignorantes. ¡Qué estupidez! ¡Qué sentido igualitario más imbécil y más tonto! Habría que creer que el idiota y el cretino son igual al hombre corriente, y el hombre corriente igual al hombre de genio.

Le ponen al sargento Mochila al frente de un ejército importante, y se convierte en un Napoleón; le colocan al señor Pérez al frente de un laboratorio bien dotado, y se transforma enseguida en un Pasteur o en un Roberto Koch; le llevan al conserje García a la clase de Física, y eclipsa al momento a Einstein y a Planck.

Yo creo que todo es diferente en la vida, que no hay dos manos iguales, ni dos inteligencias semejantes en la naturaleza, y es mejor que lo sea así, porque si no, el mundo sería más monótono y más aburrido de lo que es. Resignémonos en nuestra

vulgaridad, que es el patrimonio que tenemos la mayoría en este mísero planeta, y vivamos lo mejor que podamos.

XI

NOTICIAS TENDENCIOSAS

En San Juan de Luz, frente al fonducho donde vivo, hay una fábrica de conservas. A sus ventanas suelen asomarse unas mujeres bretonas, con su toca en la cabeza, que tiene un adorno que es un cilindro blanco, de aire fálico. Hay dos que acostumbran a sentarse en el banco de una plazoleta próxima, vestidas de negro, con su cofia en la cabeza. Una de ellas es flaca, consumida y de nariz aguileña, de movimientos vivos; la otra pesada y oronda y de aire casi chino.

Algunas de estas mujeres bretonas se dedican a hacer encajes y luego los exhiben en el pretil de la playa. Tienen un carácter étnico que las distingue bastante de las vascas. De las siete y ocho que he visto, todas son morenas, de ojos y pelo negro, y un tanto desgarbadas, aunque algunas de ellas son muy guapas y muy esbeltas. Tienen una expresión parecida a las castellanas de algunas regiones. Entre las vascas de aquí abunda la mujer rubia.

Me presentan a una señora Ponson, que tiene fama de mujer misteriosa y embrollona. No creo que sea pariente del célebre folletinista. Al oírla parece que estamos leyendo el tomo veintitantos de la *Resurrección de Rocambole*.

Hay una señora carlista y pregunta a una amiga suya:

—¿Qué se dice de mí?

—Se le llama a usted la condesa espía.

—¿Pero cómo es eso posible?

—Yo no le digo a usted más que lo que se dice.

Hay señoras que están mandando listas de posibles rehenes de personas conservadoras al lado rojo, y otras que mandan a las ciudades fascistas listas de republicanos y de anticlericales.

Luego hablan de la hidalguía española. ¡Qué risa! ¡Qué época más vil y más repugnante!

Según dicen, en San Sebastián se ven muchachas armadas, vestidas de milicianas. Una rubia, con un mono azul, pistola y una calavera sujeta al cinturón, sacada de algún cementerio de un convento. Muchas de estas mujeres salen con la ilusión de disparar un fusil, no sobre un blanco, sino sobre un cuerpo vivo, y vuelven poco después llorando y con pena. Al principio, dicen que eran de las primeras que se lanzaban a amenazar con la pistola.

Decididamente nuestra época es una época de grosería y de brutalidad criminal. Hace poco, cuando estaba en el camino de Ascaín, al salir de noche del restaurante donde vivía entonces, una señora elegante detuvo su auto y me preguntó de una manera misteriosa:

— *Eh, piéton! où est la Glacière?* (¡Eh, peatón!, ¿dónde está la Nevera?).

Yo le contesté en el mismo tono desdeñoso:

—Yo no sé dónde está la Nevera, ni tengo ningún interés en saberlo. Pregúnteselo usted a un gendarme.

¡Qué época de grosería la nuestra!

Parece que estas gentes, que serán vendedores de tocino o de bacalao, quieren creer que la diferencia entre los hombres es que unas personas tienen auto y otras no. ¡Qué época! Yo creo que España no saldrá ya de su ambiente de estupidez, de crueldad y de bajeza en muchísimo tiempo. Francia, creo yo, tampoco va a salir de su miseria. ¡En qué ha quedado la *politesse* francesa!

La gente desocupada, se ve que se dedica a fumar con ilusión. Yo, que he fumado siempre poco, ahora comienzo también a fumar, por distraerme. El cigarro es una cosa tan insignificante como cualquiera otra, y que, sin embargo, entretiene. Me pongo a fumar como si esto fuese un alivio para combatir la soledad y el aburrimiento, pero luego se me ocurre pensar que este tabaco francés no me gusta y que quisiera fumar tabaco español.

Este ridículo deseo que de repente me ha atacado, me parece una cosa seria, como si por fumar un cigarrillo español fuera a sentirse uno ya satisfecho y tranquilo.

Me han dado una cajetilla de cigarrillos españoles, y cuando empiezo a fumar un pitillo y llego a su mitad, de pronto lo tiro con disgusto. Actualmente, todos mis gastos, fuera de pagar la pensión, se reducen a fumar un cigarrillo después de comer, y a comprar algún periódico. No paso de ahí.

XII

Hay que ir consumiendo el tiempo en la soledad, con el máximo de filosofía y de conformismo. Este rojo que habla conmigo se indigna, muy enfurecido, con la actitud de los rusos bolcheviques con relación a España.

Ellos, técnicos de la revolución y de las matanzas, envían voluntarios a nuestro país, como jefes, con consignas; hay que matar, hay que incendiar para llegar a la perfección a que los rusos han llegado, para disfrutar bajo la dirección de los judíos.

Estos rojos españoles no han tenido talento, ni habilidad, ni oportunidad. ¿Que los propietarios y los grandes industriales han abusado de sus prerrogativas? Es posible que sea verdad, pero lo han hecho porque la ley les favorecía.

Se ha querido cambiar de una manera alegre, creyendo en la genialidad del país.

Esto es una pura ilusión, una genialidad política. Se ha lucido en el siglo XVI y en el XVII con sus escritores, sus pintores y sus aventureros. Desde un punto de vista ético puro, el mundo está lleno de injusticias, pero estas injusticias no se pueden corregir de una manera superficial, sino estudiándolas y mirándolas con el máximo de atención.

De Vera viene la noticia de que han prendido al médico y que lo llevan a Pamplona. También dicen que han prendido al dueño de un caserío; le obligaron a ir con sus vacas hacia Oyarzun, y como disparaban, se escondió detrás de una peña, y en cuanto pudo se volvió al pueblo.

Lo ocurrido con el médico Bago ha sido bastante absurdo. Se dice que los fascistas le avisaron y le dijeron:

—Sabemos que los comunistas quieren atentar contra usted, para tener después un pretexto de atacarnos a nosotros. Lo mejor que puede usted hacer es marcharse de San Sebastián.

Bago se fue a Guéthary. Después, él, su mujer y Pepita Claverie, que es la mujer de mi amigo Manuel Arocena, como he dicho antes, se acercaron a la muga de Elizondo, que está en un barrio que se llama Dancharinea. Se encontraban allí mirando y hablando con unas niñas, cuando unos carabineros les invitaron a pasar a la zona española, y allí los prendieron y los llevaron a la cárcel de Pamplona. Dos días después Pepita Claverie apareció libre en Behobia.

La mayoría de los que salen de la cárcel vienen en el mismo estado de inquietud. Esta guerra de rehenes es algo brutal e inicuo; da una muy triste idea de España.

Luego, por lo que se dijo, el doctor Bago, después de estar en la cárcel mucho tiempo y expuesto a ser fusilado varias veces, fue canjeado por el médico Gómez Ulla, y se marchó a vivir a la Argentina. Esto del canje es de una injusticia brutal. Carrasco Formiguera, clerical y preso por los fascistas, que no había hecho nada ni era revolucionario, sino conservador, fue fusilado porque no hubo ocasión de que lo canjeasen.

A un amigo mío, Román, que venía a verme a mí, le dijo un comunista de Irún: «Baroja ha escrito un artículo en *La Nación* de Buenos Aires, hablando bastante mal de nosotros».

Yo no he hecho más que contar lo que he visto.

Mi amigo Paul Gaudin y yo estuvimos viendo el bombardeo de los rojos cerca del monte próximo a Oyarzun que se llama Árcale. Había mucho público presenciándolo. Algunos de los cañones estaban colocados cerca del convento de frailes de Fuenterrabía, y las bombas, al caer, incendiaban los matorrales del monte, que sin duda estaban secos. No se sabe para qué los rojos bombardeaban ese monte, donde no había nada, ni nadie.

En San Juan de Luz los escapados de Irún se reúnen cerca del puerto y charlan de su situación. Hay algunos que piensan marchar a Barcelona para seguir allí la guerra.

Son los que creen todavía en el triunfo de los rojos. Esperan que los lleven a Cataluña, para seguir allí luchando. Dicen que los franceses han decidido que a los milicianos les lleven al frente, y a los refugiados al interior. Eso podrán decidir ellos, pero no el Gobierno francés.

Hay muchos desilusionados. Uno le dice a otro, que es vendedor de pescado:

—Amigo, tú, chico guapo, puedes esperar.

El otro contesta:

—Es verdad. Tú, ya viejo, ¿qué vas a hacer?

—Chico, nada. Antes siquiera iba al excusado por las mañanas, ahora, ni eso.

Hay desesperaciones que se convierten en cómicas. Un portugués decía:

—¡Hay que arrasar esto *tudo!* ¡*Tudo!*

—Empiece usted por su país, —le dije yo medio en broma.

Vive uno bastante aburrido, deseando que pase el tiempo.

A unos chicos españoles que estaban jugando en la calle, tirándose piedras, un aldeano les ha preguntado en vascuence:

—¿A qué vais vosotros a la escuela?

Y uno de los chicos le ha contestado con gracia:

—Vamos a esperar la salida.

XIII

CARLISTAS NAVARROS

Ha llegado un barco que se llama *Mater Dolorosa*, con varias personas a bordo, de San Sebastián. El barco es de Guetaria. A proa iba un cura con anteojos y con el sombrero de teja en la mano. Dicen que es un cura de la capital de Guipúzcoa, nacionalista, gran tenor, que fue chantre de la catedral de Sevilla. Al parecer, los carlistas le tienen mucho odio, porque enseñaba a los chicos a cantar en vascuence. Estos carlistas navarros son lo más cursi de España. Unen la cursilería con el asesinato. ¿Qué les importa a ellos que se cante en vascuence o en chino?

También han llegado al puerto dos chicos de Pasajes, que han salido de allá a remo. Se alejaron primero seis millas, y luego pusieron proa a San Juan de Luz.

Al llegar el barco *Mater Dolorosa* al puerto de San Juan de Luz, salió un pelotón de guardia móvil y desembarcaron los viajeros, que fueron obligados a trasladarse a la alcaldía, en donde, al parecer, les tomaron la filiación y los vacunaron.

Cuando atacaron los nacionales las posiciones rojas de San Marcial, Picoqueta y Erlaiz, comenzaron con un gran bombardeo, y después del bombardeo no avanzaron. Al día siguiente fue cuando se inició el avance.

Mas para entonces ya los rojos habían abandonado sus posiciones.

QUINTA PARTE

.

EL CIRCO EN SAN JUAN DE LUZ

Hay un circo en la plaza de San Juan de Luz, establecido al aire libre, y alrededor de los trapecios han puesto vallas blancas, redondas, que forman como una plaza de toros. Un hombre con el torso desnudo desarrolla una alfombra roja en el suelo, y después hacen ejercicios gimnásticos y trabajan también un perro y un caballo sabio, al son de un gramófono.

Un músico toca en un cornetín el cuplé de *Marieta*. Después del caballo negro y sabio, que mueve la cabeza como si quisiera responder a las preguntas que le dirige el domesticador, viene con un perro.

Un can callejero ladra incomodado al oír los gritos y las carcajadas con que muestran su regocijo los espectadores. Después el hombre del circo ambulante hace ejercicios con un niño sumamente pequeño, el cual lleva un traje de baño, y a continuación sube él a lo alto de un poste y se sostiene con las manos en equilibrio.

Al comenzar la noche encienden unos focos y se les ve a los titiriteros cenando al lado de la barraca.

Empieza a reunirse allí alguna gente. Hay un tipo algo jorobado, que toca la flauta y el tambor. Es un humorista, y canta también una canción grotesca, mixta de español y de vascuence.

La canción del hombre de la flauta dice así:

Artillero dale fuego
Ezconsen zaigu pastelero
Eta zeñequin eta norequin?
Pepa Sacaren alabakin.

(Artillero dale fuego, / se nos casa el pastelero. / ¿Y con quién? ¿Y con quién? / Con la hija de Pepa la ordinaria.)

El hombre parece que se divierte con sus canciones absurdas.

Después de cantar y de tocar, comienza un redoble de tambor.

Yo le digo que la guerra mundial era una guerra rica y que esta de España resulta una guerra pobre y zarrapastrosa. Sobre todo, el bando rojo no tiene municiones, ni armas. Dicen que en el fuerte de San Cristóbal han fusilado ya a doscientas personas, entre ellas a Marino Húder y a Luis Elío. Por lo menos lo de Elío es falso, porque me ha dicho gente que está enterada que se sabe ha podido escaparse a Francia.

Un francés dice que en la guerra del 14, en el Camino de las Damas, ellos dispararon treinta y cinco mil obuses.

En Azagra han fusilado a sesenta. Dicen que al oficial León Carrasco, en San Sebastián, le pusieron los rojos una botella de coñac y una pistola, para que se suicidase, y como no se mató, lo mataron. Luego fusilaron a muchos oficiales, presos, en la cárcel de Ondarreta. Entraron al asalto en el piso bajo de la cárcel, y los que se

hallaban en el alto fueron los únicos que se salvaron. Dicen también que los mineros asturianos, cuando el asalto al Hotel María Cristina, de San Sebastián, cogían cartuchos de dinamita, los envolvían en barro y los arrojaban contra la pared, donde se adherían; luego los cartuchos estallaban, abriendo agujeros en las paredes.

También han contado que en San Sebastián salían tiros de un hotel que iban causando bajas en las gentes del «Frente Popular». Los milicianos penetraron en el hotel, y se llevaron de allí a ocho o diez detenidos. Los detenidos protestaron de su inocencia, y dijeron que ellos no tenían armas, que habían visto que caían gentes delante de la casa, pero que no eran ellos los que disparaban.

—Algunos tienen que ser, —les dijeron.

Discutieron la cuestión, llegaron otros de la calle a decir que seguían disparando desde aquella casa y causando víctimas. Reconocieron entonces de nuevo el hotel, y se encontraron a un hombre ya viejo, con una pistola ametralladora y una caja de proyectiles, al que hicieron pedazos. Aquel hombre había matado desde las ventanas del hotel a varias personas.

Después se ha dicho del hombre que disparaba desde el tejado que no era solo uno, sino que tenía un compañero, que era su hijo, y este ya solo seguía disparando con una pistola ametralladora y con enorme puntería.

Un miliciano dijo:

—Yo voy a mirar por dónde disparan.

Subió a una casa de enfrente del hotel y desde allí vio de dónde salían los disparos. Había un hombre joven que disparaba escondido. El anterior, descubierto, era el padre, militar. Al ver llegar a su hijo, preso, dijo:

—Dejadme despedirme de él.

—¿Y usted ha pensado en la familia de los que ha matado? —le respondieron—. ¡Hala, a la tapia!

Delante de la misma casa los fusilaron a los dos.

Estos milicianos rojos eran de la CNT y de la FAI y algunos comunistas, que se mostraban todos histéricos, gente que alternaba el furor con el desaliento, y al último se dedicaban exclusivamente a robar y a incendiar.

Los vascos desaparecieron pronto de Irún; me han dicho que muchos habían ido más allá del río Oria, para prepararse a defender el cinturón de Bilbao. Algunos marineros guipuzcoanos, pescadores vestidos de azul, andan por aquí ahora en conciliábulo con los marineros franceses.

Según el vasco nacionalista con el que he hablado, en Irún no había mando único ni disciplina de ninguna clase. Sucedió que se pedían cuarenta hombres para defender una posición, y en vez de ir cuarenta iban ciento o doscientos de la FAI, y después, sin avisar a nadie, esos hombres abandonaban la posición para trasladarse a otro punto que ellos consideraban más importante. Este nacionalista dice que en el centro

de Guipúzcoa, donde ellos han cogido el mando, han expulsado en un barco a los directores de la FAI, y ya no pasará eso más, de que cualquiera haga lo que le dé la gana.

Este marino, alto y grueso, que dice que en San Sebastián no se nota aún nada, tiene nombre vasco.

Al día siguiente, por la mañana hablan de que en la capital de Guipúzcoa están ardiendo unas casas en el barrio de Gros. Un joven en la calle me dice que él ha salido de San Sebastián a las tres y media de la madrugada, y que el enemigo ha hecho un avance de cuatro kilómetros en dirección a la ciudad, sin encontrar la menor oposición.

Me ha contado el comisario de guerra de Fuenterrabía que después de la toma de Irún estaban ellos en una trinchera de Gainchurizqueta, entre Irún y San Sebastián, cuando apareció enfrente, en un alto, un grupo de treinta requetés. A un lado iba un tambor y al otro un corneta, y marchaban todos al paso, bajando de lo alto y comenzando a subir el cerro en donde ellos se encontraban. Cuando se pusieron a tiro, les hicieron una descarga y quince o veinte hombres cayeron muertos y los demás huyeron. Quedaron heridos tres, sin poder correr; uno de ellos, de diecisiete años. Los carabineros los cogieron y los fusilaron. ¡Guerra terrible y repulsiva esta, en la que no se hacen prisioneros! Todos los vascos que estábamos allí, dice el comisario, fuimos partidarios de invitarles a que se quedaran con nosotros, pero los carabineros se mostraron intransigentes.

II

UN CHICO DE VERA

Uno de los chicos de la vecindad de Vera, que ha entrado en Francia, me cuenta las impresiones de su corta campaña. Lo llevaron los rojos primero a Endarlaza, y allí estuvieron impidiendo el paso de los nacionales. Habían hecho una trinchera al lado de la casa de Elgorriaga, y, según este chico, la habían hecho muy mal.

—Por cada tiro que disparábamos nosotros —dice—, ellos disparaban más de cincuenta; luego, por las mañanas, comenzaban los aviones a disparar. Si llegamos a estar en la carretera, nos revientan. Estábamos por el monte y a eso se debió el que pudimos llegar a Irún.

—¿Pero cómo había tan poca fuerza?

—No sé, pero había muy poca, y además no teníamos ni comida, ni municiones. En Irún había mucha gente, y todo eran discusiones y riñas.

—¿Es que no había mando?

—Mando había, lo que no había allí era obediencia, ni disciplina. Cada uno hacía lo que le daba la gana. Los jefes se desesperaban.

—¿Y luego qué hicisteis?

—Luego estuvimos en una trinchera de Erlaiz.

—¿Y tampoco había allí bastante gente?

—Tampoco. Empezaron los cañonazos y había trincheras que saltaban por el aire. Nosotros nos defendíamos mal. Como no tenamos municiones, un segundo teniente nos decía: «No disparar hasta que estén cerca». Disparábamos, pero ellos contestaban siempre con diez tiros por uno de nosotros, y no podíamos sacar la nariz por encima del parapeto. Nos asaban con las ametralladoras y con los cañones. Entonces uno de la CNT dijo: «Hay que retirarse», pero el teniente gritó que de ninguna manera, que eso era una deshonra y que prefería que lo mataran. Yo le dije: «Si no tenemos municiones para contestar, ¿qué vamos a hacer?». Entre todos convencimos al teniente, y se decidió que se dejara la trinchera, uno a uno, para que no se dieran cuenta los enemigos. Así lo hicimos.

—¿Con serenidad?

—Yo creo que sí. El teniente antes, por teléfono, dijo que bombardearan las posiciones del enemigo, que nos mandaran municiones y, a poder ser, algunos refuerzos. Dijeron que mandaban trescientos hombres, pero no aparecieron.

—Habría miedo.

—Naturalmente. Yo, al menos, lo tenía.

Yo creo que estos que hablan del miedo que han tenido son los más valientes. En general, los que dicen que no han tenido miedo son unos vanidosos ridículos.

Cuando íbamos a ver si descubríamos, desde los altos de Francia, algo del ataque a Irún de los nacionales, divisábamos a los dos o tres técnicos belgas de ametralladoras con qué serenidad luchaban, como si estuviesen trabajando en una oficina. Estaban en sus pequeñas trincheras, y al lado tenían la bandera republicana. Muchas veces se les veía leyendo el periódico, y cuando llegaba el momento del ataque, comenzaban a disparar hasta que, sin duda, conseguían poner en fuga a los enemigos que se presentaban en el monte, y después se quedaban otra vez, como si tal cosa, reanudando su lectura interrumpida. Al parecer, ha ocurrido que las cajas de municiones no llegaron, y entonces estos técnicos de las ametralladoras dejaron las trincheras, bajaron a Irún, cruzaron el puente internacional y se metieron en Francia.

A dos chicos de Vera, hijos de carabineros, vio el nacionalista vasco con las ropas de aquel a quien habían prendido.

—¿Y los dinamiteros? —le he preguntado.

—Muchos eran gallegos y asturianos, pero a pesar de que se habló de que hacían cosas extraordinarias, la verdad es que no hicieron nada de provecho.

Pensar que las estupideces que se pueden decir en el congreso o en un mitin en contra de las estupideces tradicionales, acaben destrozando y arruinando una pequeña ciudad tan próspera como Irán, es algo absurdo. Los libros no influyen en estas gentes. Ni los unos han leído a Santo Tomás, ni los otros a Kant o a Hegel. Pero cualquier sombra de idea basta para que la gente se mate. Se puede pensar que en las cabezas de unos y de otros no hay más que lugares comunes y frases de periódico.

En estas gentes modernas, con trincheras y con ametralladoras, no se ve nada. Sin duda, las armas son tan eficaces que no es posible presentarse a pecho descubierto. Dos ametralladoras bastan para barrer un camino, y no hay valiente que pueda avanzar por él, porque cae enseguida. Estas ametralladoras con sus balas pueden cortar un árbol grueso como lo haría una sierra. Se comprende que las posiciones de Irán, La Puntha y la de San Marcial hayan caído principalmente por falta de municiones; si no, no hubieran caído.

He estado hablando con un joven comunista de San Sebastián, tipo alto, corpulento, vestido con un mono azul.

—¿Pero ya se podrán ustedes defender en San Sebastián? —le pregunto.

—Sí.

—Lo dudo.

—Pues no lo dude usted.

—Ya veremos.

—¿Se entienden ustedes bien con los nacionalistas vascos?

—Muy bien, es gente que vale mucho.

—¿Y con los de la CNT?

—Esa, al menos en el País Vasco, es muy mala gente; es la basura de todas partes.

—Pues les va a dar a ustedes mucho que hacer.

—Ya la dominaremos.

Yo he dicho que tener en el interior del pueblo esa disidencia entre nacionalistas unidos a los comunistas y sindicalistas, tiene que ser muy peligroso.

Un señor dice que en Navarra hay orden, que en Guipúzcoa hay nueve mil nacionalistas armados en Azpeitia. Le parece un buen síntoma que el puerto de San Sebastián está abierto, y que puedan salir barcos con la población civil.

Pregunto a este señor qué han hecho Azpeitia y Azcoitia, que tienen fama de ser pueblos carlistas. Por lo que me dice, azpeitianos y azcoitianos simpatizan con los nacionalistas vascos. Estos han establecido su cuartel general en el Colegio de Loyola, y ello impide quizá que los carlistas intransigentes de esos pueblos y de las comarcas próximas se echen al campo.

Una mañana, al acercarme al puente internacional, un gendarme me dice que vaya

al despacho de un jefe de policía, que me dará un permiso de estancia.

Aquí en San Juan de Luz todo son quejas. Un zapatero de Irún me dice:

—Tenía cuatrocientas mil pesetas de género en el almacén, y una casa. Todo lo he perdido.

Otro de Pasajes me advierte:

—Aquí no hable usted muy alto. Todos estos creen que dentro de los afiliados al Frente Popular hay mucho espionaje a favor de los nacionales.

IV

EL DOCTOR

El caso del doctor M. es bastante curioso. Viene a San Juan de Luz con un miedo bastante infundado. Salió de Madrid por Valencia y Cataluña y llegó por Francia a San Sebastián. En San Sebastián encontró a un amigo que le dijo:

—Te hemos hecho comisario de Sanidad.

El hombre, considerando peligroso semejante nombramiento, abandonó España y se metió en San Juan de Luz, dejando a la madre, dos hijos y a su mujer a punto de dar a luz.

—¿Qué cree usted que debo hacer? —me pregunta.

—Escriba usted para ver si puede conseguir que envíen a su familia y que la traigan aquí. Apresúrese, porque estos días parece que han dejado salir a las mujeres y a los niños.

—Eso voy a hacer. Deme usted un papel y un sobre.

A la mañana siguiente me dice:

—No voy a enviar la carta. Voy a ir al otro lado. Yo no sé si dejarán volver a Francia.

—Pregunte usted primero a la Policía si puede usted volver, y si dejarán salir de allí a la gente del Frente Popular.

Se marcha el doctor, y a los ocho días se presenta con toda la familia en el restaurante donde yo estoy, y además, sin dinero. Me lo indica y me dice que hable a mi amigo Paul Gaudin para que le preste a él algunas pesetas. Naturalmente, tendré que responder yo de él y de este dinero, pero, en fin, tiene tanto miedo a quedarse en España, que acepto la comisión. El doctor consigue el dinero y se marcha. Me dice varias veces: «yo me voy de España a cualquier parte».

Después sé con asombro que ha tomado el tren hacia la frontera catalana, que ha llegado hasta Madrid, y que a continuación se hizo nada menos que intérprete de la Brigada rusa.

Parece que la mayoría de las personas ya no rigen y toman las decisiones más inesperadas o inverosímiles.

La gente anda completamente trastornada, sin sentido ninguno de lo que tiene y de lo que no tiene que hacer.

La mayoría siente envidia por estos franceses bien alimentados y relucientes, que pasaron sus años malos, pero que ahora se muestran contentos.

Muchos creen, quizá por mala intención, que tampoco los franceses están muy seguros. Yo, que no les tengo mala intención, creo lo mismo. Hitler les dará algún disgusto más pronto o más tarde. La mayoría piensan que ellos tienen más sentido que nosotros, porque los españoles parece que vamos en busca de la desgracia.

Esta guerra hispánica es de las más crueles que ha habido en la Península. No hay en ella ni talento, ni humanidad. Tan solo crueldad. Es uno de los momentos más trágicos y más feos de nuestro país. Lo que se cuenta es un verdadero horror. Por todas partes se mata con fruición, se saca a las gentes de las casas y se las asesina en medio de las calles.

Hay que reconocer que la influencia caritativa de la religión no se nota mucho en España. Porque los carlistas y fascistas que asesinan a diestro y siniestro son católicos fervientes, pero los comunistas y anarquistas, que hacen lo mismo, son hijos y nietos de católicos.

V

TIPOS DIVERSOS

¿Cómo no envidiar a estos franceses tan perfilados? Sin embargo, hay otros desagradables. Ese hombre grueso, rojo, inyectado, pesado, cuando tiene ya más de cincuenta años, es desagradable. En España el tipo así tiende a lo siniestro.

He visto en un restaurante un tipo de francés de pueblo clásico, rojo, con un bigotazo blanco, la pipa en los labios y el vaso en la mano. He llamado a la muchacha y le he preguntado:

—¿Es de aquí?

—No —me ha dicho—, es vasco español.

De toda la gente que pasa por mi rincón no encuentro a nadie que tenga carácter. Unos diplomáticos asustados que no saben si quedarse en Francia o si entrar en España, empleados que esperan que ganen los unos o los otros, familias que están también llenas de temor y de preocupación.

Después de comer con mi amigo Paul Gaudin voy en auto a casa de un fotógrafo de apellido polaco, y luego, al pasar por delante de la estación, un grupo de españoles y de mujeres levanta el puño y gritan y se acercan a decirme que los gendarmes franceses les impiden llevar los equipajes, y que intente yo convencerles de que les dejen llevarlos.

—No me harán caso —le digo yo.

—¡Pío Baroja! ¡Pío Baroja! —gritan, y se acercan otras más—. Gritan Pío Baroja porque les suena a algo.

—¿Qué quieren ustedes?

—A ver si nos dejan llevar un poco de ropa.

Yo no creo que ninguna de esta gente sepa lo que he hecho yo, pero les suena el nombre. Los gendarmes se acercan a la portezuela del automóvil en donde vamos, y nos dicen a Paul y a mí:

—Sigan ustedes adelante sin parar.

—Pero... ¿por qué estas gentes no pueden llevar sus equipajes?

—¡Nada, nada, sigan adelante!

Y esto es la democracia. ¡Qué asco! Una pobre gente que no puede llevar unas medias o unas alpargatas.

Voy con Paul Gaudin a Sara. Dentro de unos días va a haber allí fiesta. Se oye la voz de las niñas que cantan en el coro de la iglesia. Paul entra en el templo y yo me voy a las afueras a contemplar el paisaje.

Una vieja y una niña me hablan y preguntan por la guerra. Cerca del pueblo veo una casa hermosa con un aire solariego. A la vieja la conozco de haberla visto pasar por delante de la casa donde vivo. Se me acerca y me pregunta si soy de San Sebastián.

—Vivo en Vera.

—¿Y qué tal allí?

—No sé, hace un par de meses que no he estado en el pueblo.

—¿Ha nacido usted en Vera?

—No, no he nacido allí, pero allí vivo durante el verano.

—¿En dónde?

—En Álzate, en una casa con unas enredaderas.

—¿Entonces, usted es Baroja?

—Sí.

—¿Pío Baroja?

—Sí.

La vieja me mira con cierta curiosidad, no sé por qué.

No me explico qué motivo tiene para eso. Luego me dicen que leyeron en algún periódico cómo me detuvieron los carlistas y cuentan detalles completamente imaginarios. Me veo así convertido en una figura novelesca, yo, que soy de vida poco romántica. Me extraña la sorpresa de ellas.

No sé qué esperan de mí, quizás esperaban que yo fuera un hombre alto y corpulento, con unas barbas largas y un aire fiero; o un jorobado pequeño y negro, con los ojos brillantes; o más viejo o más joven, o más elegante o más desastrado. El caso es que parece que mi tipo no responde al que ellas se habían formado con anterioridad de mí. De todos modos, esto de tener este aire mítico para esta vieja y esta muchacha, me halaga. pienso que es posible, después de diez o doce años de haberme muerto, que llegue a ser popular en el país.

Parece que uno de los blancos escogidos como rehenes por el Frente Popular de San Sebastián disfrutaba de cierta libertad y andaba por el pueblo de un lado para otro, y hasta se bañaba en el mar.

Uno de los días andaba en una canoa con un traje de baño evolucionando, yendo y viniendo, y al verse delante de un vapor alemán, saltó de su lancha al agua y, nadando, se metió en el barco. Cuando lo reclamaron, el capitán del buque se negó a entregarlo. De ese modo salvó la vida.

La hija de un tratante y carnicero de Vera se casó con un teniente de Carabineros, el cual estaba de capitán en un pueblo de la provincia de Burgos. Le obligaron a ir, ignoro por qué a Santander, y desde allí le llevaron de nuevo a Burgos y lo fusilaron. A la mujer la enviaron a San Sebastián. Ha llegado a Behobia y la han mandado internada a Saint-Pée-sur Nivelle. El que me lo ha contado la ha visto, y dice que tiene todas las trazas de una mujer de cincuenta años, y es posible que no tenga treinta.

Parece ser, por lo que dicen, que Casares Quiroga estuvo hecho un torpe, porque le avisaron repetidamente, antes de iniciarse el movimiento, de que Mola y la guarnición de Pamplona iban a sublevarse. Esto me lo ha dicho el que era entonces gobernador de Navarra. El gobernador de Navarra es un hombrecito pequeño, que vivía en la ciudad sin atreverse a hacer nada contra los conspiradores.

VII

GOBERNADORES HUMILDES

El exgobernador de Navarra era fabricante de licores de un pueblo de la provincia de Zaragoza. Se ve lo torpe que debía de ser el ministro de la Gobernación Casares Quiroga, para mandar un gobernador así, un pobre hombre, buena persona, a una

ciudad como Pamplona, reaccionaria, aparatosa, clerical y cursi, que seguramente estaba conspirando desde el principio de la República.

Yo le vi a este gobernador con su mujer en Hendaya. Los dos, gente de clase humilde. Con el gobernador de Navarra estaba el de Guipúzcoa, que era un empleado de banco de poca categoría.

¡Qué falta tan absoluta de intuición y de comprensión! Llevar a un pueblo petulante, a un señor bajito, buena persona, vestido como un empleado modesto, casado con una mujer humilde, hija de una almacenista de trapos.

Una vez que fueron expulsados de sus cargos, la mujer del gobernador de Navarra y la del de Guipúzcoa lavaban su ropa en un arroyo próximo a la casa donde yo vivía en Behobia. Yo no es que reproche esto, me parece bien, pero hay que tener idea de la moral y de la manera de ser de los pueblos.

En los últimos días de su estancia en Pamplona, al gobernador de Navarra un oficial de la Guardia civil le dijo que estaba ya fijado el día de la revolución por los enemigos de la República. Entonces el Gobernador le contestó a este oficial:

—Yo he mandado varias cartas al ministro Casares Quiroga, contándole lo que aquí ocurre; no me ha hecho ningún caso. Vaya usted a Madrid y dígame personalmente lo que pasa.

Casares Quiroga oyó al enviado del gobernador con disgusto. Le dijo que ya estaba cansado de oír delaciones estúpidas y no hizo nada, no tomó medida ninguna. El gobernador pudo escaparse, con asentimiento del general Mola, a Francia, y el oficial de la Guardia Civil han dicho que fue muerto por los sublevados, en Pamplona.

Como uno no tiene relaciones aquí, en San Juan de Luz, ni con reaccionarios ni con revolucionarios, le pasa a uno como al murciélago del cuento. Cuando va con los pájaros, le dicen: Tú no eres un pájaro. Y cuando va con los ratones: Tú no eres ratón.

Hay gentes que dicen: «Hay que definirse». Cuando se es un pedante y un tonto, es cosa fácil definirse, porque las definiciones cuadran muy bien para las cosas simples y superficiales, pero cuando uno no es un tonto, ya el definirse resulta bastante más difícil.

VIII

POSICIONES POLÍTICAS

Yo no creo que en política, ni en nada, haya solo dos posiciones, decir sí o decir no. Me parece que la vida es bastante complicada para no tener más que soluciones simplistas.

Los navarros y alaveses, que no hablan vascuence, la mayoría de ellos son españolistas. Entre guipuzcoanos y vizcaínos, que lo hablan, hay muchos nacionalistas. Estos, con la promesa del Estatuto, se han unido a los republicanos, socialistas y comunistas, pero es una ilusión falaz el pensar que los partidos obreros, internacionalistas por esencia, vayan a permitir de hecho la autonomía de una pequeña región. Se opondrán a ello rabiosamente los carlistas, los católicos, los socialistas, los comunistas, los ricos y los que presuman de ser aristócratas.

¿Se va a esperar que todos los españoles vamos a ser católicos, apostólicos romanos o que todos vamos a ser comunistas ortodoxos, de la Segunda o de la Tercera Internacional? Esto es una pretensión tan absurda como risible. Lo que más se puede esperar es que todos nos sometamos de grado o por fuerza a una ley o a una disciplina que no intente forzar las convicciones de cada cual.

Suponen los socialistas que la gente de la clase media modesta queremos conservar ciertos privilegios. ¿Qué privilegios? Ninguno. El único privilegio es que el chico de la burguesía ha ido a un colegio o a un Instituto, y que el del obrero no ha ido, pero esto para el porvenir lo puede cambiar el Estado, haciendo que la educación sea igual. Nadie se lo impide; si no lo hace es porque no quiere. Lo han hecho ya hace tiempo muchos países. Dar acceso a todo el mundo a las escuelas y a las Universidades es fácil, y nadie, a la larga, se opondría a ello.

Ha llegado un barco alemán con gentes que vivían en Gijón. Mujeres casadas con extranjeros cuentan casos tristes de muertes de curas, frailes y monjas achicharrados.

Esta tarde he ido a la playa, sitio a donde no me gusta ir, y que me hace muy poca gracia. A lo lejos estaba el acorazado *España*, que se veía en el horizonte gris. Este barco bombardeó el fuerte de Guadalupe, viéndose los fognazos. Al cabo de un minuto, sonaba el estampido. La gente contemplaba el bombardeo como si se tratase de un espectáculo. A mí me hacía mal efecto. Algunos aviones franceses, trimotores, pasaban por encima de la bahía.

Iban hacia el monte Jaizquibel, llegaron, sin duda, hasta el Bidasoa, torcían hacia la izquierda y volvían.

Un señor con quien me he tropezado en la playa, me ha dicho que estaban fusilando en Pamplona. La noticia me ha causado mal efecto. No sé lo que está ocurriendo en Vera, que me interesa mucho más que lo que pueda pasar en Pamplona y todos sus alrededores, con sus estupideces y petulancias carlistas.

IX

DESDE EL BALCÓN DE LA POSADA

Cuando estoy en casa, en Vera, no me importan ni envidia los autos charolados y brillantes; allí tengo libros y papel, leo lo que me entretiene; pero aquí, en este cuarto de una taberna aldeana, miro pasar a los coches con cierta melancolía. En estos pueblos, playas de moda, con exhibición de brazos, piernas, pechos y espaldas, ¿qué va a hacer un viejo y un viejo pobre? No tiene nada que hacer, ni rincón bastante apartado donde meterse.

El dueño de este restaurante del «Petit Pont» donde vivo, es una buena persona. Su mujer también lo es, y la muchacha resulta amable y servicial. En ese aspecto no puedo ciertamente quejarme.

Por la ventana veo que pasan por la carretera muchos automóviles, cochecillos y bicicletas. En el campo pastan las vacas, y en el fondo, en un sitio cercado con robles, veo a unos aldeanos que están sentados merendando; ellas con pañuelos en la cabeza y ellos en mangas de camisa. En España la niebla cubre los montes y a veces se oye el estampido del cañón.

Debajo de mi ventana hay un perro blanco atado a una cadena. Ladra a los ciclistas con cólera, desesperado intenta tragarse las moscas que le fastidian, y concluye metiéndose en la covacha. Quizá piensa que el mundo es bastante aburrido para los perros. Quizá piense vagamente que sin cadena sería feliz, pero no llegará a sospechar que también tendría otros fastidios. A veces se las arregla para subirse a su caseta, y quiere acercarse a las golondrinas, pero la cadena se lo impide.

En la taberna, unos vascos españoles juegan al mus con pasión, entre grandes gritos y con una gran indiferencia para los demás. Se ve que para ellos los demás no cuenta.

Ya he dicho que enfrente de mi restaurante hay una fábrica de conservas. La mayoría de las mujeres que trabajan allí tienen un tipo físico, una arquitectura corporal distinta a la gente del país vasco: un cuerpo como más pesado, menos ágil. Suelen llevar todas estas mujeres unas tocas bastante raras, porque, sin duda, en Bretaña las hay de distinta clase.

Recuerdo que un mes antes de la revolución, en junio, llegaron a Vera dos autobuses con banderas rojas y negras. Iban de excursión al monte Larun.

Al ver los colores de aquellas banderas, a una moza con aire bravío le pregunté:

—Esa bandera es de la FAI, ¿verdad?

—Sí señor, ¿y qué?

—Yo no he hecho más que preguntar. A mí todo eso de las banderas me tiene sin cuidado.

—Pues sí, somos de la CNT y de la FAI.

—Como si fueran ustedes del pim pam pum. ¿Han venido, quizá, para ver el sitio donde hubo un encuentro entre sindicalistas y carabineros, hace diez años?

—No sé a qué se refiere usted.

Se veía que aquella gente no sentía la menor curiosidad histórica ni por los suyos.

Los excursionistas de la FAI, que ninguno era vasco, hablaron en esa excursión a

que me refiero con petulancia, del derecho a la vida y de otra porción de farsanterías ridículas, y se marcharon cantando un himno muy malo, y dando vivas a la CNT, a la FAI y a la anarquía.

Estaban delante las autoridades civiles y militares del pueblo, y nadie hizo la menor observación. Hoy los hubieran fusilado.

Un país que no tiene un sistema político fijo no pasa de ser una horda.

Los anarquistas no quieren la autoridad en teoría, pero en la práctica son tan autoritarios como los demás.

Los católicos dicen: «para implantar la caridad y el cristianismo hay que matar al enemigo». Los anarquistas aseguran por su parte que, para establecer la fraternidad humana, hay que exterminar a los que no creen en ella.

Si hubiera un partido numeroso, que para defender sus ideas creyera que no hay que matar, nos afiliáramos a él. Matar es suprimir el problema, no resolverlo. Para el hombre que vive lo interesante es resolver el problema de algún modo

X

GENTE DE LA FONDA

El dueño de la fonda, buen francés, que estuvo en la guerra mundial del 14, dice una frase cordial. La muchacha, que tiene alguna atención con un emigrado pobre como yo, le hace pensar a uno que hace cien años serían casi iguales con el emigrado español. Entonces el dueño de la casa habría estado de joven en alguna batalla con Napoleón, y la muchacha, en vez de ver películas, habría leído algún folletín de Dumas padre o de Jorge Sand.

Se ve qué mentira es esa literatura de personajes españoles idílicos que últimamente ha tenido su manifestación en las obras mediocres de Palacio Valdés, de Ricardo León y de Gabriel Miró. Al leer a estos escritores se figura uno que los españoles son gente ultracivilizada, exangües, afinados y perfilados, y no hay tal.

Seguimos siendo como siempre, gente intransigente, fanática, y enseguida que llega el caso, sanguinaria.

Si se pudieran resolver las cuestiones de España y las individuales en un encuentro o en una batalla de un día o dos, aunque fuera muy encarnizada y muy sangrienta, yo iría con gusto, pero esto de esperar sin poder hacer nada tiene que ser muy triste y hasta muy soso.

SEXTA PARTE

VIDA NORMAL EN FRANCIA

En el descampado, delante de mi ventana, se han establecido varias camionetas como si se tratara de una feria, y varias *roulottes*, tipo de casetas ambulantes que se ven mucho en Francia. Antes iban arrastradas por caballos, ahora son automóviles, y van a los mercados. Se abren por una compuerta lateral, que se convierte en mostrador. Ahora muchas tienen neumáticos de goma.

Hay también una *roulotte* de gitanos que llevan consigo dos osos; uno pequeño y negro, de piel lustrosa, y otro grande, ya medio apolillado. Los dueños de la *roulotte* son dos hombres y tres mujeres; una joven viste de rojo, con pendientes de oro, otra es vieja y canosa.

Por la mañana encienden fuego delante de las camionetas, y una muele el café y otra calienta una caldera con agua.

De pronto, estas mujeres se ponen a discutir y luego a reñir, y toman unas actitudes trágicas y desesperadas. Una de las mujeres habla en un castellano raro; las otras, en una especie de *patois*. Riñen todas, y adoptan unas actitudes teatrales, desentonadas.

—Toda la culpa la tiene mi padre —dice la que habla castellano—, por haberme casado con uno de vosotros. ¡Canallas!, que me robáis el dinero, y me estáis engañando.

¡Qué acento, qué ademanes de desesperación! Al día siguiente, que hace buen tiempo, se ve a esta mujer sentada con un niño pequeño en brazos. Yo hablo con ella un momento, y le digo unas cuantas bromas, y ella se ríe. La *roulotte*, que se ha detenido en el raso delante de la ventana de mi cuarto entre otras, no sé cuál será su especialidad.

Este raso es un sitio donde se hace un mercado cada quince días, los viernes. En la *roulotte* deben de tener un cinematógrafo, que sin duda anda de pueblo en pueblo. Hay una vieja gorda, vestida de negro, que es gitana; una mujer joven con el pelo alborotado, y tres niños. Están componiendo sillas. Esta *roulotte* lleva caballos y un hombre con una gorra, bastante bien vestido, que los dirige.

Yo no tengo ninguna simpatía por los gitanos; me parece una gente cínica y sin gracia. No tienen más que un repertorio vulgar, de chistes de almanaque, pero los meridionales, sobre todo los andaluces, creen que son la flor y nata del país. El robar, el engañar, el comer animales muertos y abandonados en el campo, todo eso les parece genial.

Los pintores españoles, que, en general, son de ideas mediocres, quieren creer que es más español un gitano que un vasco, un catalán o un asturiano. Es el lugar común de los tontos. También los gitanos tienen simpatía entre los políticos, porque son reaccionarios.

Pasa por la carretera un entierro. Delante va un hombre vestido de negro y con sombrero hongo, y luego el cura; después el coche fúnebre con flores, y detrás la banda de música de la villa y la bandera francesa.

Luego van cuarenta o cincuenta hombres de negro, con boina y paraguas; detrás las mujeres, también de negro, con manto y en silencio. Lo único que se escucha son los cantos del cura.

El tiempo sigue lluvioso. El humo sale por la chimenea de la *roulotte*. Los hombres, en medio de la lluvia, van inflando los neumáticos de las camionetas. Me ha chocado el contraste de los gitanos con los vascos del entierro. En unos, ¡qué abundancia de gestos y de ademanes! En los otros, ¡qué economía de actitudes! Es algo raro.

El oso grande que tienen los gitanos salta al son de la pandereta, casi con humor.

En la acera de enfrente a mi casa hay un restaurante que tiene por título: «Restaurant del Gran Mercado».

El procedimiento más radical para espantar a los tontos que se acercan a uno con cierta curiosidad es decir que se vive en un sitio pobre y barato, y que se anda mal de dinero. Al día siguiente ya no hay interés en charlar con el escritor.

Conocer a una persona cuyo nombre suena algo por cualquier cosa, está bien, pero exponerse a un sablazo no es cosa agradable. Así que esta confesión de pobreza y de hospedaje barato es como un preservativo para la curiosidad del que quiera tratar a una persona por tontería.

II

TIPOS DONOSTIARRAS

Cuentan que en el fuerte de Guadalupe los rojos guardaban muchos rehenes, no se sabe cuántos. Unos decían que cien, otros que más de quinientos. Entonces fue cuando dijeron que a Romanones le habían detenido en Fuenterrabía y lo habían llevado a San Sebastián. Otros decían que a los rehenes de San Sebastián los habían fusilado, citando nombres. Todos los que decían eso hablaban de lo que habían oído, pero nada sabían con seguridad.

Entre los españoles que llegaron de Irún estaba Gabriel María Laffitte, dedicado después a contar anécdotas con chispa. Dijo que los de la CNT le habían preguntado:

—¿Tiene usted armas de fuego?

Y él contestó:

—Solo el encendedor.

Luego dicen que le preguntaron a un viejo contrabandista:

—Oye, ese amigo tuyo... ¿qué es? ¿Blanco o rojo?

—Blanco no creo que es, rojo... tampoco. Creo que es efímero.

También dice Laffitte:

—A mí me preguntaron ¿usted qué prefiere, el trabajo individual o el colectivo?

—Yo, el colectivo.

Le llevaron a tirar de un árbol con una cuerda para derribarlo.

—Yo no puedo hacer ese trabajo —dijo— porque soy presidente de la Sociedad Protectora de Animales y de Plantas de Guipúzcoa.

Máximo Michelena, hombre alegre, que era pintor, dice que le nombraron comisario de Justicia de Irún, y que estuvo influyendo en el tribunal para que no fusilaran a nadie.

A mediados de septiembre leo que el ministro de Instrucción Pública, señor Hernández, va a nombrar director del Museo del Prado a Picasso. ¡Qué fantasía más absurda! ¡Qué cantidad de estupideces y de pedanterías!

III

UNOS Y OTROS

Hablo con una señora que me cuenta que para salir de San Sebastián había hecho muchas gestiones. Iba a embarcarse en un barco francés, y se presentó un jefe comunista, Urondo, con el fusil al hombro y dijo que no embarcaría ningún español.

Herbette, el embajador de Francia, le replicó:

—No tienen ustedes humanidad.

—Tanta como ustedes; lo que pasa es que ustedes tienen humanidad con los fascistas, pero no con nosotros.

El embajador francés está actuando en la guerra civil española de la misma manera artera y falsa que están obrando los demás políticos. ¡Qué feas maniobras!

Por el mismo tiempo el conde de Romanones se hallaba preso en el palacio de la Diputación de Guipúzcoa, que está en la plaza del mismo nombre. Herbette había hablado con el encerrado para preparar su entrada en Francia. Le parecía que, para dar garantías a la fuga del político monárquico español, le convenía que les acompañara un oficial rojo, y le propuso a este el acompañamiento. El oficial aceptó, y vestido de uniforme fue con Romanones y con Herbette y entraron los tres en Francia.

Luego el militar, que estuvo en el centro de España, donde peleó, cayó prisionero en poder de los fascistas, y su abogado, sabiendo que había sacado a Romanones de España, le mandó un telegrama al conde preguntándole si recordaba que al escapar al

mismo tiempo que salía con Herbette fue con ese militar. El conde dijo que no recordaba. Verdaderamente, la hidalguía del español es para troncharse de risa.

El embajador de Francia en Madrid, que estuvo en mi casa de Vera y hablaba muy en republicano, luego no hizo más que favorecer a los reaccionarios. En San Sebastián se acercó a su yate una lancha de jóvenes fascistas. Herbette dijo:

—Entren ustedes.

Subieron de la lancha y al partir, en la bodega del barco, estaban refugiados un hijo de Romanones y otros jóvenes considerados como reaccionarios por los rojos. Los republicanos franceses protegían a los fascistas españoles.

En Zarauz detuvieron a unos políticos, que fueron escoltados por milicianos.

—¡Hala, bajad aquí en la revuelta de la carretera!

El chófer dijo que tenía la orden de llevarlos a San Sebastián, y discutió con los milicianos. Los presos, al parecer, decían:

—Queremos confesarnos.

Idiazabal asegura que en Irún no se habían dado cuenta de que los requetés estaban hacia los montes de Oyarzun, que el teniente de Carabineros Ortega recibió un aviso del gobernador de San Sebastián diciéndole que avanzaban los requetés, y preguntándole si ellos tenían armas. Ortega contestó que no las tenían. Luego les mandaron que fueran a Endarlaza. Entonces a un capitán de la milicia socialista se le ocurrió ir a cazar por la mañana hacia Erlaiz, y al llegar a un pinar le dieron el alto, le dispararon y le dejaron muerto. El teniente vino con la noticia al pueblo. Dicen que los requetés gritaban a cada paso:

—¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!

Los rojos de Irún les decían:

—¡Venid aquí, cochinos, que sois hijos de fraile!

Las primeras bombas que dejaban caer los aviones eran pequeñas y bien poco eficaces; luego, los aparatos que vinieron después, arrojaban unas bombas de trilita que producían explosiones terribles, capaces de echar una casa abajo. Una de esas bombas, que no estalló, tenía, al parecer, la marca de una fábrica alemana.

IV

BIRIATU, BOMBARDEADO

Ayer, según dicen, un avión español, no se sabe de qué bando, dejó caer hasta tres bombas sobre el pueblo de Biriatu (Francia), y una de ellas estalló cerca del restaurante de Andueza.

Este restaurante debe de ser el principal de los instalados en esa pequeña aldea, el

cual tiene una terraza hacia la parte del Bidasoa, y su propietario es un inválido de la guerra europea del 14, que lleva una pierna postiza.

El avión quizá confundió Biriatu con la Behobia española, o tal vez lo confundió con Vera. Se dice que el mencionado avión llevaba varias letras que indicaban su marca de fábrica. Después de diversas indagaciones no se pudo poner en claro dónde estaba construido, ni de qué nacionalidad era.

Entre los grupos de San Juan de Luz los hay de todas clases; rojos y blancos, republicanos y carlistas. Entre estos carlistas navarros se habla ahora de que Navarra va a quedarse con parte de Guipúzcoa, llegando hasta el puerto de Pasajes. Eso no quitará para que los iruneses quieran seguir siendo guipuzcoanos y no navarros.

V

MITOS QUE CRECEN

Hay cosas de las cuales uno ha visto como en germen, cuando apenas se las conocía y se las notaba, y que de repente aparecen tomando proporciones mayores que las que hasta entonces tenían.

Hace cerca de treinta años hablábamos con un amigo suizo de la cruz svástica como de un signo antisemítico. Nadie lo conocía y ahora todos los barcos alemanes llevan en la bandera de su nación la svástica. En el País Vasco francés, la svástica se ha propagado mucho estos años, y hay una rectilínea y otra curvilínea. Esta se la considera como símbolo vasco.

También hablábamos de la FAI en una época en que eso parecía una fantasía literaria, pero ahora es una realidad. ¡Qué manera de engancharse los símbolos y la teorías políticas! El fascio también ha crecido a la vista de uno en pocos años, y ha podido comprobar uno su expansión.

Un periodista francés habla de que un diputado comunista en Madrid le decía que sus medidas no eran nada al lado de las de Fouquier-Tinville. Esto es lo absurdo, ese recuerdo de lugares comunes históricos a los que se pretende dar valor actual. Por un lado, Isabel la Católica y Felipe II, por otro Marat. Es como vivir en un colegio, en un ambiente de pedantería histórica. Lo malo es que aquí, entre nosotros, la pedantería viene acompañada de la muerte. Así son los países latinos, que a pesar de considerarse originales, se muestran los más retóricos y los de menos genialidad en la época actual.

En estos países todo necesita de antecedentes, hasta el crimen y la estupidez. Es la vuelta eterna de lo malo.

VI

UN ACORAZADO A LO LEJOS

Por la tarde voy a la playa, venciendo mi poca inclinación a ese paseo, y descubro que ya no se ve el acorazado *España*.

En ese paseo me encuentro con un diplomático, el cual me dice que el bombardeo del acorazado contra el fuerte de Guadalupe no ha hecho ningún efecto.

Se asegura que, cuando se decidió el ataque a Irán y a San Sebastián, el obispo de Pamplona envió una alocución a los requetés para que lucharan por la santa causa con el mayor empeño, y les anunció que él iría a las once de ese día a decir misa en la iglesia de Santa María de Irán.

Los requetés navarros, enardecidos con la alocución de su obispo, salieron por la mañana dispuestos al ataque, al grito de ¡Viva Cristo Rey! Y ¡Viva la Virgen! Los rojos les hicieron fuego de ametralladora. Del primer momento, cayeron más de un centenar y quedaron setenta de ellos muertos.

Me cuenta el americano de Yanci, que vive en Francia en un caserío, que estuvo hablando con el grupo de requetés que cruzaron el fío por Biriatu y llegaron a la Behobia francesa, levantando el puño como los comunistas.

Son de los que yo vi pasar por el alto de Velate en dirección a Guipúzcoa, y estaban acantonados cerca de Endarlaza. Se han quejado de que estaban mal alimentados, de que no les daban más que sardinas y agua, y de que los directores, probablemente fascistas, los trataban muy miserablemente. Después de su decisión, no saben si irán al lado rojo, o si se internarán en Francia.

VII

UN AMERICANO

Este americano de Yanci habla de que los gubernamentales están mal, de que Madrid ha caído y San Sebastián va a caer de un momento a otro. Todo ello debe de ser falso, tan pronto no pueden caer.

Los requetés, que estaban cerca de Irán, no se encontraban bien. Los rojos, por lo que decían, no tenían comida ni pan. Los requetés eran setenta u ochenta. Por la mañana habían hecho un avance a la descubierta, y se apoderaron de una trinchera del monte, abandonada sin duda por la noche, y se sorprendieron mucho al hallar allí trozos de carne y de pan, y números del periódico «Frente Popular» de San Sebastián, cuyas noticias les demostraron que las que les habían dado eran falsas. Por eso no se

les ocurrió otra cosa que huir y meterse en Francia.

Tampoco se vio al día siguiente en el mar, desde la playa de San Juan de Luz, ningún barco de guerra. Decían que el *Almirante Cervera* había quedado estropeado por una granada enviada desde un fuerte de tierra, y que había tenido que marcharse rumbo al oeste. Puede que fuera una ilusión.

El diplomático a quien he encontrado, que pensaba marchar a Roma, parece haberse decidido a quedar en San Juan de Luz, porque le dicen que en la Embajada italiana hay también lucha de partidos. Me ha presentado a un amigo suyo de San Sebastián. Este nos ha convidado a tomar unas ostras y un poco de vino en un restaurante de la calle Gambetta, esquina a otra calle pequeña. Hemos hablado y estamos de acuerdo en que los que no somos en este momento ni comunistas ni fascistas no pintamos nada en España. Tenemos la antipatía y el desdén de los unos y de los otros, y no hallamos simpatía ni consideración en ninguna parte.

Él me ha preguntado qué voy a hacer. Yo le he dicho que, si encuentro alguna ocupación, por modesta que sea en sus ingresos, en París, me iré allí. Él dice que cree que va a hacer lo mismo.

SÉPTIMA PARTE

DESPEDIDA

Hoy, al llegar a casa, encuentro que hay en el restorán un banquete de campesinos y de tratantes de ganado. Es viernes, mercado grande. Han echado serrín en el suelo. Yo me resbalo, me caigo y me hago daño en la muñeca izquierda. Supongo que esto pasará pronto. Al levantarme de la mesa, me asomo a la ventana y veo en un carricoche a una muchacha de Vera. ¿Qué habrá pasado? me pregunto. La llamo y bajo despacio a su encuentro; cuando estoy ya delante de ella, veo que me he equivocado, y, sin embargo, tiene el mismo tipo de la que yo había creído que era, y la misma manera de vestir.

Su presencia viene, de todos modos, a ser como un presentimiento de que van a llegarme pronto noticias del pueblo donde he dejado a mis familiares.

Hablo luego con un teniente de milicias republicanas, nieto de un antiguo sacristán de Vera, el cual va acompañando a una muchacha conocida mía. Dice que los carlistas les tienen mucho miedo, porque hacen la descubierta con dinamita, echando paquetes de cinco kilos. Han venido de Azpeitia ochenta *gударis* armados, y parece que van a seguirles trescientos más de ellos. Creo que este joven está muy equivocado. Los carlistas están muy unidos con los militares. En cambio, los nacionalistas vascos no se pueden ver con los de la CNT y no quieren tener ninguna relación con ellos, de los que no se cuentan más que horrores y atropellos sanguinarios.

Hace pocos días vinieron aviones Junker, otros dicen que Fokker, y que dejaron caer sus bombas sobre el fuerte de Pagogaña, produciendo en él grandes destrozos. Se supone que eran alemanes.

Unos soldados desertores se encontraron con que los carlistas confiaban en un triunfo rápido. Respecto a la comida de los rojos, era indudablemente bastante buena. Los sesenta o setenta desertores no decidieron internarse en Francia, pero como al día siguiente era el ataque, no tuvieron más remedio que participar en él y seguir las órdenes que les dieron.

En el ataque, que fue muy duro, quedaron veinticinco muertos y otros tantos heridos. Entonces los veinte restantes cogieron las pistolas a los muertos, se acercaron al Bidasoa y lo atravesaron de noche. Allí estuvieron hasta que se rindieron a los gendarmes de Biriatu. Al parecer, les cogió una terrible tormenta en el campo.

Un chico de Vera, con el que me tropiezo, me dice que prendieron a unos aldeanos en la carretera de Tolosa y que les quisieron obligar a que contasen lo que supieran; que ellos se negaron a decir nada; entonces les amenazaron con fusilarles, y ellos dijeron que estaban dispuestos a que los matasen.

—Hemos cumplido con Dios. Hagan lo que quieran con nosotros.

Dicen que fusilaron a los jóvenes y dejaron libre a un viejo.

—Me parece una estupidez —le he dicho yo—. Cinco o seis enemigos más no iban a hacer que ganaran la guerra o que la perdieran.

II

LA CANTERA DE VERA

Parece ser que la cantera de Vera es un lugar de fusilamientos, que va tomando unas proporciones horribles. Se fusila de noche. El alcalde del pueblo, un indiano, gordo con aire estúpido, se presta a ayudar en las ejecuciones generosamente, y va con un farol a iluminar el sitio donde se mata. ¡Qué bajeza!

Han fusilado a un médico de un pueblecillo próximo, nacionalista vasco exaltado, que se negó terminantemente a gritar ¡Viva España! ¡Qué absurdo fanatismo! ¿Qué importará que quede en el aire un ¡Viva España! un ¡Viva Francia! o un ¡Viva la Pepa! También han fusilado tiempo después a un abogado de Irún, Guerendiain, que fue retrocediendo con los rojos hasta Santander, y allí se rindió a los italianos, y estos miserables le dieron palabra de honor de no entregarle a los nacionales, y, efectivamente, lo primero que hicieron en cuanto lo tuvieron en su poder fue entregárselo. ¡Qué nobleza la de la época! Todo eso de la palabra y de la dignidad es mentira. El hombre actual es un gañán.

A Guerendiain le acusaron de dirigir el incendio de Irún, lo que era falso, y lo podía saber todo el mundo preguntando a los iruneses. Después de insultarle sabiendo que era mentira lo que le imputaban, lo llevaron a Vera y lo fusilaron allí. ¡Qué cantidad de canalladas inútiles!

Estos italianos quisieron echárselas de tremendos, y luego, cuando la Guerra Mundial, corrieron en todas partes como liebres, reproduciendo su sistema de Guadalajara.

Cuando un pueblo es poco militar e inteligente, no debe echárselas de tremendo, sino manejárselas con inteligencia, como se las ha manejado después de la guerra.

E.L. se acerca a un banco en donde estoy yo hablando con unos obreros españoles. Cuenta que en San Sebastián vivía en la calle de Larramendi, entre la de Prim y el paseo de los Fueros, en un piso alto con azotea.

Vio el ataque contra los de la CNT, que estuvieron a punto de capitular. Se decía que desde la azotea de su casa habían disparado. Se hizo en ella un registro, y se encontraron unas cartas de una monja, hermana de su mujer, y les pareció descubrir en una carta ciertas frases que les parecían oscuras.

E.L. fue a la casa de la CNT y dio allí explicaciones, pero no logró con ellas

convencer a nadie.

Entonces se escapó a Anzuola y de allí se trasladó a Deva. Allí quisieron prender a mi amigo Fernando del Valle Lersundi. El pueblo se opuso a tan detención e hizo barricadas a la entrada y a la salida de la villa. Llegó la banda negra, prendió al cura de Iciar y lo mató. Luego volvió E.L. a Zarauz, donde reinaba gran terror, y después se volvió a San Sebastián, decidiendo quemar sus papeles y, como es argentino de nacimiento, fue a pedir un pasaporte al cónsul de la Argentina.

Desde San Sebastián se trasladó con su familia a Bilbao, y de allí lo enviaron a San Juan de Luz, en un barco norteamericano. Cuando yo me encontré con él, estaba en un buen hotel y se iban a marchar a Buenos Aires.

Me enseñan a un riojano con aire de bárbaro, grueso y fuerte, nacido por casualidad en la Argentina. Dice:

—Mire usted este lindo criollo, es un completo gaucho ¿no?

He conocido a la señora y a las hijas del argentino perseguido, que dicen:

—Estamos muy contentas. Si no hubiera revolución, no hubiéramos hecho nunca este viaje.

Un chico, Salvador, que estaba trabajando con algunos obreros cerca de la frontera, a unos cien metros de la raya de Francia, en la regata de Inzola, ha encontrado una mujer por el tipo y el traje española, muerta, tendida en el suelo, muy blanca, que llevaba en el pecho un escapulario y varias medallas. La han enterrado.

Parece ser que los requetés entierran a sus muertos en el campo. El de Ganistobaita, de Oleta, me dice que el día siguiente al encuentro de Endarlaza, en donde cayó tanta gente, se veían muchas hogueras, y él pensó si sería que estaban quemando a los muertos.

La CNT de San Sebastián se ha quedado con todas las armas que había depositadas en el cuartel de Loyola, guardándolas en los sótanos de la iglesia del Buen Pastor. Los nacionalistas piensan que ellos defenderían mejor el pueblo que los Genetistas, y es seguramente cierto, porque entre los de la CNT hay muchos que no piensan en la guerra más que para robar.

La de L., a la que encuentro en el café de la plaza, dice que han pasado días terribles en San Sebastián. Que hay presos en la cárcel de Ondarreta, en el Kursaal y en varios otros puntos, hablándose todos los días de que por la noche se hacen sacas de esos detenidos y se les fusila.

A Carrasco, el militar, después de matarlo, sacaron su cadáver del cementerio y lo arrastraron. ¡Qué estúpidos bestias! Los nacionalistas quisieron impedir esto, pero no les dejaron, careciendo de armas para imponer su voluntad.

Los de la CNT han recogido todas las armas y no han dado ninguna a los nacionalistas, porque desconfían de ellos y los consideran reaccionarios. Los nacionalistas no tienen en San Sebastián bastante fuerza, se encuentran, según parece,

en la orilla izquierda del río Oria, y son mucho más templados más serenos y menos histriónicos que los anarquistas.

Según uno de Vera, el teniente coronel Ortiz de Zarate, herido en el ataque de Erlaiz, de tres balazos en el pecho, fue conducido a Pamplona, donde falleció. Había sido gobernador de Vizcaya y había colaborado, según se dice, en la represión de Asturias.

III

LA ALDEA Y EL CAMPO

La nota que da el campo con relación a la guerra es que en un monte, aunque sea pequeño, dos mil hombres apenas se ven. La impresión de las batallas del pintor Van der Meulen no se debe poder sentir más que yendo con las fuerzas, pero desde lejos y desde un alto, no.

Hoy pasa por la plaza de San Juan de Luz una charanga de música con tipos de boinas rojas y de la impresión de que la gente no nota que a pocos pasos de allí hay gente que se está matando.

He estado en el puerto y me ha dicho un marinero vasco-francés que a la altura de San Sebastián estaba el barco de guerra el *Canarias*, que sobre su cubierta se veía a diez o doce marinos jugando y boxeando; que luego han visto que el barco de guerra comenzaba a disparar contra San Sebastián, sin ningún objeto, como si estuviesen tirando al blanco. Desde la playa de San Juan de Luz se oían los estampidos del cañón, pero no se distinguía el barco.

Anoche se oían estampidos hacia Biarritz. La gente de la calle, que comentaba aquello, creía que estaban bombardeando la costa francesa, y había algunos que decían:

—Por esos comunistas españoles ya tenemos de nuevo la guerra encima.

Aquellos disparos eran de una fiesta que se celebraba en Biarritz.

Cuando veo el monte Larun ahí delante, me indigna pensar que al otro lado tengo a mi familia, pasando mil dificultades, y que por culpa de unos cuantos imbéciles que no tienen nada que ver con el país no puedo ir allá.

En el campo próximo a la casa de San Juan de Luz donde vivo, han establecido una barraca los ocupantes de una *roulotte*, y han instalado un cinematógrafo al aire libre. Tocan un gramófono y un tambor. Se oyen cuplés parisienses, cantados con la voz gangosa del gramófono: *Catarinetta va y Tout va tres bien, madame la marquise*.

También se oye esa canción francesa, a la que se le ha puesto letra española:

Marieta es una chica

que tiene un genio atroz

Según veo en *La Dépêche* de Toulouse, el capitán Aviraneta, jefe de una columna gubernamental, ha llegado a Loja. Me ha chocado este apellido. Como vuelve la guerra civil, al parecer vuelve también Aviraneta.

Puede ser que se trate no de un apellido, sino de un apodo.

Qué recuerdo producen estos dos nombres, Aviraneta y Loja. Aviraneta, el tipo del intrigante. Loja, el pueblo de Narváez, uno de los hombres más bravos y más decididos del siglo XIX.

IV

DIVAGACIONES

Esta exhibición de las mujeres desnudas en la playa hace que los hombres jóvenes no se ocupen mucho de ellas. Sin duda, la desnudez más bien desilusiona que otra cosa. Una mujer despatarrada en la arena, con el pecho, la espalda y las piernas al sol, no produce gran ilusión. No se puede conservar ese aparato de coquetería que es el que ha manejado siempre la mujer. No se armonizan tampoco muy bien esas actitudes, un poco animales, con las frases en francés tan afectadas, de la conversación. Con esas actitudes parece que no se puede decir más que «tengo hambre, tengo sed, estoy sudando», etc.

Estas gentes de la playa, buenos burgueses, preocupados de su salud, hombres y mujeres jóvenes, que hacen gimnasia, gentes que procuran sacarle a la vida todo su jugo, ahorrando, teniendo el placer como norma, contrastan con los españoles que viven ahora en una actitud violenta, en un sueño de sangre y de venganza.

Los franceses, a pesar de todo, muestran una irritación y una grosería extrañas. Por el más pequeño descuido los automovilistas se insultan. En esta época en que los obreros se llaman unos a otros camaradas, todo esto resulta bastante cómico.

A algunos franceses, como a los castellanos, les incomoda el que los vascos hablen vascuence.

—¿Por qué hablan vasco y no francés? —me pregunta uno.

—Porque se entienden mejor en su lengua —le contesto.

¡Hacen bien en hablar lo que les da la gana!

Ahora empiezan a llamar generalmente a los dos partidos de la guerra española, blancos y rojos, y en vascuence *zuriac* y *gorriyac*; en tiempo de la guerra carlista les llamaban blancos y negros, *zuriac* y *beltzac*.

Yo no siento ninguna simpatía por el hombre corriente; me parece un producto de estupidez, de egoísmo y de petulancia, al que no vale la pena de tomar en

consideración. Hay muchos de ellos que creen que las frases tienen un gran valor, y dicen con mucha prosopopeya: «Ya sabe usted que estoy a su disposición», como si esta frase política tuviese algún valor.

Yo siempre he creído que, a medida que pase el tiempo, la ciencia ha de dirigir los países y la humanidad entera. La ciencia es la cantidad de verdades que va encontrando el hombre a lo largo de la historia. Muchas de estas verdades parece que no tienen por el momento interés humano, pero se puede suponer que lo han de tener algún día, si no inmediatamente, con el tiempo.

No hay para qué decir que yo creo en el perfeccionamiento más o menos dentro de la especie humana. Lo que no creo es que se deba confundir la ciencia con las generalizaciones prematuras. Estas se prestan a errores que cuestan la vida a infinidad de hombres. Si en la teoría soy completamente evolucionista, no siempre estoy conforme en los procedimientos que los progresistas consideran los mejores.

La política democrática y el parlamentarismo, en la práctica, pueden ser inútiles y hasta perjudiciales a veces. Ambas cosas hacen del político un ser ambicioso, un arribista que va, principalmente, a hacer su carrera. Esto es peligrosísimo para el medio social.

El político no ve casi nunca el interés de su país, sino el éxito personal suyo, y por el éxito ante el público dice a menudo lo que no siente, para producir efecto. Las más absurdas afirmaciones se hacen para satisfacer a la galería, que espera con la ansiedad de un público de plaza de toros las declaraciones sensacionales. En España se dice, cuando en las corridas hay sangre, que hay «hule», porque sin duda aparecen en esos casos en las plazas las camillas cubiertas con un hule negro.

El público de los Congresos quiere también que haya hule. En ese ambiente de sensacionalismo y de teatralidad es imposible el que se haga algo serio. Se dicen las cosas más absurdas para producir efecto. Así, un concejal socialista dijo en Madrid que la Prehistoria era una ciencia reaccionaria.

Yo creo que la dirección de los distintos asuntos del país debería estar en manos de los técnicos, de los que saben, y que únicamente las cuestiones de política general interior y de política extranjera son las que deben quedar reservadas a los políticos de profesión.

En el momento actual, yo sería partidario de una dictadura liberal, ejercida por gente culta, sin demasiadas declaraciones doctrinales, que impusiera la paz por la fuerza, y que permitiera vivir a todos los que no quisieran violentar a los demás.

Cuando se intenta ir a vivir a una ciudad, ya se sabe que el escritor, el médico, el arquitecto, el ingeniero, no pueden pretender una habitación ni en el centro, ni en las calles de segundo o tercer orden. Tienen que ir a una calle apartada, y ocupar un cuarto muy alto.

Lo mismo pasa en estos pueblos de baños, como San Juan de Luz, en donde ha venido a refugiarse mucha gente. Tiene uno que meterse en una taberna lejana, de una carretera. Y, sin embargo, estos comunistas y anarquistas nos consideran a los

escritores como unos explotadores. ¿Explotadores de qué, y de quién?

Un escritor como yo no tiene una posición ni espiritual ni social clara y segura. Para unos es uno un impío, casi un granuja de mala intención. Hay quien me toma por un desarrapado, y quien por un aristócrata. Algunos me tienen por un hombre alegre y cordial, otros deben juzgarme triste y huraño.

Lo que no se comprende bien es por qué se persigue a un escritor independiente. Políticos de todas clases juegan una partida. La ganan; ahí tienen el premio. La pierden; sufren la derrota.

Pero nosotros los escritores, que no jugamos ninguna partida, ¿por qué hemos de tener que perderla?

Todavía se comprende el que se vaya contra un arquitecto, contra un escultor, hasta contra un pintor que ha instalado su obra con el beneplácito y con el dinero del Estado. Pero, a nosotros, ¿qué nos da el Estado? Nosotros publicamos un libro, y aquel que lo compra es porque le da la gana.

Esta persecución del escritor es una prueba de villanía que no se da en ningún país civilizado. Es, en el fondo, un residuo de todas las teorías semíticas religiosas.

El caso del escritor no puede ser como el del militar, que va alguna vez a la guerra. Ese es su oficio, el que eligió libremente por sí mismo. Para eso cobra un sueldo durante toda su vida. Pero nuestro oficio no es pelear por motivos políticos. El político, lo mismo que el militar, busca la fama y el prestigio del ascenso, pero la gente es tan bestia que quiere medir con el mismo rasero al que juega una partida como al que no la juega, al que aspira a la ganancia como al que nunca le toca más que perder.

Esto recuerda lo que se cuenta del autor dramático que llega a colaborar con un pobre escritor insignificante. Si triunfan, el dramaturgo dice: «¡Qué triunfo he tenido!». Si fracasa, exclama: «¡Cómo nos han pateado!». Yo creo que, cuando las gentes sean inteligentes y los escritores también, no se deberán quedar en su país, sino que habrán de ir a los países cultos y transigentes, si quieren escribir con cierta libertad.

Probablemente, con el tiempo, todos los escritores irán a residir en los Estados Unidos, para intentar allí el cultivo de la literatura, y dejarán abandonada esta vieja Europa en manos de los pedantes y de los tontos. En algunos países ya se va un poco viendo esa orientación.

V

LOS POLÍTICOS

Los españoles hemos tenido desgracia con nuestros políticos, la inmensa mayoría de los cuales ha resultado gente incapaz. Ese maestro de escuela un tanto vacuo y petulante, Marcelino Domingo, decía meses antes del advenimiento de la República que iban a imitar a Thiers y a hacer una república conservadora. Ni ellos mismos saben lo que han hecho. Han ido arrastrados por las corrientes populacheras, dejándose llevar por ellas.

Azaña, que era de gustos moderados, hombre de Ateneo, sin una gran profundidad de pensamiento, se lanzó a la política de izquierda de una manera inconsciente y absurda. Era un hombre flojo y débil, de tipo feminoide. Alcalá Zamora, un abogado verboso, de esos leguleyos que da la región andaluza, con una vanidad inocente e inconsciente.

Yo le vi en la Academia Española presidiendo las sesiones. No se comprende que un hombre que es Presidente de la República de un país acepte también el ser presidente de una sociedad de quince o veinte personas, la mayoría bastante mediocres. Yo, al menos, en su caso, le hubiera dejado presidir al que ya era presidente con anterioridad a la proclamación de la República; pero Alcalá Zamora, llevado por una vanidad pueril, hubiera sido capaz de aceptar la presidencia de una sociedad de porteros o de zapateros de viejo.

Lerroux, desde que le vi en 1910 y viajé con él, me pareció un hombre mediocre y acabado, que no se daba cuenta clara de lo que ocurría en el país, con una incompreensión del ambiente que llegaba hasta el absurdo.

Así cayó, como el presidente de un casino de poblachón de la Mancha o de Andalucía, en un asunto de tahúres, de jugadores de ventaja, en donde se hablaba de un reloj que le regaló un judío holandés, empresario de casas de juego.

Un hombre que en la posición de Lerroux podía contar con millones sin necesidad de dar cuenta a nadie, no se comprende que hablara hace años de este asunto del reloj como si tuviera interés en desacreditarse, y eso en España, donde todo se mira desde el punto de vista de la decoración, y donde quedarse con unos millones con habilidad no quiere decir nada. Se puede ser, después de todo, buen católico, buen ciudadano y hasta excelente padre de familia; pero recibir un regalo insignificante de un tahúr es desacreditarse para siempre.

El ver así cómo se va destruyendo el país, le encoge a uno el espíritu y le dan ganas de marcharse. Pero ¿a dónde se va a poder ir uno? Los españoles tenemos muy mala prensa para ir a ningún lado.

En el café del fonducho donde vivo ha habido estos días grandes discusiones entre los franceses. La mayoría son partidarios del Frente Popular, pero hay otros muy fanáticos, partidarios de los requetés.

La verdad es que los españoles han tenido mala suerte en su historia moderna. Seguramente es una mala suerte merecida.

Los españoles defienden con energía durante la guerra de la Independencia a Fernando VII. Fernando es un hombre malo, cobarde y artero, y sobre todo, falso.

Traiciona a los unos y a los otros.

Pocos años después de su muerte el país se divide en absolutistas y constitucionalistas. Los unos defienden a María Cristina, mujer egoísta, avara y de mal corazón. Los otros a don Carlos, que era un idiota.

La guerra civil dura cerca de siete años. Treinta y tantos años después comienza la segunda guerra; por un lado Alfonso, y por otro Carlos Chapa. Ninguno de los dos vale gran cosa, ni por carácter, ni por cultura, ni por talento. Después tenemos en la segunda República la rivalidad del león y la serpiente: Lerroux y Azaña. ¡Qué león! El león es un pobre viejo, vacuo, con unos cuantos lugares comunes por todo bagaje intelectual, y unas fórmulas oratorias en el cerebro. La serpiente es un ateneísta que maneja unos cuantos tópicos de literatura francesa, al alcance de cualquiera.

El león acaba de manera pobre y lamentable. El movimiento de Asturias se hace principalmente por simpatizantes de Azaña. La gente cree en él como en un santón, y solo cuando solicita y consigue ser Presidente de la República empiezan a pensar sus partidarios si no será un pobre insignificante, sin energía y sin valor.

En estos cien años España ha tenido sus hombres, escritores, pintores y hasta investigadores; lo que no ha tenido ha sido un político de altura, de alguna energía.

Quizá los tres políticos españoles de más intuición han sido tres militares: Narváez, Prim y Primo de Rivera. Narváez es de una educación técnica desastrosa. A Prim le pasaba lo mismo. Primo de Rivera se ve que tenía talento natural. Los tres generales eran hombres sin cultura, les faltaba a su lado, de asesor, una persona que tuviera un poco de idea de la Historia y de la época en que se movían.

Lerroux es como el médico viejo que no sabe su oficio y disimula su ignorancia con frases y chistes malos. Lerroux pasa ante mucha gente como un hombre inmoral, cuando lo que le sucede es que, como político, es inepto. Azaña me parece el médico sin intuición, con una pequeña cultura, y que se atiene a sus textos.

Jean Sarrailh, hispanista francés, estuvo en la taberna del Petit Pont de San Juan de Luz hablando conmigo.

VI

ATAQUES

Ha habido hace poco un ataque de contra los *rojos*. Los nacionales han avanzado, a favor de la niebla. Los gubernamentales les han salido al paso. Parece que los guipuzcoanos se baten con gran serenidad y con gran pericia. Fusiles, ametralladoras, cañones y aviones han tomado parte en la batalla. El avance de los *blancos* ha sido pequeño, pero tienen muchos más hombres y mucho mayor armamento, así que es

probable que sigan avanzando.

Los navarros de la Ribera y los riojanos han querido demostrar que los vascongados y, sobre todo, los guipuzcoanos, no saben batirse, y resulta que son los que se baten mejor. No tienen cólera, sino serenidad. Si llegan a tener aeroplanos o no los hubieran tenido los nacionales, estos no habrían llegado a romper el cinturón de Bilbao. Entraron porque los aeroplanos alemanes deshacían las trincheras, y además porque el que hacía de jefe rojo les hizo traición, y se pasó al bando contrario llevándose los planos de la zona fortificada y entregándoselos al enemigo.

Este hombre que tiene una tienda en Bilbao y que ha venido huyendo de allí, me dice que por qué no voy a Vera.

—No me dan permiso —le digo yo.

—No le pasaría a usted nada.

Él ha tenido que escaparse porque tenía un establecimiento en Bilbao y, al parecer, la dictadura roja le estorbaba. No vale la pena de hablar unos con otros ni de pretender entenderse, porque esto, para los españoles, es ya imposible.

Para subir al alto que está encima de Behobia el amo del terreno comenzó a cobrar cincuenta céntimos por persona. Los de Biriatu quisieron cobrar también a los que intentaban contemplar el avance. Es el industrialismo de la época, cosa bastante baja y miserable.

No me gusta ver cómo se matan estas gentes, encontrándome yo en un sitio sin peligro. Los que hablan porque han ido a ese alto próximo a Behobia elogian el valor de los unos de los otros, como si se tratase de toreros a los que habían visto torear. Dicen que luchan a doscientos metros.

Hablaron de que habían visto a un joven con una bandera roja y amarilla, avanzar hasta plantarla en el caserío Gurutze, caer herido, levantarse con su bandera y volver a caer unos pasos más adelante, para no volverse a levantar más. Otra hazaña parecida hicieron los enemigos en grupo de tres, llevando una bandera roja, y también fueron segados por los proyectiles de las ametralladoras.

Un oficial que precedía al primer tanque, en medio de la lluvia de balas de una ametralladora, daba órdenes a los tiradores del tanque. Los hombres del Frente Popular solían avanzar o retroceder despacio, según las exigencias de la lucha, con una serenidad de soldados veteranos. Los requetés y los del Tercio subían a la deshilada hacia las crestas y, al parecer, había una lluvia de proyectiles y de bombas de avión. Todo esto, probablemente, para nada.

VII

AFICIONES

Parece ser que a los franceses les empiezan a gustar las corridas de toros. Por ese camino no se puede ir a nada bueno.

Uno de los obreros que han pasado la frontera se queja de que haya un campo de golf en un terreno donde podrían vivir unos soldados rojos españoles. ¡Qué estupidez! Según él, el Louvre deberían habilitarlo para que se refugiaran los sin trabajo de la Abisinia o de la Zululandia. ¡Qué ideas más necias! Y esto, sustentado por gente que mata si puede, como los demás.

A un médico, porque lleva un bigote pequeño, le han dicho en el lado *rojo*:

—Usted es fascista.

Y al contestarle aquel que era de Izquierda Republicana, uno de la CNT indicó:

—Habrá que acabar con todos los reaccionarios, desde los republicanos hasta los carlistas.

¡Cuánta estupidez!

En Cataluña, al parecer, mandan los anarcosindicalistas y los comunistas. El Presidente de la Generalidad, Companys, según dice un periódico francés, acepta el hecho, porque ellos han vencido al fascismo y al capitalismo y cree que podrán organizar de una manera nueva el trabajo. Eso me parece una ilusión. Los obreros catalanes se habrán batido bien, yo no lo sé, pero... ¿constituir un país con formas nuevas de organización del trabajo? Eso, ni los obreros, ni los políticos, ni nadie lo puede hacer por ahora.

Las consignas de los militares, más o menos severas, ya se sabe lo que son, órdenes o prohibiciones, prácticas cuyo objeto no se comprende bien. Serán quizá costumbres vulgares y pedestres, pero ¿quién sabe lo que serán las consignas de los anarquistas y de los comunistas? Un día asegurarán que hay que ser implacables; otro que hay que ser generosos y altruistas, al otro, que hay que ser vegetarianos. La pseudogenialidad humana es algo detestable. En un libro de Papini titulado *Gog*, que me han prestado, y que me ha parecido muy mediocre, hay una interviú con Gómez de la Serna, quien dice que hay que afirmar la fraternidad mineral. Esto me parece de una pseudogenialidad tan mediocre que ni siquiera produce risa.

VIII

HISTORIAS

Un abogado que veraneaba en San Sebastián cuenta que en el paseo de la playa todos los días mataban a cinco o seis personas. Dice que una tarde estuvo en una librería de la plaza del Buen Pastor y que encontró un libro viejo que no valía gran cosa, por el que le pidieron quince pesetas, y él ofreció diez.

—Bueno, mañana vendré a por él —le dijo al de la tienda.

Al volver a casa, y al ir a cenar, le dijo uno:

—Al librero de la plaza del Buen Pastor y a su hijo, que ha visto usted esta tarde, los acaban de matar.

—¡Es imposible! ¡Si los he visto hace poco! —contestó.

—Pues ahora mismo los han matado, cerca del Gasómetro.

—¡Pero si le digo a usted que los he visto hace un par de horas!

—Pues los han matado.

Se acercó al Gasómetro, y, efectivamente, vio horrorizado a los dos cadáveres, padre e hijo, en el suelo.

Luego le dijeron que la criada los había denunciado como reaccionarios, porque delante de ella hablaban mal de la CNT.

Estuve en un sitio cerca de Hendaya, contemplando el encuentro de *rojos* y *blancos*. No se veía a nadie. Todos los combatientes, tanto de un lado como del otro, estaban escondidos. Se oían tiros aislados, que, de pronto, se intensificaban y se convertían en una granizada.

Delante se descubrían las casas de la Behobia española, la carretera de Irún, y encima de la loma dos caseríos. A la izquierda de uno de ellos había establecida una batería de los nacionales, desde la que disparaban contra Irún. Después de esa loma se levanta el cerro de San Marcial, con su ermita en la punta, luego el alto de Erlaiz y la peña de Aya.

También desde el fuerte de Guadalupe debían de disparar. De pronto se escuchó el paso de un proyectil que hizo vibrar el aire, y al poco el estampido del choque contra el suelo. Las ametralladoras producían un tableteo acelerado, como el ruido de una máquina de escribir. Se oían también, de cuando en cuando, estampidos de bombas que decían ser de avión, pero en el aire no se descubría ninguno. Por el camino de San Marcial subían algunos autos, produciendo grandes reflejos los vidrios de sus parabrisas.

Seguramente sería mucho más vistosa la batalla de San Marcial en el año 1836, cuando los españoles cargaban contra los franceses, y conquistaban alternativamente hasta tres veces en tres días la ermita, lo que indudablemente significaba que rechazaban a los franceses. El que mandaba a los españoles en aquella ocasión era Ugartemendía.

Ahora la que presenciamos es una batalla anónima, mediocre, invisible; únicamente se oyen tiros, pero no se ve nada. Es como una guerra de topes, con toda la fealdad de lo moderno. Los *rojos* no han sabido defender San Marcial. Probablemente no tenían armas, ni hombres suficientes, ni tampoco contaban con un

buen jefe, pues de contar con esas cosas el resultado hubiera sido otro. San Marcial, con quinientos hombres decididos y bien armados, es casi inexpugnable.

IX

NO SE QUIEREN ENTERAR

Estas gentes de la izquierda no quieren oír. A mí me parece que los republicanos, en los cinco años de Gobierno, han querido tratar a sus enemigos como a terreno conquistado, sin ninguna astucia ni talento. Esto me parece una mala táctica y producirá el que los fascistas, si triunfan, traten a los liberales y a los republicanos de la misma manera o todavía peor.

A este miliciano le pregunto:

—¿Y qué retirada tienen ustedes? ¿Pasajes?

—Sí. Y si no, escapar a Francia, como se pueda.

Entre las mujeres del Frente Popular hay mucha pedantería. Las españolas han pasado de la antigua ñoñería clásica a la pedantería comunista o anarquista. El puño levantado, el decir «salud, camarada», les parece una gran invención.

El miliciano dice que un jefe francés que les dirigía en Irún se desesperaba a veces, porque no había la suficiente disciplina. El miliciano añade:

—Si nos cierran la frontera, nos revientan. Por aquí nos entran los víveres y las municiones.

Tienen cuarenta y ocho horas de trabajo y cuarenta y ocho horas de reposo; tantas raciones como personas haya en la casa. La CNT tiene un hangar donde están los chóferes, los camiones y los autos para hacer servicio. Ahora, a las ocho de la noche, se cierra la casa y ya no puede salir nadie. Lo chóferes ganan diez pesetas diarias.

El miliciano dice que protestaron de la salida de Romanones de España. ¿Por qué de Romanones y de otros no?

X

CLÉRIGOS HISPÁNICOS

Los clérigos son verdaderamente petulantes. Pensando en la suficiencia de estos clérigos, recuerdo el epigrama gracioso de un amigo madrileño:

*Contra las olas del mar
lucha el nadador valiente,
contra el clérigo insolente
no hay manera de luchar,
matas dos y nacen veinte.*

Don Juan Valera contaba que, encontrándose con Miguel de los Santos Álvarez en el Jardín Botánico de Madrid, veían los nombres escritos en los árboles. En esto pasó un cura español, sucio y cochambroso, y Santos Álvarez, imitando la nomenclatura del Jardín, y señalando al cura, como si tuviera también su etiqueta, dijo: «*Clericus catholicus hispanicus*».

Un elemento tan bajo, tan cruel, tan petulante y tan estúpido como podía ser el rojo, mandaba en los pueblos vascos, pero mandaba en tirano, haciendo lo que le daba la gana. En época fascista era un zapaterillo miserable y un bruto de indiano ayudaba en las ejecuciones. Después de la estupidez roja venía la estupidez blanca. ¡Qué país desdichado, que no puede vivir más que como una bestia loca, matando, fusilando y hundiéndose en la sangre!

XI

He estado en el camino de Hendaya, hoy primero de septiembre, viendo enfrente San Marcial y los montes próximos, por donde se desarrolla la batalla. Los nacionales han llevado cinco cañones, con los que baten los puestos en donde los gubernamentales tienen instaladas sus ametralladoras. Estos días paran con tres cañones que han colocado en el alto de Capuchinos, entre Irún y Fuenterrabía. El estampido de los tres parece que resuena encima de nuestras cabezas. Se ven columnas de humo que producen al caer las granadas en los montes.

Anda por allí un avión que ha dejado caer varias bombas sobre el caserío de Irún. El cielo está neblOSO y el paisaje con neblina. Muy duros tendrán que ser los nervios de los iruneses para soportar un bombardeo grande durante días y días.

La intransigencia de los unos y de los otros es terrible. No aceptan en el enemigo nada bueno. Hay que exterminarlo, según ellos, Un pamplonés no quiere que se hable de convenio hasta que no se haya hecho una matanza de carlistas y de fascistas en esa ciudad.

Dicen que en el café de Biariatu que da al Bidasoa dos oficiales, el uno francés y el otro italiano, al servicio de los rojos, tienen un aparato de telegrafía sin hilos.

OCTAVA PARTE

SIGUE LA GUERRA

En un banco de la plaza de San Juan de Luz, donde estaba sentado antes de comer, se han acercado a mí dos jóvenes vascos, que se han puesto inmediatamente a hablar conmigo. Por lo que me han dicho, son nacionalistas. Al parecer, piensan marcharse con otros uno de estos días, en una gasolinera. Tienen un amigo que está herido, pero que esperan que estará ya curado en dos o tres días. Irán primero a Bilbao, luego al cinturón, en donde piensan resistir durante largo tiempo.

Yo les digo que me parece difícil, hoy por hoy, hacer una fortaleza inexpugnable, porque si los enemigos emplean aeroplanos, les será imposible a ellos resistir, aunque posean en abundancia fusiles y cañones.

Los vascos me dicen que a la larga no podrán resistir, en eso convienen conmigo, pero que, si detienen la marcha de los nacionales un mes o dos, conseguirán que las fuerzas republicanas se organicen bien en Santander o en Asturias y detengan el avance de fascistas y de carlistas.

Poco después los vascos nacionalistas aparecen en el restaurante donde yo vivo. El joven que acogen es de San Sebastián, empleado en un banco, que ha dejado su profesión y se ha hecho militar. Debe de ser capitán *rojo*. Ha sufrido una herida en una pierna, que ya va curándose, y se piensa incorporar de nuevo a las fuerzas que han de defender el Cinturón de Bilbao.

Este joven cree que la fortificación mencionada estará muy bien construida, y que en ella se podrán defender durante mucho tiempo. Yo no sé, no creo en nada de lo que hacen los *rojos*, pues todo se les va en palabras. Supongo que no tienen técnicos, como los tienen los fascistas, que son italianos y alemanes. Ya veremos si se oye hablar en el tiempo de este animoso joven donostiarra.

El Cinturón de Bilbao es, según parece, una serie de fortificaciones que se va a construir para oponerse a la entrada de los nacionales en la capital de Vizcaya. El fuerte más importante va a ser el próximo a las rocas cretáceas de la Peña de Gorbea, pero el ingeniero que lo proyectó ha hecho deliberadamente que no esté defendido por las alturas de la Peña. Al mismo tiempo, las construcciones de parapetos y de trincheras no se hallan disimuladas con plantas y hierbajos. Desde el aire, según se dice, se ven los ladrillos y la cal, y los aeroplanos enemigos tienen suma facilidad para hacer los blancos que quieran.

Cuando llegó el momento decisivo, los nacionales, después de bombardear las fortificaciones, entraban en las trincheras, pero los vascos los atacaron, defendiéndose con gran decisión, aunque en definitiva resultase inútil.

Como los vi tan entusiastas, no les quise quitar sus ilusiones, despidiéndose de mí efusivamente.

Unos meses después encontré ya en París a otro joven nacionalista, que había

estado en el Cinturón de Bilbao.

Este joven audaz me contó episodios de la lucha por él presenciados, y en la que había también tomado parte. Según él, el ingeniero militar que había dirigido la defensa les había engañado y jugado una mala pasada a los que en él había puesto su confianza.

Por la tarde y al anochecer los aviones nacionales atacaban las trincheras de las proximidades del Gorbea, y a continuación los fascistas ocupaban las posiciones machacadas, pero al hacerse de día los vascos acudían sobre ellos y les obligaban a abandonar sus posiciones y a retirarse.

El cinturón de acero no valía nada. Para tener valor estratégico debiera de haber estado en las proximidades de la Peña. Además, debió de hacerse disimulado, para que desde el aire no pudiera ser descubierto por los aviones. Se construyó con ladrillos y cal, como hemos dicho, y, naturalmente, los aeroplanos enemigos veían toda la línea perfectamente desde las alturas, destacando con claridad, y la bombardeaban a su gusto.

II

Los *gudaris*, en el ataque a Irún, comunicaban por telegrafía sin hilos los errores de tiro de sus cañones. Había varios observadores. También decían que el general Mola solía estar en el hotel de Biriatu, estudiando la marcha de la guerra. A mí me pareció ver a un general en ese sitio, pero como a Mola no lo conocía de antemano, no tengo seguridad de que fuese él.

Estos obreros lo saben todo: tiene soluciones para los problemas más arduos. Las más difíciles cuestiones las resolverían ellos. Si el mundo no es un paraíso, es porque no les dejan mandar. Nunca se ha sabido nada hasta que han venido ellos.

Si ha habido gente de clara inteligencia ha sido para el mal, que no ha querido ver el verdadero cuadro comunista o anarquista. Se ve que tienen la misma mentalidad que los primitivos cristianos. Para estos Epicuro, Lucrecio, Horacio eran como demonios, espíritus infernales. Para los utopistas de ahora toda la ciencia universal no es nada; filósofos, matemáticos, naturalistas, médicos son como gentes que se han ocupado de cosas sin importancia.

He estado oyendo hablar a un extremeño en la plaza, a un tipo aguileño, cetrino, con un aire desdeñoso; hablaba ex cátedra, tenía tanta seguridad en sus ideas como pudiera tenerla el Papa.

Por la mañana el cañoneo ha sido más intenso que nunca. Da la impresión de que la lucha de la frontera debe de hallarse en un momento crítico.

Esto de que los comunistas digan en sus periódicos que luchan por la causa de la

libertad es una mala broma.

Parece que los nacionales se han apoderado del monte de San Marcial, y han bajado ya hasta cerca de Behobia. Los que vienen de la Behobia francesa dicen que hay entre la Behobia española e Irán un terrible tiroteo. El comandante Margarida, que era el alma de la defensa de Irán, dicen que les ha abandonado. Unos aseguran que ha marchado al frente de los nacionales, y otros que se ha ido al de los rojos. Alguien ha dicho que una columna de comunistas que iba hacia San Sebastián ha sido destrozada por los del Tercio.

Los periódicos franceses dicen que en Irán han fusilado a varios. Un comunista que anda por la playa sostiene que no han fusilado a nadie, que lo que han hecho ha sido bajar a los prisioneros de Guadalupe y llevarlos a Irún, para que sufrieran los efectos del bombardeo. No se sabe nunca nada a ciencia cierta.

He ido a comprar unas botas a una tienda próxima al mercado de San Juan de Luz, y han pasado por delante de la puerta unos siete u ocho milicianos del Frente Popular, seguidos por mujeres españolas que les preguntaban qué era lo que había ocurrido, si habían tomado ya Irán.

—Todavía no. Nosotros nos hemos escapado, porque no teníamos municiones. Ya hace más de tres días que estábamos sin ellas.

Durante algún tiempo he tenido el proyecto de ir a visitar los pueblos de la costa del Cantábrico, por donde se iba corriendo la guerra, en compañía de dos periodistas, uno francés y el otro americano del Norte, pero no se ha llegado a organizar la expedición, que probablemente hubiera sido bastante peligrosa, pero yo estaba dispuesto a ir.

Poco después, me entero de la toma de Bilbao por los nacionales, y que poco antes los rojos habían matado en el barco llamado *Cabo Quilates* a Fernando de la Quadra Salcedo y al señor Balparda.

III

LOS VIEJOS

Estos dos viejos que se reúnen en un pequeño parque de San Juan de Luz, donde hay un monumento funerario dedicado a los muertos de la Gran Guerra, tienen gracia. El uno es pequeño, con cara quijotesca, bigote y barba, y se cubre la cabeza con una boina. Va vestido de negro y lleva un libro y unos periódicos en la mano. Como ha estado un día cerca de mí, veo que los periódicos son de fecha atrasada. El otro,

francés, es más alto, de aire un poco sombrío, de bigote rojo, con bastón y una mano enguantada.

Les oigo hablar. Todo son lugares comunes lo que dicen. Uno se expresa con un aire agrio y el otro con sonrisas, saludos y ademanes amables. ¡Qué tipos! Cuando se marcha el malhumorado, el otro coge el periódico viejo y hace como que lo lee con suma atención. Después abre el libro y, con mucha parsimonia, pone unas hojas de papel como para marcar pasajes interesantes. Después se marcha, y a la media hora vuelve a sentarse en otro banco, y a hacer la misma maniobra de antes, siempre con el mismo libro y con los mismos papeles.

El otro día se me acercó, se sentó en mi banco y me dijo:

—Quizá sea usted español.

—Sí.

—¿Y qué sabe usted de España?

—¿Qué quiere usted que sepa? Lo que dicen los periódicos nada más.

—Sí, es verdad, es verdad.

Y después, haciendo una reverencia, se levantó y se marchó.

En este restaurante del Petit Pont donde vivo, los días de mercado grande, que son los viernes, cada dos semanas, la casa se llena de campesinos y de tratantes, que vienen al restaurante a comer. Hay entre ellos mucho vasco, y también algunos gascones. Se arma entre ellos una algarabía de gritos y de risas, un estruendo ensordecedor. Suelen hablar ahora mucho de España.

Este viernes, 4 de septiembre, me ha tocado comer en una mesa del primer piso, ocupada por vascos y gascones. A mi lado había tres vascos viejos. Uno con cierto aire de inglés, nariz aguileña, cara estrecha y ojos azules. El otro, un tipo verdaderamente extraño, con nariz también aguileña, como su compañero, los pómulos muy salientes y color de madera; ofrecía evidente parecido con el retrato del cardenal Tavera del Greco. El tercero de ellos, grueso, rojo y con anteojos. El de aire inglés se dirige al compañero aguileño y de los pómulos salientes, llamándole siempre Franchiscu. Empieza sus discursos así:

—Mira, Franchiscu, yo no comprendo qué es lo que quieren los comunistas. Dicen que trabajamos demasiado. Pues yo, Franchiscu, prefiero trabajar que no estar sin hacer nada y jugando. Yo, Franchiscu, me canso de no hacer nada. En cambio, cuidando del campo y de las vacas, me entretengo.

Entonces Franchiscu, en vez de contestar al compañero que le habla, hace sus observaciones, casi siempre irónicas, al grueso de los anteojos, llamado Fermín (*Permin*), y así sigue la conversación entre los tres, con esta mecánica de carambola un poco absurda.

El del aire inglés me pregunta si comprendo el éuskaro. Le digo que algo, y entonces me dice que la situación de España es *izigarriya* (espantosa), y que él no

comprende qué es lo que puede venir.

Los tres viejos, antes de ponerse a comer, uno después de otro se han persignado y han rezado una breve oración. Comen de vigilia, por ser viernes, como suelen hacerlo los franceses católicos durante todo el año.

Los gascones son otros tipos, como de otra raza: caras y cabezas redondas, muchos; obesos, inyectados, de color carmesí. Hablan como explosiones. Hay uno moreno, con los ojos negros, el pelo rizado y bigote, que se expresa con una gran violencia. Los vascos y los gascones ni se hablan ni se miran a la cara, como si no hubiera nada de común entre ellos. Es algo extraño y que, probablemente, no ocurre más que en el campo.

Al final de la comida un tipo grueso y rubio advierte que va a cantar una canción. Canta, efectivamente, una romanza sentimental, entre las conversaciones y los gritos de todos los que llenan el restaurante, que no cesan de hablar para oírle, ni parecen poner en su canto la menor atención. Después de haber terminado, hace su colecta, y vuelve a cantar, como de propina, y se va una vez que ha terminado.

IV

BODA EN LA CASA

Pocos días más tarde hay en el restaurante una boda. Ella va vestida de blanco, él con una flor en el ojal. Ella es una muchacha morena de aire un poco melancólico. Se han sentado unas veinte o veinticinco personas en torno a la mesa. Después de comer han empezado a cantar. No cantan canciones vascas, sino cuplés que carecen de todo interés, de letra sucia y de música chabacana.

Parece que adelanta el otoño. Estamos a mitad de septiembre; empiezan ya las lluvias, y en el mar hay una gran resaca.

En Hendaya, a la hora de la baja marea, queda descubierto un arenal extensísimo; en la alta, el agua llega hasta los malecones del fondo de la playa y salta y moja el Paseo.

El diplomático que ha llegado, como casi todo el mundo, con poco dinero, ha tenido que dejar el hotel en que se hospedaba, porque le resultaba caro, y ha alquilado unas habitaciones.

—Ahora —me dice, en broma—, me dedico a guisar. Y no crea usted, se ve que tengo más condiciones para eso que para la diplomacia.

Solíamos ir con frecuencia a unos arcos de la playa, lugar que era público. Este sitio no sé si le llamaban los Arcos o la Pérgola. Estaba muy frecuentado, y allí se reunían franceses y españoles, y algunos extranjeros del Norte, a quienes no les

interesaba nada la guerra ni las cuestiones españolas.

En San Juan de Luz había una muchacha rusa, con un aire enérgico. Vestía de blanco y llevaba un sombrero de paja con grandes alas. Hablé varias veces con ella, y una vez me dijo:

—Usted escriba artículos, yo los traduciré al francés, y nos repartimos la ganancia.

—Muy bien —contesté—, me parece una buena proposición.

—Ahora, que pagarán poco.

—Bueno, de todas maneras algo será, y yo no tengo ningún inconveniente en hacerlos.

—Manos a la obra, y nos repartiremos lo que se saque.

Escribí cuatro o cinco artículos en San Juan de Luz, y otros tantos después en París, y algo se sacó, aunque no fue mucho.

Después ella debió de marcharse de París.

V

Me gusta el otoño en casa, cuando uno tiene algo que hacer y a su alcance libros y papeles con que distraerse. Pero aquí, encerrado en un fonducho, sin más ocupación que mirar al campo a través de la ventana cerrada, y ver cómo cae la lluvia, el otoño resulta así triste. Lo que he contemplado en Irún, además, me ha producido cierta cólera, que no puedo arrancarme del ánimo.

En un pueblo como este de San Juan de Luz, y con poco dinero, el ambiente se va estrechando paulatinamente, y se va reduciendo, y se va quedando uno solo. No tiene esto nada de particular.

De noche he tenido que dedicarme a la caza de los mosquitos, que había muchos en mi habitación, y solían colocarse en el techo. Les tiraba la toalla formando paquete, y alguno que otro caía, aunque no fuese demasiado grande la puntería. Pero... ¡había tantos! En Vera apenas hay mosquitos. En Biarritz los hay, y aquí en San Juan de Luz también. Supongo que por aquí habrá más abundancia de terrenos encharcados.

También me he entretenido, por matar el tiempo, del que ando tan sobrante, en observar a la araña que había en la lámpara, cómo caza a los mosquitos por su cuenta. Después de cogerlos los envolvía con las patas entre sus hilos, y allí los dejaba. Se conoce que no le gustan. Después se escondía. Pero luego he podido ver que había hecho desaparecer el cuerpo del mosquito. Debía de habérselo llevado a un agujero entre la lámpara y el techo, sin duda para comérselo allí tranquilamente.

En la galería cubierta de la playa me he encontrado con una señorita que no sé si

es alemana o rusa, la cual me ha dicho, informada de mi situación, que lo que debía hacer, sin pensármelo más, era irme a París, a la Ciudad Universitaria, y escribir allí. No era la primera persona que me aconsejaba hacerlo.

Yo no sabía qué hacer. Me costaba decidirme a cambiar de postura. No recuerdo ya bien si fue ella, la muchacha, o yo, quien escribió al director de la Casa de España, en la Ciudad Universitaria, el cual contestó sin pérdida de tiempo diciendo que fuera, y fui.

Mi amigo Paul Gaudin, en su auto, me llevó a la estación.

Al despedirme de la gente del pequeño restaurante, la mujer del tabernero me dijo:

—Siento que se vaya usted, porque usted vive como un santo.

—No —le contesté, yo en broma—. Lo que me pasa a mí es que no tengo dos reales en el bolsillo.

POSTFACIO

Rumia, recuerdos y hechos

Por Fernando Pérez Ollo

Pío Baroja (1872-1956) publicó entre septiembre de 1942 y noviembre de 1943 las entregas semanales de sus memorias, *Desde la última vuelta del camino*, editadas después en siete volúmenes y finalmente, en 1949, reunidas en el tomo VII de sus Obras Completas^[1]. El séptimo bloque de las Memorias contenía un capítulo, «Conversaciones en París el año 39», que celaba por qué, cuándo y cómo el escritor se había instalado en la capital francesa. Las memorias de don Pío no siguen un hilo cronológico estricto, pero los lectores pudieron observar en el conjunto de la obra el silencio sobre el trienio bélico.

El escritor vasco afirmaba en el prólogo de ese séptimo tomo que era el “*final de estas Memorias*”. Pero más tarde preparó una octava parte, *La guerra civil en la frontera*, tranco hasta ahora inédito y desconocido. El texto mecanografiado, manifiestamente impubliable durante el franquismo, cubre ciento veinticuatro folios, mereció muchas, minuciosas y a veces extensas correcciones de la pluma de don Pío, y ve ahora la luz en la editorial familiar, Caro Raggio.

Este tomo último de las memorias barojianas enjareta, como los precedentes, noticias, opiniones personales, rumores y testimonios recogidos durante las semanas iniciales de la contienda, vividas en la margen francesa del Bidasoa. Algunas páginas reutilizan otras ya publicadas en *La Nación* de Buenos Aires, agavilladas en *Ayer y hoy* y *Desde París*^[2]. También consignan hechos posteriores. Él mismo precisa en el primer párrafo del prólogo que los recuerdos van «*desde el principio de la guerra civil española del 1936 hasta ahora*»^[3]. En ocasiones, la taracea de tiempos se advierte con facilidad, y en otras no.

Cuando comenta el asesinato de María Camino Oscoz Urriza —María Carmen, según él— o recoge el rumor del fusilamiento de Marino Húder y Luis Elío, podemos deducir que estamos a finales de agosto del 36. A Oscoz, pamplonesa y maestra de 26 años^[4] en Güesa, lugar salacenco y roncalés, la mataron y tiraron a una sima en Urbasa el 10 de agosto^[5]. Húder figuró entre las víctimas de Valcaldera, corral de Caparroso, escenario de la matanza perpetrada el 23 de agosto^[6], mientras en Pamplona recorría las calles una imponente procesión^[7]. De aquel horror solo se salvó un obrero, al que dieron por muerto, Honorino Arteta Echarte, pamplonés de treinta años^[8], que desde la Ribera navarra ganó a pie la raya con Francia^[9]. Don Pío

debió conocer a la familia Húder^[10] cuando los Baroja-Nessi vivieron en Pamplona (1881-1886).

La noticia de la muerte de Luis Elío, como insinúa, no era cierta. La historia de este abogado y juez, oculta durante décadas^[11], presenta todavía, pese a las investigaciones últimas^[12], lagunas y sombras espesas. A Elío (1888-1968), miembro de una alta familia navarra y hombre muy presente en la vida social, detenido y expropiado en los primeros días de la rebelión, le sacó de la comisaría un conocido carlista, Generoso Huarte Vidondo^[13], que le escondió en su casa hasta que otro conspicuo requeté de retaguardia, Blas Inza Cabasés (1885-1970), administrador de la Casa de Misericordia de Pamplona, le mantuvo escondido en sus dependencias personales de esa institución durante el trienio bélico^[14]. Elío cruzó la frontera por Baztán, pasó por el campo de Gurs y luego pasó a México^[15]. Si Baroja desliza que al desaparecido le habían visto en Francia, debió de recogerlo ya en 1939.

III

El texto no cita una sola fuente de sus noticias y rumores, pero podemos señalar al menos dos, sin miedo a error: su familia y Victoriano Juaristi. Lo que Baroja cuenta de Bera y localidades vecinas, lo debió de conocer por su hermana y su sobrino Julio Caro Baroja. Basta cotejar estas páginas con las de Carmen Baroja^[16] para deducir quién le informó del final que tuvieron Cesáreo Seminario Iráizoz, zapatero fusilado en Pamplona a las siete de la mañana del 10 de diciembre de 1936, junto a otro vecino, ugetista y trabajador en Fundiciones del Bidasoa, Faustino Martínez Arteaga^[17]. Lo mismo se puede decir respecto a la noticia del P. Fernando, escolapio^[18]. Quizás el bulo sobre dos sacerdotes de Lesaca, el párroco Félix Echeverri Iroz (1871-1943) y Francisco Lecaroz Echeverría (1879-1971), le llegase a Baroja de otro informante. El párroco era amigo de los Baroja, a cuya madre, Carmen Nessi Goñi, asistió en sus últimos días. La fotografía del sepelio, un día lluvioso de septiembre de 1935, muestra a los hijos de la difunta que llevan entre ellos a don Félix y al P. Fernando^[19]. El nacionalismo de Lecaroz, capellán de las carmelitas de Lesaca, lo conocían bien en el pueblo. En la encuesta al clero diocesano de 1928, este cura declaraba entre sus lecturas «Zeruko Argia» y el periódico *Euzkadi* de Bilbao^[20]. A la misma pregunta, Mónico Azpilcueta Senosiáin (1901-1995), notorio por su beligerancia carlista, respondía: *La ormiga (sic) de oro, El siglo de las misiones y El Pensamiento Navarro*^[21], este órgano de la Comunión Tradicionalista.

También debemos registrar como información directa y caliente la de que Ansaldo —Juan Antonio Ansaldo Bejarano— estaba en Bera tres o cuatro días

después del «alzamiento». Directa, caliente e incierta. Ansaldo pilotaba la avioneta que traía a Sanjurjo. El aparato cayó a poco de despegar. El aviador llegó a Pamplona el día 25. Según la prensa, «*a restablecerse cerca de su señora y hermanos que aquí se encuentran de las lesiones que sufrió hace tres días en un deplorable y muy doloroso accidente que se registró en el aeródromo de Estoril (Portugal)*»^[22]. Se instaló en el Hotel La Perla, en la Plaza de Castillo, donde le saludó Don Juan de Borbón recién llegado a la ciudad. El 5 de agosto, «*vendado, recién curado y con muletas*», salió para Burgos. Allí Mola le ordenó: «*Que le den un aparato, si lo hay, y váyase a bombardear*». Lo hizo dos días después. El que estaba en el frente guipuzcoano era Ignacio Ansaldo, hermano del aviador^[23].

Juaristi, donostiarra, médico y viejo amigo, comunicó a don Pío el trágico final de la maestra Oscoz y muy bien pudo ser el que le hablara, por ejemplo, del médico Arraiza, vecino suyo^[24], y de lo que sucedía en la capital navarra. Además Juaristi era suegro de Antonio Sanjuán Cañete, que había dedicado a don Pío un libro más montañero que castrense^[25]. Sanjuán, «Capitán d'Orhy», militar, destinado desde finales de julio en Guipúzcoa, fue jefe del Regimiento de Caballería del Ejército Vasco, en realidad un simple escuadrón dedicado a misiones de enlace, y vertió recuerdos, pensamientos y cavilaciones en un libro^[26]. Quizá en Sanjuán tuvo Baroja otra fuente para conocer lo que sucedía en Guipúzcoa. Es evidente que a don Pío le afectó mucho el incendio de Irún, una barbaridad que no ha suscitado la atención que merecía, tal vez porque allí no había fuerzas extranjeras a las que culpar.

Muy distinta es la referencia a Carlos Martínez Campos Serrano, «*ahora capitán general de Tenerife*», pista explícita, porque el aristócrata militar fungió ese cargo en Canarias entre 1950 y 1953. O cuando mienta a Ansaldo y no se priva de comentar el desengaño político de este monárquico, sentimiento que anima su libro, cuyo título y año de edición, 1951, Baroja no cita.

IV

En estas páginas, el escritor cuenta con brevedad esquemática su detención por la columna que avanzaba hacia Guipúzcoa. El suceso ha dado no poco que hablar. Y aún dará. La consulta documental ha sido hasta ahora escasa. No es este el lugar para analizar los testimonios, pero sí cabe decir que don Pío contó los hechos de forma crecientemente podada. Su primera narración aporta nombres que desaparecen después, cuando la crónica periodística pasa a libro. Pero siempre señaló a Carlos Martínez Campos y Serrano (1887-1975), conde de Llovera y oficial de Estado Mayor, como el militar que le devolvió la libertad. Gonzalo Menéndez Pidal ha

recordado^[27] el discurso de contestación de Jesús Pabón, cuando el general, ya duque de la Torre y gran amigo suyo, ingresó en la Academia de la Historia. Pabón fue bastante explícito en el recuerdo de lo sucedido entre Almandoz y Santesteban, «seguro de que respeto su silencio»^[28], el del nuevo académico. Porque el interesado no desveló en público su papel en aquel lance, ni le gustaba que se divulgase, aunque «nunca se arrepintió de lo que en Santesteban había hecho»^[29].

Existen otras versiones no publicadas. Así, Alfonso Andrada Vanderwilde guarda memoria de que su hermano Luis Javier, que iba en la columna, llamó a Alfonso García Valdecasas, entonces en Vitoria, el cual avisó a Martínez Campos.

La detención se conoció inmediatamente. La publicó *Diario de Navarra* el viernes 24 de julio^[30], con detalles que sugieren un conocimiento directo de los hechos, en una sección diaria de primera página, «Viva España», firmada por E.E., Eladio Esparza Aguinaga, que siguió el avance de la columna. Esparza, lesacarra, conocía bien a Baroja, y este al periodista, cuya trayectoria guarda alguna semejanza con la de Manuel Aznar, otro bidasotarra. Cuando el novelista ingresó en la Academia Española, Esparza le dedicó una columna displicente, quizá porque considerara al escritor un intruso en el valle.

No es el único mutismo que podemos advertir en estas páginas, pero sí el más notable.

V

La edición se atiene al texto corregido por don Pío, salvo alguna repetición de párrafos y la ortografía de la acentuación, actualizada. En cuanto a las canciones populares en vascuence, hemos respetado la grafía original, porque Baroja nunca practicó la reconocida por Euskaltzaindia. En eso fue digno hijo de su padre, escritor euskaldún, que jamás aceptó la nueva manera antes de que deviniera norma académica. Ese criterio rige también en la transcripción de los topónimos, a uno u otro lado de la muga. El ejemplo más evidente hoy podría ser Bera, Vera de Bidasoa.

Esas canciones, a juicio de Baroja elemento imprescindible para fijar el carácter de una época, van como él las cantaba y escribió, salvo errores gruesos. El *Fortunosua nitzala*^[31] lo cita como *Fortunosua nitzaba*, y no duda en el *Artillero, dale fuego*, que parece haberse impuesto al original *Pastelero, dale fuego*, cuya letra resulta más congruente^[32].

«Parece que el escritor tiene algo de rumiante y que vive más de los recuerdos que de los hechos», dejó dicho^[33]. Al acabar la lectura del último tomo de las Memorias, en las que encontramos al Baroja observador, caviloso y autónomo en sus

opiniones, casi siempre horras de grandes invocaciones ideológicas, pocas veces ajustadas a la moda imperante y en ocasiones enfrentadas a las ideas de quienes puede parecer sus mejores amigos, acaso haya que tomar esas palabras como una definición.



Nacido en San Sebastián y muerto en Madrid, Pío Baroja (1872-1956) es, sin duda, el primer novelista de su generación, la muy famosa del 98. Vasco por siete de sus ocho costados, como él mismo dice, y lombardo por el restante, Baroja, que antes que escritor fue médico y panadero, responde a un arquetipo que la crítica académica ha acentuado hasta el estereotipo: sombrío, pesimista, misógino y misántropo, cleróforo (o clerófago, lo mismo que dogmatófago), anarquizante, individualista, tímido y demagogo, puritano y hedonista, y cuantos adjetivos se le quieran añadir. Pero hay siempre, en su vastísima producción narrativa, «tras una primera apariencia anárquica y nihilista, un fondo de ternura bondadosa, asistida por una aguda inteligencia irónica, capaz de hacer su propia caricatura: “Soy un fauno reumático que ha leído un poco a Kant”», como ha dicho José María Valverde. Ordenó su obra por ciclos narrativos (trilogías, tetralogías o series más amplias), entre los que cabe citar «Tierra vasca» (*La casa de Aizgorri*, *El mayorazgo de Labraz* y *Zalacaín el aventurero*), «La vida fantástica» (*Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, *Camino de perfección* y *Paradox, rey*), «La lucha por la vida» (*La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*), «El pasado» (*La feria de los discretos*, *Los últimos románticos* y *Las tragedias grotescas*), «La raza» (*La dama errante*, *La ciudad de la niebla* y *El árbol de la ciencia*), «Las ciudades» (*César o nada*, *El mundo es así* y *La sensualidad pervertida*), «Memorias de un hombre de acción» (que consta de veintidós volúmenes, escritos entre 1913 y 1935, donde Baroja aborda un vasto retablo histórico en torno al aventurero liberal y remoto antepasado suyo Eugenio de Aviraneta, que evoca principalmente las incidencias de la primera Guerra Carlista),

«El mar» (tetralogía de la que forma parte *Las inquietudes de Shanti Andía*, una de sus obras más conocidas), «Agonías de nuestro tiempo», «La selva oscura» y «Las Saturnales» En la última etapa de su vida escribió también novelas sueltas como *Susana*, *Laura* o *El Hotel del Cisne*. Sus memorias se publicaron en nueve volúmenes, siete de los cuales se publicaron entre 1944 y 1949, mientras que los dos últimos, que no aparecieron en su momento por problemas de censura, se han publicado recientemente. El título genérico de estas memorias es *Desde la última vuelta del camino*.

Pío Baroja fue también asiduo y polémico colaborador de los periódicos y revistas de la época, autor dramático, escritor de cuentos y hasta poeta: su único libro de poemas, *Canciones del suburbio*, fue escrito más cerca de los setenta años de su autor que de los sesenta, recién terminada la guerra civil española y a punto de estallar la Segunda Guerra Mundial.

Notas

[1] El orden de publicación en “Semana” y luego en los siete tomos, lo estudia Juan Carlos Ara Torralba en la “Nota a la edición” de las Memorias. Obras Completas de Pío Baroja, Círculo de Lectores, Barcelona 1977,1, 89-100. <<

[2] *Ayer y hoy. Memorias* (Santiago de Chile, 1939) va fechado en París, septiembre de 1938. *Aquí París* vio la luz en Madrid, 1955, es decir censurado. En el prólogo de *Desde el exilio* (Madrid, Caro Raggio, 1999), artículos inéditos de Baroja en “La Nación”, Miguel Ángel García de Juan, que preparó y anotó la edición, estudia las fechas de publicación de esos textos en el periódico argentino y en títulos posteriores.

<<

[3] Cfr. esta edición, p.7. <<

[4] María Camino Andrea Oscoz Urriza nació el 11 de abril de 1910. Archivo Municipal de Pamplona (AMP), Registro de nacidos 1902-1912, nº 36 del mes. Archivo parroquial de San Saturnino, Bautizados, 14, f. 269, n.º 28. <<

[5] AMP, Registro de fallecidos 1936-1940, *infine*, s.f., n.º 10. <<

[6] Ib., id., f. 26, que localiza la muerte en Cadreita.- *Navarra 1936, de la esperanza al terror*, Tafalla 2003, sexta edición, p. 786. <<

[7] ¡Pamplona por Santa María! ¡Navarra por Santa María! ¡España por Santa María! Nuestra ciudad rendirá hoy un magnífico homenaje de reparación, de súplica y de amor a su Señora y Reina. Diario de Navarra, nº 10.660, 23.VIII.1936, p. 1. Bajo estos titulares a toda página iban una fotografía de la imagen, una pastoral del obispo Marcelino Olaechea, *No es una guerra: es una cruzada*, y un artículo *La plegaría de los requetés a Santa María la Real*, firmado por El Delegado de Propaganda de los requetés. Al día siguiente, el mismo periódico, dijo a toda página: *Pamplona rindió, con sus viejas y gloriosas banderas, un emocionante homenaje a su Virgen del Sagrario Santa María la Real.* <<

[8] Nació el 12.VII.1906. Cuando estalló la guerra, vivía con sus hermanos Atilano e Ignacio en la calle Alcalá Zamora. AMP, Padrón 1935, distrito 7, sección 4, hoja 801, nº 3.944, p. 143. A partir de 1936, la calle se llama Avenida de San Jorge. <<

[9] Galo Vierge, *Los culpables*, Pamplona, 1990, Edición particular, no venal, de 50 ejemplares. Vierge representó al sindicato metalúrgico de la CNT de Navarra en el congreso de mayo de 1936. Su libro es imprescindible para conocer con nombres y apellidos los primeros días de la guerra en Pamplona. <<

[10] Francisco Javier Huder, alemán, se instaló en Pamplona en la tercera década del XIX, casó con Antonia San Román, de Puente la Reina y murió en junio de 1857. En la documentación, al principio, el apellido aparece como Hueder. AMP, Padrón 1850, nº 1, Calle Mayor, nº 111. Marino Húder Carlosena, abogado, pertenecía a la tercera generación pamplonesa de su apellido. <<

[11] Eduardo Mateo Cambarte, *De juez a “topo”* y Fernando Pérez Ollo, *La otra cara de una realidad histórica*, Diario de Navarra, nº 31.835, 1.VII.2001, pp. 58-59. Fueron los primeros textos locales sobre el caso. De Luis Elfo ya hablaba Indalecio Prieto en sus *Canas a un escultor*, Sebastián Miranda. A la esposa de Elfo le comunicaron que su marido había caído, ametrallado por la espalda cuando intentaba huir. Su hija María Luisa, agapazada tras un sofá, lo oyó. <<

[12] E. Mateo Cambarte ha profundizado en la historia de L. Elfo. Cfr. Ángel García-Sanz Marcotegui, *El exilio republicano navarro de 1939*, Pamplona, 2002. <<

[13] Nacido en Cuba en 1890, vivía en García Ximénez, 2, 3º derecha. AMP, Padrón de 1935, Distrito 6, sección 6, hoja 114, nn. 525-534, pp.23-24. <<

[14] Los detalles de la detención y refugio me los reveló el 2.VII.2001 Pilar Huarte Zulaica, hija de Generoso Huarte. Las hijas de éste eran compañeras de juegos de las de Elío, una de las cuales, María Luisa, dedicataria de *Cien años de soledad* de García Márquez, narra en *Tiempo de llorar*, México, 1988, su primer regreso a Pamplona. <<

[15] El propio Luis Elío contó de forma evasiva su historia en *Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte (España 1936)*, México, UNAM, 1980. <<

[16] Carmen Baroja Nessi, *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*. Edición de Amparo Hurtado. Barcelona, 1998. <<

[17] *Navarra 1936, de la esperanza al terror*. Tafalla, 2003, p. 750. <<

[18] Fernando Recarte Amóztegui, nacido en Tiebas el 2.III.1904, emitió los votos solemnes en las Escuelas Pías el 18.X.1927, como miembro de la provincia de Aragón. Destinado a Bera en 1933 y constituida la provincia escolapia de Vasconia, permaneció en la villa. Después de la guerra aparece en Vallecas, capellán de pelayos. Aunque se documenta como Fernando, en realidad se llamaba Simplicio Marcial. El 14.11.1970, el vicario general de Pamplona, Miguel Sola, ordena que se registre el nombre que usaba desde decenios atrás. Archivo parroquial de Tiebas, Bautizados, 2, f.143, nº 30. <<

[19] La foto, en Carmen Baroja, op.cit., p.140. <<

[20] Archivo Diocesano de Pamplona, Encuesta del clero diocesano 1928. Francisco Lecaroz, caja 100, nº 1. <<

[21] Ib. id., caja 92, nº 51. <<

[22] Diario de Navarra, nº 10.634, 24. VII. 1936, p. 3b. <<

[23] Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué...?*. Buenos Aires, 1951, pp. 147-151. <<

[24] Los dos, en el barrio de San Juan. AMP, Distrito 5, sección 3a. Arraiza en la hoja 490. Juaristi, hoja 492. Ambos, en p. 163. <<

[25] *La frontera de los Pirineos occidentales*, Toledo, Colección Bibliográfica Militar, XCIII-XCIV, mayo-junio 1936. <<

[26] *¿Por qué la tragedia de 1936?*, Madrid, 1974. <<

[27] *Papeles perdidos*, Madrid, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2004, pp. 135-7

<<

[28] Jesús Pabón y Suárez de Urbina, discurso de contestación, Real Academia de la Historia, Madrid, diciembre de 1963. <<

[29] Op cit, <<

[30] Diario de Navarra, nº 10 633, 23 VII 1936, p de f <<

[31] Jesús María de Arozamena y Tomás Garbizu, *Viejas canciones donostiaras / Donostiko kantu zarrak*, San Sebastián, 19753, p. 78 <<

[32] *Pastelero, dale fuego / ezkontzen zaigula pastelero / eta zeinekin? Eta norekin? / Praxku moskorraren alabakin* Arozamena Garbizu, op cit, p 250-251 Baroja modifica el cuarto verso <<

[33] *Ayer y hoy*, edición de Caro Raggio, Madrid, 1997, p 33 <<